
MICHAEL
ANDERLE
EL GAMBITO KURTHERIANO™
6
BAJO MI
TACÓN

BAJO MI TACÓN

EL GAMBITO KURTHERIANO™

LIBRO 6

MICHAEL ANDERLE



¡Bienvenido al emocionante viaje de LMBPN® International! Suscríbete a nuestro boletín para obtener acceso a actualizaciones exclusivas, contenido gratuito ¡y muchas otras sorpresas! Sumérgete en nuestros mundos increíbles, ideas únicas y los miles de emocionantes historias que te esperan. ¡Únete ahora a LMBPN® International y sé parte de la historia!
https://lmbpninternational.com/es/boletin/
Facebook: https://www.facebook.com/lmbpnenespanol
Instagram: lmbpn.es

Suscríbete a la redacción del boletín del autor y al enlace si está disponible. También es posible que desees mantenerte en contacto con el autor. Para hacerlo, ve al siguiente enlace y suscríbete:
https://michael.beehiiv.com/

Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y acontecimientos retratados en esta novela son producto de la imaginación del autor y/o se utilizan de forma ficticia.
Copyright de la versión en inglés: © 2016 LMBPN® Publishing
Copyright de la versión en español: © 2024 LMBPN® International
Arte de portada https://www.gsstockphoto.com
Copyright © de la portada LMBPN® International
Editado por Azucena López

LMBPN® International apoya el derecho a la libre expresión y el valor de los derechos de autor. El objetivo de los derechos de autor es animar a escritores y artistas a producir obras creativas que enriquezcan nuestra cultura.
La distribución de este libro sin permiso constituye un robo de la propiedad intelectual. Si desea utilizar material del libro, que no sean reseñas, póngase en contacto con lmbpnintlops@lmbpn.com. Gracias por su apoyo a los derechos de autor.

LMBPN® International
2375 E. Tropicana Avenue Suite 8-305
Las Vegas, Nevada
89119 USA

Versión en inglés 1.00: enero. 2016
Versión en español 1.00: septiembre, 2025

El gambito kurtheriano™ (y lo que sucede en él / personajes / situaciones / mundos) son *copyright* © 2015-2024 de Michael T. Anderle.

DEDICATORIA

A la familia, amigos y los que amamos leer.
Que todos disfrutemos de la Gracia de vivir la vida
a la que somos llamados.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Notas del autor
Postfacio
¿Quieres más?

CAPÍTULO 1

Washington DC, EE.UU

Mary Brennan sufría en silencio. Su esposo, Martin, había sido asesinado unos meses antes en el aparcamiento subterráneo de su oficina.

Había sido una muerte espantosa y dolorosa. Por supuesto, Brandin, el segundo al mando de Martin, había intentado ocultarle la verdad al principio para ahorrarle el dolor. De eso estaba segura. Pero no se vive como esposa de un miembro de inteligencia del gobierno sin aprender algunos trucos por cuenta propia. Tenía el informe de la autopsia y sabía que su esposo había muerto en agonía, con más dolor del que se permitía imaginar.

Martin había sido su roca, el hombre con el que pensaba pasar el resto de su vida. Tenían planes de jubilarse en una playa o, al menos, en algún lugar cálido. A ella le encantaba la costa de Jersey, pero seguía siendo demasiado fría y miserable durante gran parte del año. Martin se lo había prometido. Ahora estaba muerto y ella no tenía forma de averiguar quién lo había matado ni por qué.

Terminó de maquillarse. Todos los domingos, martes y viernes visitaba a Martin. Cogía la rosa que había elegido la noche anterior en la tienda de la esquina y se montaba en su Mercedes Benz de ocho años.

Mary se secó una lágrima mientras cogía la rosa y salía hacia el cementerio.

Tardaba exactamente veintidós minutos. Había cronometrado cada viaje. Salía a las 8:15 h cada vez y llegaba a las 8:37 h. De vez en cuando, llegaba un par de minutos tarde si iba detrás de alguien lento, pero normalmente se podía ajustar el reloj por su puntualidad.

Aparcaba en el mismo sitio cada vez que iba. Si había nevado, los amables cuidadores limpiaban la plaza de aparcamiento. Esos mismos cuidadores se habían fijado en su llegada cada semana, mes tras mes.

Se inclinó hacia el asiento del copiloto y cogió la rosa de esa mañana.

La mañana era fresca y despejada, y todos los sonidos estaban amortiguados en este lado del cementerio. Mary rara vez se encontraba con alguien mientras caminaba por el sendero.

Al doblar la última esquina, miró hacia la solitaria colina donde estaba la lápida de Martin y se detuvo en seco. Su marido no estaba solo. Un par de hombres se hallaban a unos cincuenta metros de distancia. Eran tipos grandes, con aspecto profesional, y parecían estar vigilando a una mujer.

Sus ojos se fijaron en la figura que estaba de espaldas a ella. La mujer vestía pantalones y un abrigo negro largo que le llegaba hasta las rodillas. Parecía estar secándose las lágrimas del rostro y tenía los hombros un poco encogidos. La mujer lloraba y, a juzgar por lo que Mary podía ver, llevaba un buen rato haciéndolo.

Caminó hacia adelante, ahora un poco más rápido. ¿Quién era esa mujer y por qué lloraba ante la tumba de Martin? Al acercarse a ella, redujo la velocidad y tosió para no asustarla.

Mary observó cómo la mujer se secaba los ojos con un pañuelo una vez más y se giraba hacia ella. Sus ojos se abrieron de par en par, conmocionados.

Una mujer muerta lloraba por su marido.

Se desmayó. Bethany Anne la sostuvo con destreza, junto con la rosa que se le había caído de la mano, antes de que ninguna de las dos tocara el suelo.

En algún lugar de Francia

David cogió el teléfono desechable. Hasta que supiera dónde estaba Michael, sería tan obsesivo con la seguridad como lo había sido Anton.

No es que eso le hubiera servido de mucho al final. Quizá, pensó David, Anton no debería haber organizado fiestas lujosas que lo convirtieran en un blanco fácil. Para ser un tipo tan retorcido, su hermano había sido a veces ciego ante sus propias carencias. Lo había acosado con frecuencia por su castillo, solo para morir en una de sus propias casas.

David no conocía toda la historia, pero le habían informado de que Anton estaba muy, muy muerto.

Al parecer, esa muchacha de Michael seguía siendo un verdadero incordio.

Llamó a uno de sus contactos en Estados Unidos. La voz al otro lado de la línea sonó brusca y agresiva: —¿Hola? ¿Quién es?

—Soy David.

La voz al otro lado se suavizó. —Oh, me alegro de oírte. Supongo que sabes lo de Anton.

—Sí. Por eso te llamo. Tenemos que aumentar la presión sobre esa mocosa molesta, Bethany Anne. Quiero que sigas adelante con los planes para forzar un voto de no apoyo a Gerry. ¿Puedes hacerlo?

—Es posible. Lo ha puesto más difícil desde que la prueba con los alborotadores ha resultado exitosa hasta ahora. Empezaré a difundir rumores. Al menos deberíamos provocar un bloqueo en el Consejo. Una vez que estemos en punto muerto, los poderes de Gerry quedarán reducidos y podré seguir adelante para expulsarlo. Haré que una figura decorativa asuma el control. No hay motivo para que mi cabeza acabe en la guillotina si Michael aparece.

—Si Michael aparece, imagino que el lugar más seguro será cualquier sitio donde él no esté. No olvides el día de San Valentín.

—No lo olvidaré. Esa es la razón por la que acepté trabajar contigo en primer lugar. No olvides que me necesitabas para ocuparme de esto por ti cuando todo saliera bien.

—Por supuesto que no. Recuerdo a mis amigos.

—Bien. Se despidieron.

David miró los pedazos del teléfono que acababa de aplastar en su mano. —Por supuesto, primero tendría que considerarte un amigo.

Tiró los restos destrozados a la papelera junto a su silla y se sacudió las manos para quitarse el polvo.

Con calma, cogió el siguiente teléfono y buscó el número que necesitaba.

Mary se despertó lentamente. Estaba acunada en los brazos de una mujer y su memoria estaba algo confusa. Abrió los ojos y vio… el rostro de un ángel, alguien que no debería estar sosteniéndola en ese momento. Que no debería estar allí, sin más.

—¿Bethany Anne? —Mary extendió la mano para tocar aquel rostro iluminado por una sonrisa compasiva. Incluso con las lágrimas surcando sus mejillas, seguía siendo hermosa.

—Sí, soy yo. Vine a rendir mis respetos a Martin. No quería hablar con él hasta haberme ocupado de los responsables de su muerte.

Mary miró a su alrededor. Cuatro personas nuevas se encontraban al otro lado de la tumba: dos hombres acompañados por dos mujeres. Los dos que había visto antes seguían vigilando la zona… sin duda, eran protección. Los otros hombres y las dos mujeres la observaban.

—¿Puedes ponerte en pie? —preguntó Bethany Anne.

Ella asintió. Se sentía algo mareada, pero con la ayuda de su acompañante volvió a ponerse en pie. Bethany Anne mantuvo un brazo alrededor de sus hombros.

Mary se dio cuenta de lo que había dicho. —¿De quién te encargaste? ¿Quién fue el responsable de la muerte de Martin?

La sonrisa de la mujer más joven se tornó triste. —Era un grupo que iba tras de mí. Había ayudado a otra agencia gubernamental en los Everglades. La operación salió mal, pero conseguí darle la vuelta. Eso condujo a otra operación en Miami, lo que hizo que el otro

grupo empezara a investigarme. Me rastrearon hasta Martin y, como resultado, lo mataron.

—Pensé que estabas muerta. Sé que Martin decía que estabas viva porque nadie más le habría enviado aquel zapato. Pero los médicos no te dieron ninguna oportunidad y llevas desaparecida… bueno, ¿casi un año?

—Más o menos. Me trasladaron a un grupo clandestino. En Europa tenían la capacidad médica para curarme, pero aquello me cambió. —Bethany Anne soltó a Mary y la observó con atención por si necesitaba apoyo de nuevo. Caminó de un lado a otro frente a la tumba—. Tardaron siete meses en curarme. Desde entonces, me he dedicado a diferentes cosas. Mi principal objetivo durante los últimos seis meses ha sido localizar a los asesinos de Martin, a su jefe y así sucesivamente, hasta llegar a los mandamases. Se detuvo y miró a la mujer mayor a los ojos. —Mary, mi equipo y yo hemos eliminado a todas las personas relacionadas, incluso de forma tangencial, con lo que le ocurrió a Martin. —Hemos perseguido y abatido al asesino de Martin aquí, en Washington D. C. —Hemos eliminado a su jefe en Costa Rica y luego a la jefa de este en Argentina. Estoy siguiendo la pista a otra persona en Europa y sé quién se encargará también de él. Mi equipo y yo no nos detendremos hasta que todas las personas de ese grupo estén bajo mi talón, reducidas a polvo y arrastradas al océano, para que nunca más se vuelva a saber de ellas. Esa es mi promesa.

Mary oyó al tipo más grande murmurar: —*Ad Aeternitatem*.

Bethany Anne lo miró por encima de la tumba y asintió con la cabeza, una sola vez, con firmeza.

Volvió a mirar a Mary. —Siento que Martin se haya visto envuelto en este lío. No tenía ni idea de que alguien pudiera rastrearme hasta mi antigua vida.

Mary bajó la mirada hacia sus pies. —Entonces, ¿Martin murió en acto de servicio? Una lágrima asomó en su ojo derecho.

—Sí. Lo mataron porque yo estaba implicada en operaciones autorizadas por el Gobierno de los Estados Unidos.

Ella siguió llorando en silencio. —¿Por qué el Gobierno no lo admitió? Dijeron que fue un acto aleatorio.

Bethany Anne le tendió un pañuelo limpio.

—Sabes que el grupo de Martin era casi negro, ¿verdad? —Mary asintió. —Bueno, el siguiente nivel es negro y, más allá del negro, está el grupo en el que estoy ahora. Se acercó a ella y le levantó suavemente la barbilla con un dedo para mirarla a los ojos. —Mary, Martin podría no haber muerto si hubiera dado al asesino información sobre mí. Murió para protegerme. Estaba tan seguro de que yo seguía viva que dio su vida para protegerme sin ninguna prueba, salvo un zapato.

Mary se secó los ojos con el pañuelo. Ese era su marido. Ese era el hombre al que había amado, y ese era el hombre que fue cuando murió. Había sido un protector. Había protegido a sus seres queridos, incluso cuando ella pensaba que estaba persiguiendo fantasmas.

Al parecer, el fantasma era real. Sonrió a Bethany Anne. —Entonces no murió en vano, ¿verdad?

—¿Jefa?

Vio cómo su acompañante se volvía hacia el hombre corpulento y alzaba una ceja.

—¿Puedo hablar?

Se colocó junto a Mary, asintió y le rodeó la cintura con un brazo. El hombre enorme se acercó y se detuvo frente a ellas. —Señora, me llamo John Grimes. Habría muerto en aquella operación de los Everglades si Bethany Anne no hubiera aparecido. De hecho —se giró un poco y saludó con la mano a las personas que estaban al otro lado de la tumba—, todos los hombres aquí presentes habrían muerto en aquella operación. Volvió a mirar a Mary. —Le debo mi vida, mi futuro y mi esperanza a Bethany Anne.

—Por extensión, le debo mi vida, mi futuro y mi esperanza a uno de los hombres que la convirtió en la persona que es hoy, y ese es su esposo. Así que, desde lo más profundo de mi corazón, gracias por su entrega al deber, su entrega a la vida y su entrega a sus seres queridos. Es un honor para mí decir que estuve allí y ayudé a acabar con el asesino. En nombre de mis hombres y en el mío propio, terminaremos el trabajo. Todas las personas que pertenecen a ese grupo de escoria serán reducidas a polvo.

Cuando John terminó su declaración, Ecaterina se colocó detrás de él. John estrechó la mano de Mary y la recién llegada ocupó su lugar.

—Esta mujer —señaló a Bethany Anne con la cabeza— es responsable de demasiadas cosas buenas en mi vida como para contarlas ahora mismo. Yo estaba allí cuando cayó el asesino de Martin. También soy una de las dos que apretaron el gatillo para ejecutar a su líder supremo. Esto es lo menos que puedo ofrecer en agradecimiento por todo lo que su marido hizo para convertirla en la mujer que es hoy. *Ad Aeternitatem*.

Para entonces, Mary lloraba desconsoladamente. Las lágrimas que no había podido derramar mientras intentaba comprender el asesinato de Martin por fin cayeron. Su vida no había sido inútil, sino que había invertido parte de ella en la mujer que estaba junto a ella y la abrazaba en ese momento.

A continuación llegaron Darryl, Scott y Eric. Por último, la mujer llamada Gabrielle se acercó y habló con ella.

Todos los presentes tenían lágrimas en los ojos cuando Gabrielle terminó su historia. Mary la abrazó, y luego a los demás. Finalmente, se volvió hacia Bethany Anne. Señalándose a sí misma y después a la protegida de su marido, comenzó: —Sé que no hemos hablado mucho, pero por lo mucho que Martin hablaba de **ti**, siento que eres como una hija perdida. Una que ha vuelto a casa y me ha ayudado a entender por qué, y me ha dado el regalo de saber que sus asesinos han recibido lo que merecían y que Martin ha obtenido justicia. —Se acercó y abrazó a la mujer más joven y alta—. Ojalá pudiera verte más a menudo, solo para charlar.

Se apartó y miró a Bethany Anne, que intentaba sonreír entre lágrimas. —Ven a visitarme cuando quieras. Puede que no esté cerca de donde vives, pero siempre serás bienvenida en mi casa, ¿entiendes?

Bethany Anne la abrazó también. —Puede que estemos más cerca de lo que crees. ¿De acuerdo?

Mary murmuró que sí, sin estar muy segura de lo que quería decir. Bethany Anne le entregó la rosa que había llevado a la tumba y cada una colocó una rosa sobre ella. Para su sorpresa, todos los

miembros del equipo hicieron lo mismo. Ese día, la tumba de Martin tenía ocho rosas.

Cuando regresó a su coche, sintió que el peso de las emociones se le quitaba de encima por primera vez desde que Martin había sido asesinado. Se quitó el abrigo y abrió la puerta, y entonces vio un sobre tamaño legal a su nombre en el asiento del conductor. Lo cogió, metió el abrigo y se sentó al volante. Mary arrancó el coche y encendió la calefacción.

Tardó unos minutos en comprender el contenido.

Le habían cedido una casa en Key Biscayne, Florida.

Una nota personal en el interior explicaba los documentos.

Por favor, acepta este regalo. Es lo menos que puedo hacer. Confía en que quiero que sepas que las promesas de Martin, los sueños que compartió conmigo y de los que tú y tu marido hablabais nunca fueron en vano. Esta casa está libre de cargas, amueblada, y todos los impuestos y tasas se pagarán mientras seas su propietaria. Sería un honor para mí que aceptaras esto y vinieras a vivir cerca de mí..

Con todo mi cariño,

Bethany Anne.

Las lágrimas volvieron a caer por el rostro de Mary Brennan, manchando ligeramente la tinta de la nota personal.

Key Biscayne (Florida, EE. UU.)

Scott caminaba por la orilla del mar, pensando en la visita a la tumba de Martin. Había participado en la eliminación de Adrian, el vampiro responsable de matar a Martin. También había participado, al menos en la planificación, en el intento de atrapar a Clarita. Habría participado en la lucha por el *Polarus*, pero Jean Dukes y su equipo dieron rápida cuenta de los atacantes y de la embarcación aquella noche.

Estaba de pie, contemplando la puesta de sol sobre el agua cuando Darryl lo alcanzó. Scott lo había oído y esperó a que su compañero se situara a su lado, compartiendo la vista, antes de hablar. —Precioso, ¿verdad?

Darryl asintió. No era tanto una pregunta entre dos hombres que habían luchado juntos, sangrado juntos y salido del otro lado juntos, como un simple saludo.

Permanecieron en un silencio cómplice durante un par de minutos, mientras Darryl dejaba que su compañero se tomara su tiempo.

Scott finalmente rompió el silencio. —¿Seremos suficientes, Darryl?

—¿Suficientes para qué?

—¿Suficientes para acompañarla hasta el final de todo esto? —Señaló el horizonte—. ¿Suficientes para protegerla de lo que se avecina?

Darryl meditó su respuesta. Su compañero era el bicho raro de la Guardia de la Reina. Había llegado a ellos desde la policía de Nueva York, así que no era exmilitar como la mayoría. Scott se había visto envuelto en un mal desenlace con un Nosferatu en un bloque de pisos, y Dan había movido algunos hilos para que pudiera unirse al equipo. Llevaba ya un tiempo siendo una parte sólida del cuarteto.

—Hermano, ¿qué crees que se avecina? Para Darryl, todos sus compañeros de equipo eran sus hermanos. Tres tipos —ahora cuatro, contando a Gabrielle— de los que sabía que nunca lo abandonarían, aunque los mandos pensaran otra cosa. Joder, su jefa era Bethany Anne. Esa mujer arriesgaría la vida en otra dimensión con tal de salvar a uno de los suyos.

—Ya sabes cómo están las cosas. Tenemos que dejar atrás esta mierda de los Deshonrados. El equipo BMW pondrá en marcha esos cohetes. No creo que tarden mucho en funcionar dentro de la atmósfera y, después, fuera de ella. Después de eso, no pasará mucho antes de que podamos entrar en órbita terrestre baja. Eso cabreará a gente muy poderosa.

Darryl asintió con la cabeza. —Scott, tendremos que ser suficientes. Es una mujer dura, no me malinterpretes, pero no puede estar en todas partes a la vez.

Su amigo resopló. —¿Te acuerdas de San José?

Darryl sonrió, recordando la pelea en el parque. —La sacamos de esa.

Scott giró la cabeza para mirar a su compañero. —¿Quién intentaba sacar a quién de esa? Éramos un equipo, el mejor en el que había estado nunca, y ella nos dejó atrás. Tenemos que mejorar nuestro juego o la frenaremos.

Era el turno de Darryl de callarse y pensar en lo que Scott acababa de decir. Los chicos habían oído hablar de la pelea en el *Ad Aeternitatem*. El equipo de Pete, junto con los Marines de Todd, se había visto envuelto en una breve y sangrienta pelea. Pero la gran noticia era que el propio Pete se había convertido en el primer hombre lobo en siglos mientras él y su equipo luchaban por Bethany Anne. Quizás John podría vencer a Pete en una pelea, pero la Guardia había llegado al límite por... —Quieres seguir el camino de John, ¿verdad?

Como antes, aunque formulada como una pregunta, era una afirmación de alguien que conocía muy bien al otro.

Scott asintió. —He pensado mucho en ello desde que ayudamos al periodista en San José. Miró al horizonte. —Cuando esos cabrones dispararon a Gabrielle y a nosotros, dejé de pensar en términos de nosotros, ellos, naciones, lo que fuera. Pasó a ser mi equipo, mis compañeros, mi misión. Tenemos un objetivo: salvar el mundo. Miró a su compañero. —Si tengo que encajar una bala para asegurarme de que Bethany Anne cruce la línea de meta, no lo dudaré. Pero si puedo sacudírmela de encima y no quedarme fuera de juego… bueno, que vengan, hijos de puta, que vengan. Volvió a mirar hacia el horizonte.

—Eso ha sonado un poco vulgar. —Darryl sonrió con aire burlón.

Él sonrió. —Sí, esperemos que no esté escuchando, o tendré que hacer cincuenta flexiones. ¡Espera! Scott se volvió hacia Darryl. —Que yo recuerde, nadie ha usado solo "hijo de puta" en meses. Creo que eso debería estar bien.

Darryl negó con la cabeza. —¿Quieres probarlo con ella?

—Joder, no.

—¿Cuál crees que es nuestro siguiente paso?

—Eric, luego John, después Gabrielle.

Scott no le había preguntado a Darryl si quería seguir ese camino. Estos tipos habían sido humanos todo el tiempo. John ya no

lo era, no del todo. Nadie sabía con certeza qué era, pero si aún era humano, era un espécimen casi perfecto.

Pero todos habían sido salvados de una forma u otra por Bethany Anne. Ahora Scott quería asegurarse de ser el recurso que ella necesitara cuando llegara la hora de la verdad.

Su hermano de batalla no necesitaba expresar su acuerdo. Ya lo había hecho.

Era hora de que la Guardia de la Reina subiera de nivel.

CAPÍTULO 2

Nave de la Puñetera Reina — *Ad Aeternitatem* — en ruta hacia el Mediterráneo

Tres hombres estaban sentados a una mesa en el compartimento que la tripulación del barco había tenido la amabilidad de llamar «el garaje del equipo BMW». Hasta que el equipo fuera capaz de fabricar una embarcación que funcionara, tendrían que soportar las bromas. Bobcat se lo tomaba con calma y Marcus se divertía con toda la experiencia. Aunque el científico estaba acostumbrado a que otros científicos le trataran mal, consideraba que las divertidas travesuras con las que se encontraba estos días eran precisamente eso: divertidas.

William no opinaba lo mismo, tal vez debido a la lápida que le habían regalado. La tripulación la había creado después de que su primer intento se hundiera en el primer barco pontón. Su cohete se había hundido tan rápido en las profundidades del océano que las burbujas tardaron al menos medio minuto en llegar a la superficie. O tal vez era porque estaba acostumbrado a ser el «mecánico supremo», independientemente del trabajo que le asignara el ejército.

Bethany Anne le había lanzado una maldita nave espacial a William y luego le había dicho a su jefe y a un ingeniero aeroespacial que le fabricaran una nave de ataque personal.

Así que lo haría. En primer lugar, lo haría porque ganar la batalla con las máquinas era lo que hacía. La segunda razón era que quería saber que había formado parte del equipo que construyó la primera nave utilizando tecnología alienígena.

La tercera, y quizás *la* más importante, era que no iba a defraudar a Bethany Anne otra vez. Había metido la pata en Miami y haría lo que fuera necesario para asegurarse de no volver a defraudarla.

Incluido dejar de beber alcohol hasta que tuvieran éxito.

Esa prohibición no era algo que su jefe y su compañero de equipo compartieran. Entre ellos se interponía un cubo de medicina lubricante mental. Bobcat y Marcus acababan de abrir sus segundas cervezas cuando la mujer más letal del mundo entró tranquilamente con su enorme pastor alemán blanco. Gabrielle siguió a Bethany Anne al interior de la sala. Llevaba ropa táctica y parecía que estuviera desfilando en una pasarela de moda.

Las malditas vampiras podían hacer que cualquier cosa pareciera sexy. William levantó su Coca-Cola en su dirección. Podía brindar por eso.

Así que lo hizo.

—¡William! ¿Cómo está mi mecánico favorito esta noche? Bethany Anne sacó una silla, la giró, se sentó a horcajadas y los miró. Gabrielle se colocó a unos metros detrás de ella y Ashur se tumbó justo detrás de su silla.

William se dio cuenta de que tanto Bobcat como Marcus habían bajado sus botellas, sin saber por qué su jefa había llegado sin avisar. Sonrió. —Muy bien, muchas gracias. Estamos intentando sin éxito averiguar cómo resolver un par de problemas con el nuevo motor. Se rascó la barbilla, donde volvía a tener un poco de barba incipiente.

—El... —Se detuvo cuando ella levantó la mano.

—Estás a punto de empezar a hablar el lenguaje de los números, las fuerzas, los metales o las tensiones, nada de lo cual yo entiendo.

«Yo sí.»

«No me digas, Sherlock. Por eso estamos aquí.»

«¿Ah, sí? Cuéntame.»

«Pues entonces, ¿por qué no escuchas, joder? Deja de interrumpir y así todos podremos aprender al mismo tiempo.»

«Qué bien por ti.»

«Juro por Dios que si el equipo de cocina está escuchando algo que tú estás captando, los haré nadar detrás del *Polarus* durante unos kilómetros mientras echo cebo al agua.»

TOM se quedó en silencio, lo que prácticamente selló el veredicto de culpabilidad en ese mismo momento. Ella continuó su conversación con los chicos.

—Conozco a alguien que habla esas cosas y entiende de qué va...

—Vas a dejarnos hablar con Thales, ¿verdad? —dijo Marcus, interrumpiéndola.

Bethany Anne miró fijamente al hombre hasta que este se corrigió.

—Está bien, TOM. Sigo sin entender por qué te empeñas en llamarlo por su nombre completo.

Imaginó a Marcus dando una patada a una roca imaginaria mientras decía esto.

—Considera que es mi prerrogativa acortar su nombre. Me niego a ir por ahí llamándole Tales de Mileto o incluso Thales. TOM es como empezó y TOM es como seguirá siendo.

Se inclinó hacia el cubo y cogió una cerveza. Bobcat metió la mano en el bolsillo para sacar su cuchillo y que ella pudiera usar el abrebotellas. Mientras lo hacía, ella puso el pulgar debajo del tapón, lo quitó de un golpe y dio un trago. El piloto guardó el cuchillo. Decidió que su habilidad para abrir una botella así de fácil tenía que ser muy útil.

La vampira puso cara de asco y dejó la cerveza sobre la mesa. —Joder, qué asco. Giró la botella y miró a Bobcat. —Lo creas o no, creo que a las papilas gustativas vampíricas no les gusta esto.

—Entonces no cuentes conmigo si alguna vez llega el momento de ofrecerme la oportunidad de cambiar. Lo siento, si no puedo disfrutar de la cerveza natural, la vida simplemente no vale la pena —dijo, negando con la cabeza. Remarcó el comentario apurando su cerveza.

Ella apartó la botella. —Marcus, hace unas semanas pediste hablar con TOM. He estado tratando de encontrar una manera de lograrlo y puede que tengamos una solución. Marcus apartó la botella y cogió lápiz y papel. —¿Sabes cómo funcionan estas cosas —dijo ella señalando con un gesto de la mano los motores y los diferentes aparatos tecnológicos que tenían esparcidos por la habitación— a través de la dimensión etérica? Él asintió con la cabeza. —Bueno, deberíamos poder transferir las comunicaciones a través de la dimensión etérica a un ordenador seguro. Cuando vea tus preguntas, podré escribir las respuestas.

—¿Algo así como un canal de chat?

—Sí. Tendrás que esperar las respuestas, dependiendo de lo ocupada que esté, pero será mejor que esperar a que tenga la oportunidad de pasar por aquí.

«¿Por qué no conectamos simplemente el ordenador que tengo aquí a través de la dimensión etérica directamente a un portátil, como hicimos con Frank?»

«Porque la última vez que hablamos de eso, dijiste que sería necesario otro viaje a la cápsula médica.»

«Bueno, sí, pero sería una cirugía muy pequeña para facilitar tu capacidad de conexión.»

«No voy a enchufar un cable en mi cabeza.»

«No será un cable. Será un transceptor analógico y digital micro, realmente micro.»

«¿Para que un grupo externo pueda freírme o hackearme? No, gracias.»

«Por favor, como si alguien tuviera la capacidad de hackear un sistema informático alienígena. Esto no es Hollywood, ya lo sabes.»

Bethany Anne había visto *Independence Day* con TOM. Tuvo que detener la película cuando los dos héroes conectaron sus ordenadores directamente al sistema de la nave espacial y enviaron un gusano al ordenador alienígena. TOM no se callaba, explicando las innumerables razones por las que eso no funcionaría.

Marcus se recostó en su silla, claramente menos entusiasmado con la solución de lo que podría haber estado. Por supuesto, quería

hablar directamente con TOM si podía, pero ella no estaba dispuesta a abrir *esa* caja de Pandora.

Se pusieron manos a la obra para averiguar cómo configurar dos ordenadores portátiles para que funcionaran a través de la dimensión etérica. Con la ayuda de TOM, lo consiguieron en quince minutos.

Bethany Anne se levantó y giró la silla. —Ponte en contacto con Ecaterina o Patricia para pedir los portátiles. Haz que los envíen a la casa de Florida y yo los traeré conmigo la próxima vez.

Las mujeres se despidieron y salieron de la habitación, cerrando la puerta tras de ellas.

William habló sin dirigirse a nadie en particular. —No digas nada. Has tomado un poco de cerveza y ellas aún pueden oírte. Sabemos que son atractivas y, Dios no lo quiera, digas algo de lo que te arrepientas por la mañana.

Bobcat se limitó a inclinar la botella en señal de agradecimiento. Sabía que la advertencia no iba dirigida a él. Era Marcus quien no podía aguantar el alcohol.

El científico cerró la boca, no tan borracho como para no reconocer un sabio consejo.

Ad Aeternitatem

Todd Jenkins tenía problemas para controlar su ira. Los tres marines sentados a la mesa con él tenían el mismo problema.

Todd, Chet Nichols, Kevin Russel y Paul Stephens estaban viendo las secuelas de un ataque terrorista en Francia.

Estaban furiosos.

Cuando estabas en el ejército, tenías que seguir las órdenes de tus superiores. Seguían las órdenes de sus superiores hasta que, finalmente, llegaban a la persona más alta, que solía ser un comandante en jefe elegido. A veces, la persona que ocupaba el cargo era respetada y, otras, no. Con suerte, el cargo era respetado, o acababas en sociedades que podían cambiar según el capricho de los que tenían más carisma y las armas más grandes.

Eso no significaba que la gente en las trincheras y quienes los apoyaban no desearan poder liberarse para causar el caos y fastidiar las «realidades políticas».

Los cuatro marines apenas pudieron contener su ira mientras veían los vídeos de las masacres que volvían a emitirse en el telediario.

La noticia se había difundido rápidamente por la Ad Aeternitatem. Algunos de los marines habían comentado casualmente: —Francia está de camino al Mediterráneo, ¿verdad?—. Sabían que era una ilusión. Tenían su misión, y era llevar a Stephen, el nuevo propietario de los dos barcos, de vuelta a su país para poder continuar con sus esfuerzos por cuidar de los Deshonrados y prepararse para trasladarse a la órbita terrestre baja.

Pete y los Guardianes entraron en el comedor, tras una de sus sesiones de entrenamiento. Todos los licántropos podían oler fácilmente las feromonas que abundaban en la nave. Pete se separó de su equipo para dirigirse a su mesa. En un par de horas entrenarían con el equipo de Todd. Desde la acción de abordaje de hacía unas semanas, los dos se habían hecho buenos amigos y ambos equipos trabajaban y entrenaban duro juntos.

Los marines se inclinaban por usar sus armas, y los Guardianes se inclinaban por matar de forma rápida y feroz en combates cuerpo a cuerpo.

Juntos, los dos equipos estaban llevando sus habilidades uno o cinco peldaños más arriba.

Todd giró la cabeza y saludó a Pete.

El licántropo preguntó: —¿Qué está pasando? Todo el barco huele a ira, pero aquí dentro, con vosotros, es realmente intenso.

Chet respondió sin apartar la vista del televisor de la pared. —Unos malditos terroristas han estado paseando por la ciudad, matando indiscriminadamente. Un grupo entró en un concierto abarrotado y empezó a disparar; luego se atrincheraron con la policía y dos de ellos detonaron chalecos suicidas. Probablemente haya más de cien muertos y muchos cientos de heridos. Esos cabrones no se atreven a luchar como hombres: tienen que enviar a críos a suicidarse. Esos jodidos manipuladores tergiversan las

palabras de su religión para que los jóvenes hagan lo que ellos quieren.

Pete levantó una ceja mirando a su amigo, que se encogió de hombros. Miró a Chet. —Joder, Chet, ¿por qué no me dices lo que realmente piensas?

Su líder intervino: —Nada que el resto de nosotros no estemos pensando. Queremos una oportunidad contra esos cabrones con tantas ganas que casi podemos saborearla.

Pete se encogió de hombros. —¿Y? ¿Por qué no preguntamos si se puede hacer?

—¿Si se puede hacer qué? preguntó una voz justo al lado de Pete.

El licántropo, que tenía un oído sobrenatural, casi se sale de sus casillas. Stephen se había acercado a él y le había hablado tan cerca que Pete podía sentir su aliento en el aire. Se giró para mirar al vampiro mayor, mucho mayor. —¡Maldita sea, Stephen! Dios, me vas a provocar un infarto.

Stephen sonrió al joven licántropo. —Pete, no hay posibilidad alguna de que te asuste tanto como para que no puedas regenerar el daño. Solo te estoy utilizando para practicar.

Todd se alegró de que los dos estuvieran hablando durante un minuto. Eso le dio tiempo para controlar su propio corazón. Tenía a Pete en su campo de visión, por lo que sabía con certeza que Stephen había aparecido de la nada, o casi, ya que no podía notar la diferencia. Chet y Kevin ni siquiera se habían inmutado. No estaba seguro de si eran conscientes de la conversación que se estaba desarrollando a su alrededor. Paul intentó fingir que no había dado un salto de su silla.

Pete respondió malhumorado: —¿No puedes elegir a alguien como Gabrielle o Bethany Anne para eso?

Stephen hizo un gesto con la mano para ignorar su pregunta. —Bethany Anne siempre sabe dónde estoy, y Gabrielle aprendió mis trucos hace un par de siglos.

Intuyendo la oportunidad de ganar algo de dinero, Pete le preguntó a Stephen: —¿En serio? ¿Hace cuántos siglos? Había una recompensa muy secreta por la edad de Gabrielle. Se rumoreaba

que la cantidad era ahora de diez mil dólares, y algunas personas susurraban que era Bethany Anne quien estaba dispuesta a pagar la recompensa, sin hacer preguntas.

El vampiro se volvió para mirar el rostro ingenuo de Pete, una máscara perfecta de inocencia. —Peter, tendrás que esforzarte mucho, mucho más que eso para averiguar la edad de Gabrielle. Detectó un ligero estremecimiento en los ojos del joven.

—Solo tengo curiosidad por saber cuánto tiempo le llevó aprender tus trucos.

Stephen se volvió para mirar la mesa. Todos los que estaban sentados allí estaban ahora absortos en su conversación. —Entonces, ¿qué es lo que deseáis saber que se puede hacer?

Pete le pasó la respuesta a Todd. Los dos estaban ahora tan cerca que no necesitaban hablar, gracias a las habilidades telepáticas que los amigos adquieren cuando llevan suficiente tiempo juntos.

Todd respondió mentalmente con un *«cabrón»* a Pete, quien sonrió en señal de reconocimiento por el insulto.

El marine señaló con el pulgar por encima del hombro hacia la televisión que había en la pared. —Estos cabrones... Eh, lo siento. A diferencia de Bethany Anne, Stephen no era tan propenso a maldecir cuando hablaba. —Los terroristas de Francia. Nos gustaría tener la oportunidad de clavarles el culo a la pared. ¿Hay alguna posibilidad de que tus contactos nos consigan un M249?

—Oooh, oooh. ¿Qué tal un jeep con un GAU-17/A? preguntó Kevin, levantando la mano y rebotando en su asiento.

Chet le dio un golpe en la cabeza. —Idiota.

Stephen miró hacia la televisión y la observó durante unos segundos. En sus siglos de vida, había sido testigo de atrocidades que hacían que esto pareciera insignificante en comparación. Por otra parte, todo lo que el mal necesitaba para prosperar era que los hombres y mujeres buenos no hicieran nada. O, pensó, que no se les permitiera hacer nada. Su rostro se volvió pensativo y Todd arriesgó una mirada a Pete, quien se encogió de hombros.

Todos los licántropos se habían unido al grupo. Stephen se dio cuenta de que algunos miembros de la tripulación de la nave también lo observaban. Evaluó las emociones en sus rostros.

—Entiendo que esto —señaló con la mano hacia la televisión— es algo que os enfurece y convierte vuestro sentido de la justicia en un deseo de venganza.

Todd respondió: —No venganza, retribución.

Stephen miró al líder de los marines. —Han sido juzgados como merecedores de un castigo por sus acciones, y queréis saber si eso entra dentro de nuestros parámetros operativos.

Todd no sabía muy bien cómo responder. Sabía que el vampiro nunca iría en contra de los deseos de Bethany Anne, así que no le quedaba más remedio que admitir lo que quería y ver qué pasaba. —Más o menos, sí.

Hubo gruñidos de acuerdo a su alrededor. Sí, esta gente estaba enfadada por las atrocidades que habían visto en la televisión.

Stephen volvió a mirar la televisión mientras todos en el comedor lo miraban a él. Esbozó una sonrisa maliciosa, lo que hizo que algunos quisieran dar un paso atrás. La mayoría lo consideraba un vampiro divertido que rara vez levantaba la voz.

El rostro del hombre que tenían delante en ese momento habría provocado pesadillas a la mayoría si hubieran sido más jóvenes. —Mi Reina me ha encomendado la responsabilidad de limpiar Europa. Creo que su intención es convertirla en un refugio seguro en previsión de la agitación que se producirá cuando pasemos a la siguiente fase. Creo que librar a Europa de esta pestilencia entra dentro de mi comprensión de sus instrucciones.

Miró a los dos comandantes. —Convoquemos una reunión con Dan y los capitanes de los barcos. Si se acuerda que la operación es viable y es algo que queremos intentar... —Stephen señaló la televisión—. Entonces estos... ¿cabrones? —levantó una ceja mirando a Todd, que asintió—. Entonces estos cabrones aprenderán lo que significa ser el objetivo de la Armada de la Puñetera Reina.

Stephen salió del comedor entre los vítores de un grupo de hombres y mujeres que veían al alcance de la mano la oportunidad de vengarse.

En algún lugar de Alemania

David tardó tres días en localizar al contacto adecuado disponible en el ejército estadounidense. Esos malditos estadounidenses podían ser unos pesados en cuestiones éticas. Finalmente, uno de sus contactos en el ejército alemán pudo proporcionarle un contacto que al menos era flexible en sus esfuerzos por proteger a Estados Unidos. Mejor aún, era lo suficientemente importante como para poder ejecutar las órdenes que él quería dar.

Luego, solo le llevó cinco minutos asegurarse de que se produciría un problema en Siria y que se proporcionaría una fuerza externa para hacerle frente. Solo tenía que asegurarse de que la fuerza externa no recibiera apoyo aéreo después de su llegada.

Los dos acordaron un precio y colgaron.

David sonrió. Lástima que la fuerza externa no sería llamada hasta *después* de que el contacto hubiera sacrificado a algunos de sus propios hombres.

Aplastó el teléfono contra la papelera y se limpió las manos para quitarse los pequeños trozos. Si esta Bethany Anne trabajaba como Michael, vendrían al rescate si se producía un gran brote de Nosferatu.

El vampiro se levantó y cogió su abrigo. Era hora de hacer un viaje a Siria. Hacía tiempo que no bebía suficiente sangre para rejuvenecer. Esa era una de las ventajas de crear un gran grupo de Nosferatu: tenías mucha sangre para beber en el proceso y siempre te veías muy bien después.

CAPÍTULO 3

Nave de la Puñetera Reina — *Ad Aeternitatem*

Marcus miró su bloc de notas y luego los dibujos que habían pegado en la pizarra blanca de la pared.

Bobcat y William discutían acaloradamente sobre algo relacionado con las aletas. Algo no estaba bien, y Marcus aún no había comprendido qué era.

—Caballeros —dijo en voz un poco más alta al no obtener respuesta—. *¡Caballeros!* Sus compañeros se volvieron hacia él y señaló los bocetos—. ¿Por qué usamos tres como número estimado de personas en el cohete?

—Es el número que pidió Bethany Anne: dos y un piloto —respondió Bobcat.

El científico se acercó a la pizarra y miró los bocetos. Todos parecían ser variaciones de los antiguos cohetes V-2 de la Segunda Guerra Mundial. —¿A quién tendríamos que preguntar si esa es la decisión correcta?

Bobcat dejó de seguirlo con la mirada y se fijó en los diseños. —Probablemente a Dan, en primer lugar, pero también a Todd y Pete.

Marcus miró por encima del hombro**.** —¿No al grupo de Bethany Anne?

William resopló. —¿Por qué iba a aceptar algo tan lento como esto?

Abrió la boca, sorprendido. —¿Lento? ¿Te das cuenta de lo rápido que puede ir en realidad? Estamos hablando de hasta Mach 42, y eso solo en la atmósfera.

William se encogió de hombros. —¿Sí? Si puedes recorrer siete mil millas en un segundo, incluso Mach 42 podría ser un poco lento.

Marcus frunció el ceño. Había intentado preguntarle sobre su caminata etérica, pero ella le había remitido educadamente a esta tarea y le había dicho: —Un proyecto ganador del Premio Nobel cada vez, Marcus.

Él se encogió de hombros. No podía hacer nada por satisfacer *esa* curiosidad en ese momento.

Bobcat comenzó su pregunta alargando la primera palabra. —Entonces, ¿quieres averiguar si Bethany Anne ha tomado la decisión correcta sobre cuántas personas deben ir en la nave? Era el turno del piloto para pensar en la pregunta. —Joder, qué coño sé yo. Preguntemos a Dan y a los chicos qué quieren. Pero será mejor que lo hagamos pronto.

Marcus, Bobcat y William caminaban por el pasillo cuando vieron a Tim Kinley, de los Guardianes. Era el más fácil de recordar para Bobcat, ya que era el más alto del grupo.

—¡Tim! —gritó.

El licántropo giró la cabeza mientras seguía avanzando por el pasillo. —¿Sí?

—¿Has visto a Pete o a Todd?

Señaló en la dirección en la que caminaba. —Por aquí. Están con Dan, Stephen y los capitanes en la sala de reuniones.

—¿La sala de reuniones? —preguntó Marcus, mirando a sus compañeros de equipo.

—BTFOOM —respondió William, encogiéndose de hombros.

La cara de Marcus era cómica mientras intentaba descifrar las letras. Bobcat se compadeció del científico. —BTFOOM —dijo—: "Beats the fuck out of me" (Ni puta idea).

—Ah. El científico pensó que le llevaría toda una vida aprender todas las siglas que usaban sus nuevos amigos militares.

Llegaron a la sala de reuniones y se sorprendieron al ver a un grupo de once tripulantes de pie, hablando entre ellos.

Cuando se acercaron, la puerta se abrió y Dan asomó la cabeza. —¿Alguien puede ir a buscar...? —Vio a Bobcat acercándose—. Justo a quienes quería. ¿Pueden unirse a nosotros, por favor?

Dejó la puerta abierta y ellos lo siguieron al interior de la sala.

Era una sala grande que no había sido concebida como sala de conferencias, sino como una zona de almacenamiento de tamaño medio para algún juguete caro u otro. El equipo había colocado un par de mesas y veinte sillas. Normalmente, habrían celebrado la reunión en las salas más bonitas del *Polarus,* pero la mayoría de la gente estaba en el *Ad Aeternitatem,* así que Dan, el capitán Thomas y Jean Dukes se unieron al capitán Wagner, Todd, Pete y Stephen, que estaba sentado a la cabecera de la mesa.

Los tres hombres se sentaron, sin tener ni idea de lo que estaba pasando.

Buenos Aires, Argentina

Michael estaba revisando los papeles en la casa principal de Anton. Estaba disgustado por lo que había encontrado en las últimas semanas.

Además, se sentía avergonzado por haber permitido que eso continuara durante tanto tiempo.

Sus primeros esfuerzos se habían centrado en encontrar y deshacerse del aparato de investigación y de las personas que Anton había reunido durante las décadas transcurridas desde que huyó de Alemania. Michael se mostró despiadado cuando descubrió que algunos de los científicos eran antiguos nazis a los que Anton había mantenido con vida mucho más allá de su esperanza de vida normal.

Incluso había tardado un par de días en localizar a uno que se había enterado del «cambio en la dirección» y había huido a Chile. Cuando Michael ordenaba ejecutar a alguien, exigía que le trajeran la cabeza como prueba. No quería correr ningún riesgo.

El viejo vampiro no era tan confiado como antes de su altercado con David. Su arrogancia sin duda le había pasado factura y ahora solo confiaba en unos pocos.

Tres de los principales colaboradores de Anton tuvieron que ser eliminados. Habían intentado hablar sin dar un paso en la dirección correcta y, por desgracia para ellos, Michael podía oír sus pensamientos al respecto. La mayoría de las veces, les permitía cometer un error, sin juzgarlos por sus reflexiones internas. Eso ayudaba a los demás a creer que era justo.

Por supuesto, algunos se preguntaban cómo era posible que siempre estuviera presente cuando los infractores rompían sus reglas.

Estaba revisando cada uno de los expedientes del escritorio de Anton. Antes, había encontrado algunas notas relacionadas con sus contactos en Sudamérica y las había apartado para revisarlas más tarde. Luego había creado otra pila con la información bancaria de su difunto hijo.

Anton tenía pequeñas notas por todas partes. A menudo solo tenían unas pocas palabras, garabateadas con una letra ilegible que al patriarca le costaba descifrar. La letra del hombre siempre había sido horrible y, como Michael admitía, convertirse en vampiro no había ayudado en nada.

Había encontrado una carpeta de Estados Unidos y pudo descifrar algunas notas breves sobre un plan relacionado con la banca en Miami. Pensó que debía de ser el trabajo que Bethany Anne había interrumpido. La llamó al teléfono y se sorprendió cuando Ecaterina respondió en su lugar. Parecía que su protegida había dejado el teléfono en su habitación cuando se subió a la nave desde Miami con Gabrielle. Michael decidió que no necesitaba que ella respondiera personalmente a su pregunta cuando la rumana le dijo que John Grimes estaba en la casa.

Qué pena.

John pudo confirmar la información y Michael colgó.

Casi había ignorado unas palabras escritas en la esquina de una hoja de trabajo por considerarlas inútiles, hasta que vio las palabras garabateadas: «Licántropo».

Michael giró el papel para intentar descifrar las líneas y darles algún sentido.

El esfuerzo fue inútil.

Siguió buscando y encontró algunas notas crípticas más. Aunque no pudo deducir ningún nombre, sí consiguió obtener un dato.

El Consejo de la Manada Americana tenía un topo Deshonrado entre sus filas.

CAPÍTULO 4

Key Biscayne, Florida, EE. UU.

Lance se relajaba en el patio exterior de la casa principal de Bethany Anne en Key Biscayne. Estaba bebiendo una cerveza cuando se abrió la puerta del patio y Patricia salió con una copa de vino blanco en la mano.

El general le sonrió a la mujer. Ella había sido todo lo que él necesitaba y más. Empujó la silla que tenía al lado para invitarla a sentarse, y ella le sonrió en respuesta y se sentó, dejando el vino sobre la mesa.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

—No puedo creer que haya terminado. El sol se estaba poniendo y esa noche haría un frío inusual. Ni a Patricia ni a Lance les resultaba incómodo. Habían pasado la mayor parte de sus vidas en Colorado, por lo que estaban muy acostumbrados al frío. En Miami no había nada que se acercara al frío en su rango de temperaturas.

Ella tomó un sorbo de su vino, un buen Riesling. Cuando volviera, vería si había queso en la nevera para acompañarlo. —¿La base? A menudo sabía exactamente lo que él estaba pensando después de tantos años trabajando juntos.

—Sí. No dijo nada más.

—¿Qué te preocupa?

Él miró a la mujer que tenía a su lado y suspiró. —No hay nada que se te pueda ocultar, ¿verdad?

Ella se quedó un segundo absorta en su vino. —Por supuesto que sí. No sabía que la propietaria de esta preciosa casa, así como la directora ejecutiva de la empresa, era tu propia hija. La luz del atardecer jugaba en su vino y colores hipnóticos se arremolinaban a su alrededor.

Lance sonrió. —¡Ja! Probablemente sea lo único que pude ocultarte y, gracias a Dios, solo fue por un día. Ayudó que pensaras que estaba muerta. Se volvió para mirar el agua.

Patricia levantó la vista. —Probablemente tengas razón. Soy demasiado dura conmigo misma. Mi falta de perfección estaba empezando a ponerme de los nervios por un momento. Te agradezco que me recuerdes que solo tuviste éxito porque trabajabas para los muertos vivientes. Patricia respiró hondo. A veces se olvidaba de cerrar la maldita boca cuando estaba con este hombre.

Afortunadamente, Lance lo tomó como la broma que ella pretendía. —Así es. Supongo que se podría decir que he trabajado para los muertos vivientes en ambos sentidos de la expresión. Lance se frotó las manos. —Estoy deseando soltárselo al viejo Chapuzas y Tripas.

La cara de su compañera mostraba una elegante confusión. —¿Quiénes? Antes de que él pudiera responder, ella hizo su mejor suposición. —¿Frank?

Lance siguió mirando al agua, pero le hizo un gesto con la mano. —Por eso te necesitaba tanto. No tengo que explicarte las pequeñas cosas.

Ella decidió volver a hablar con Frank más tarde. —¿Por qué te sorprende que hayamos recuperado la base y qué te pone tan melancólico?

—Sorprendido porque pensaba que tardaríamos un par de años más, melancólico porque soy el cabrón de los cabos que ayudó a cerrarla. Nunca, en toda mi vida, habría pensado que yo sería la razón por la que buenos hombres y mujeres del servicio tendrían que mudarse de ese lugar.

Patricia entendió lo que causaba la inquietud de Lance. Se culpaba a sí mismo por el cierre de la base, el fin de la operación

militar y su privatización. —Tenemos convocatorias abiertas para aquellos que quieran dejar el ejército y ayudar con la nueva base, los cambios y la seguridad, para quedarse en la zona. Parece que contaremos con bastantes recursos. Tanto en materia de seguridad como de ingeniería.

Él la miró y levantó una ceja.

—Probablemente el cien por cien de nuestras necesidades a corto plazo y el setenta por ciento de nuestras necesidades a largo plazo en materia de seguridad se mantendrán con nosotros.

Joder, pensó Lance. La ceja había funcionado..

—¿Cómo conseguiste que tantos se sumaran al cambio? —preguntó.

—Corría un rumor sobre la nueva corporación. Al parecer, van a trasladar su sede central y su valioso departamento de investigación y desarrollo a la base. Parece que tienen un historial militar.

—¡No lo hiciste!

Patricia se miró las uñas, admirando la manicura que se había hecho esa misma mañana. Dejó que Lance esperara unos segundos antes de responder. —Tienes razón, no lo hice.

Él gruñó y volvió a mirar hacia la vista.

—Kevin sí.

Lance volvió la cabeza hacia ella, con estado de shock en el rostro. —¿Kevin lo sabe? ¿Se lo dijiste a Kevin?

Patricia miró directamente a los ojos de Lance. A veces deseaba poder usar un bate, ya que este hombre era tan ciego ante lo obvio. —No, no se lo he dicho a Kevin. Él es un poco más rápido que tú para captar las cosas. Sabe que no dejaría mi trabajo y me mudaría a Florida por cualquiera, así que supongo que hizo una suposición muy acertada.

Lance reflexionó sobre su afirmación. Sabía que había dos conversaciones en marcha, pero no podía conectar la primera porque el comentario sobre Kevin había captado su atención. Bueno, qué diablos, volvería a ello más tarde.

Quizá hacerse cargo de su antigua base no sería tan malo.

Key Biscayne (Florida, EE. UU.)

Bethany Anne, Gabrielle y Ashur llegaron a su suite. Esta vez, Ashur ignoró sus zapatos y se dirigió a la puerta. El vampiro mayor hizo los honores y el perro se adelantó por las escaleras.

Gabrielle saludó con la mano por encima del hombro mientras se alejaba. —Voy a la casa de al lado. Enviaré a John y a Eric. Salió por la puerta principal antes de que su compañera bajara las escaleras. Bethany Anne podía oír a su padre y a Patricia en la parte de atrás. Parecía que estaban teniendo un momento íntimo, así que se dio la vuelta y volvió a subir las escaleras. No había necesidad de echar leña al fuego en ese momento. Aún no había decidido si se involucraría en esa relación o no.

Había sido divertido ver bailar a Ecaterina y Nathan, y aún más divertido meterse con ellos de vez en cuando. Bethany Anne no sabía si divertirse a costa de su padre, lo cual siempre era tentador, o buscar un momento para darle una bofetada en su cabeza de cavernícola. Por desgracia, no podía decirle que Patricia no esperaría eternamente porque, hasta la fecha, la mujer ya lo había hecho.

Al volver a su habitación, oyó sonar el teléfono y se acercó a la mesilla de noche para cogerlo. Ecaterina la mataría si se daba cuenta de que se lo había dejado allí.

Cuando contestó, notó que la rumana ya había descolgado el teléfono. Parecía que le esperaba una reprimenda con acento rumano. A Bethany Anne le costaba mucho sentirse regañada cuando la persona que lo hacía tenía una voz tan sexy.

—Hola, Michael. Se sentó en la cama. El patio trasero no era una opción, ya que no quería entrometerse en lo que podría convertirse en un momento íntimo. Consideró otras opciones para mantener esta conversación, luego se levantó para coger una chaqueta y salir. Era una pena que Shelly no estuviera allí.

—Hola, Bethany Anne. ¿Cómo estás? Michael era así. Siempre era educado con ella, por mucho que ella intentara provocarlo. Su distanciamiento hacía difícil entablar cualquier tipo de relación. Ella ya no era la mujer que necesitaba su ayuda. Con la información de TOM, a menudo entendía mejor que él lo que estaba pasando con sus habilidades.

Pensó en cómo podía provocar al hombre una vez más, y seguir provocándolo para ver qué reacción obtenía de él.

—No llego tarde, así soy yo. Ahí lo tienes. La próxima vez que vengas corriendo a rescatar a la damisela que no estaba en apuros, *sé puntual*.

—Qué bien. No me había dado cuenta de que eso seguía ocurriendo desde tu cambio.

Gott Verdammt. Ese hijo de puta acababa de darle un golpe y había ganado un punto. ¡Jodido capullo!

Mierda, no tenía respuesta para eso. Él estaba mejorando. Era hora de subir el nivel. No podía permitir que un aristócrata milenario pensara que tenía talento.

Por otra parte, ella lo había visto sin camisa, así que al menos tenía algo de tirón, aunque nunca se lo admitiría a Michael. Su ego desmesurado explotaría.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí desde mi cambio. Ahora que lo pienso, tampoco me conocías bien antes de mi cambio. Pero basta ya de misterios. ¿Qué tienes tú?

Maldición, pensó Michael, estaba seguro de que la irritaría con ese comentario. Era hora de averiguar cómo mejorar su juego, como diría Stephen. —He estado revisando los registros de Anton y he encontrado algunas notas que sugieren que tiene un contacto en el Consejo de la Manada Americana.

El rostro de Bethany Anne se ensombreció. —¿En serio?

—Sí.

Cogió su bolso y se dirigió a la puerta de su suite. La puerta principal se abrió, así que sus sombras habían llegado. Aumentó la velocidad para encontrarse con John cuando entró en la casa. Cuando se deslizó rápidamente entre él y la puerta entreabierta, su rostro pasó de sorprendido a resignado cuando su jefa lo dejó atrás.

Cerró la puerta tras ella.

Bethany Anne se acercó a uno de los todoterrenos (SUV) y se subió a la parte trasera.

John preguntó: —¿Adónde vamos?

Ella respondió a Michael: —Ojalá ese imbécil siguiera vivo para poder darle una patada tan fuerte en los huevos que se asfixiara.

Eric miró a John y articuló con los labios: —¿Anton? Él se encogió de hombros y asintió. Esa era también su suposición.

Bethany Anne respondió a la pregunta de John: —Llévame a algún sitio donde vendan Bugatti. Necesito velocidad.

Eric sacó su teléfono. —¡Joder, a comprar coches!

John no estaba muy contento. —Esos coches tienen cuatro asientos, ¿verdad?

Su compañero se encogió de hombros. —Ni puta idea. Si tienen dos asientos, entonces la señorita Dinero... —¡Ay! Eric se giró en su asiento después de sentir un dolor agudo e intenso en la oreja. Bethany Anne estaba sentada en el asiento trasero, mirando por la ventana e ignorando la discusión de sus guardias en la parte delantera. Él se volvió, frotándose el lóbulo de la oreja dolorido. —Entonces nuestra querida líder, Bethany Anne, tendrá que comprar dos para que sus siempre fiables y sufridos —Eric se tapó la oreja con la mano, pero no pasó nada— guardias puedan seguirle el ritmo.

John sonrió. Decidió que podía apoyar ese argumento. —Entonces date prisa con las indicaciones. Estamos desperdiciando una valiosa luz del día, buen hombre.

Michael continuó la conversación desde su lado. Lo había oído todo, incluido el sonido infinitesimal cuando Bethany Anne le dio un golpecito en la oreja a su guardia. Intentó comprender por qué ella permitía lo que parecía una falta de respeto por parte de su equipo. Aun así, no podía negar que todos ellos arriesgarían su vida para salvar la de ella. Quizás aún le quedaban algunas cosas por aprender. —Sí, bueno, Ecaterina y Killian acabaron con él rápidamente. Su muerte fue demasiado rápida. Se merecía algo mucho peor.

—¿No tenías sentimientos encontrados hacia Anton? Sé que te gusta David...

—No me gusta David.

Bethany Anne se rió entre dientes. Punto para ella.

—Lo siento. No, no lo sentía. —Es una forma de hablar. Quiero decir, sé que quieres que la muerte de David sea significativa, pero no creía que te importara tanto la de Anton.

Maldita sea, eso era cierto. Estaba seguro de que ella tenía razón en eso. A menudo lo pillaba utilizando expresiones coloquiales a las que él no estaba acostumbrado. Cuando él soltó una frase de los años ochenta, ella tardó tres minutos en dejar de reírse. Casi colgó, pero eso le habría dado a ella algún tipo de bonificación extra. —He tenido que lidiar con el desastre de Anton y limpiarlo durante las últimas semanas. Ahora aprecio más su maldad.

Bethany Anne se puso seria. —Gracias, Michael. Te agradezco que te encargues de esto. Sintió su sinceridad a miles de kilómetros de distancia, como si estuviera allí con ella en el coche.

De repente, su irritación con ella se evaporó. —Es mi responsabilidad arreglarlo. Todavía te debo una por haber tenido que ocuparte de todo mientras yo estaba... indispuesto.

Bethany Anne era consciente de que a Michael le costaba admitir lo débil que había sido mientras estuvo cautivo de David. Todavía no le gustaba tener que referirse al tiempo que pasó en el recipiente. Incluso ahora, no le contaba cómo había quedado atrapado. Cuando ella acorraló a Stephen, él tampoco lo sabía.

—El pasado es el pasado, Michael. ¿Qué crees que debemos hacer con el Consejo de la Manada Americana?

—¿Matarlos a todos?

Gott Verdammt. Bethany Anne estaba lista para soltarle un sermón sobre cómo matar a todo el mundo no era la única opción cuando oyó la risita casi silenciosa que escapó de sus labios.

Se tragó sus primeras palabras y, en su lugar, exclamó: —¡Rey de los escrotos culeros! Esta vez, él no intentó contener la risa, ni la risa posterior cuando ella siguió insultándolo. —¡Dictador experimental chupador de putas! Dejó de insultarlo cuando se dio cuenta de que él había tapado el teléfono con la mano y estaba gritando de alegría.

Eric tecleaba furiosamente en su teléfono. John lo miró. —¿Duplicado? Pulsó la tecla de retorno. —Joder, no. ¿Cómo… eh, se le ocurren tantas cosas?

Ella esperó, y esperó, y esperó jodidamente. Eso sí, lo que pareció una eternidad probablemente solo fueron quince segundos.

Michael no solía sentirse cómodo soltándose mucho. Casi podía imaginarlo secándose delicadamente una lágrima del ojo.

Cuando volvió a la llamada, era el mismo rompeculos reservado que había sido cuando lo conoció. —Entonces, si esa no es una opción, ¿qué sugieres?

Estuvo tentada de decirle que los matara a todos, en broma, pero él podría tomarlo como un permiso. —Llama a Gerry y convoca una reunión del Consejo. No des detalles sobre el motivo de la reunión y acude para descubrir quién es el culpable. Luego, reduce el castigo al mínimo. No me gusta mucho usar la muerte como único castigo para todos los delitos. Es un poco fastidioso que tirar basura sea pena de muerte, cruzar la calle imprudentemente sea pena de muerte, saltarse un semáforo en ámbar sea pena de muerte…

Michael resopló. —Quizás, pero eso hace que la fase de castigo sea muy fácil.

—Un poco perezoso, pero lo entiendo. Se dio cuenta de que estaban en la autopista South Dixie y tenía hambre. Impulsivamente, se inclinó hacia delante y tapó el teléfono, más por aparentar que para evitar que el vampiro que estaba al otro lado de la línea oyera nada. —Oye, pausa la carrera de Bugatti. Necesito unos perritos calientes de Joe's.

John sonrió. Bethany Anne había estado comprando en **Joe's** desde que la conocieron y había convencido al propietario para que pasara a dar de comer al grupo de Dan —si por «convencer» te refieres a dejarle veinticinco mil dólares—. Su local estaba en la carretera principal que llevaba a Miami desde su casa y, casi cada vez que pasaba cerca, hacía que se desviasen.

Eric sabía que, una vez que terminaran de atiborrarse, probablemente ella ya no tendría ganas de correr. —Tan cerca —murmuró entre dientes.

Michael consideró su respuesta. —De acuerdo. ¿Quieres que vaya allí para eso?

Bethany Anne volvió a su conversación con el vampiro. —No estoy segura. Hablaré con Gerry y Nathan y veré qué tenemos que hacer. Si apareces, es probable que la gente salte por las ventanas. Michael permaneció en silencio. Quizá ella tuviera razón.

Se despidieron cuando John se detuvo. En ese momento no había nadie haciendo cola en el camión de comida rojo. Antes de que pudiera detenerse por completo, Bethany Anne salió del SUV y se dirigió a la ventanilla.

Eric lo miró. —¿No podemos hacer que vuelva a la normalidad? ¿Sabes cuánto cuesta un Bugatti? Habríamos entrado en el Salón de la Fama de los Guardias por el coche más alucinante de la historia. Esos cacharros cuestan un millón de dólares, incluso de segunda mano. Su jefe lo había ignorado y ahora estaba hablando con el tipo del camión de comida. —Maldita sea. Estábamos tan cerca… El guardia salió del SUV y se acercó para saludar a su amigo.

Nave de la Puñetera Reina — *Ad Aeternitatem*

Stephen dejó que todos charlaran un minuto. No era ningún secreto por qué se habían reunido, salvo para el equipo de Bobcat. Habían sido aislados y no tenían conexión con la televisión exterior. Para entonces, Todd y Pete ya les habían puesto al día a los tres.

—Se ha dicho… Stephen, como la mayoría de los vampiros, podía transmitir emociones con sus cuerdas vocales. Entendía que era un método para influir en los humanos y lo utilizaba ahora mientras hablaba. Aunque no lo empleaba a menudo, él mismo se había visto afectado por el uso que Michael había hecho de él en Argentina, y ahora lo consideraba una herramienta muy útil. Transmitió suficiente peligro en su voz como para que todos dejaran de hablar inmediatamente y trataran de encontrar rápidamente el origen.

Ahora que tenía su atención, dejó de hacerlo y repitió lo que había dicho en la sala silenciosa. —Se ha dicho que para que el mal prospere, solo hace falta que los hombres y mujeres buenos no hagan nada. Yo modificaría eso para decir que solo hace falta que a los hombres y mujeres buenos no se les permita hacer algo.

Todos escucharon con atención. Miró al equipo que Bethany Anne le había confiado. Habían pasado muchas, muchas décadas desde que tenía que preocuparse por algo más que por sí mismo. Incluso en la Segunda Guerra Mundial, había sido independiente. Afortunadamente, la habilidad de liderar a las personas, por muchos

siglos que hubieran pasado desde que la aprendió, no se había evaporado. —Interrumpí a dos de nosotros que discutían sobre las acciones de los terroristas en Francia. Uno deseaba tener la oportunidad de "hacer algo", mientras que el otro, tal vez por ignorancia, simplemente preguntó: "¿por qué no podemos?".

—Los invité a todos a esta reunión para preguntarles si creen que nuestra misión se cumpliría si "hiciéramos algo". ¿Vale la pena correr los riesgos y la posible pérdida de vidas, sus vidas, para involucrarse?

El capitán Thomas tomó la palabra. —¿Creen que es algo en lo que Bethany Anne querría que nos involucráramos?

Stephen sonrió. —¿Te refieres a si ella vería a todos los inocentes asesinados, mutilados y heridos y sentiría una ira justificada y el deseo de corregir los agravios cometidos contra ellos?

El capitán negó rápidamente con la cabeza. Nadie creía que el vampiro no tuviera un ardiente deseo de ayudar a los que sufrían y acabar con los responsables de esos actos atroces. —No, todos sabemos la respuesta. Lo que pregunto es si ella consideraría que el esfuerzo de involucrarse vale la pena, tanto para la gente como para la Ad Aeternitatem.

El vampiro frunció los labios. —Cuando conocí a Bethany Anne, ella cambió mi futuro. Después de que bebiera de ella, me pidió que fuera sus ojos y oídos en Europa, y yo asumí la responsabilidad del Mundo Ignoto allí. Ahora Europa es mi protectorado. Vosotros tenéis la responsabilidad de ayudarme. Nuestra misión, al fin y al cabo, es salvar la Tierra. Provocaremos muchos cambios en un futuro próximo. Si a través de los cambios que provocamos creamos más miedo, estas… personas lo utilizarán, y habremos perjudicado a aquellos a quienes intentamos ayudar. He visto atrocidades que hacen que lo que ha ocurrido en Francia parezca una disputa familiar. No soy la persona adecuada para juzgar si lo que ha ocurrido justifica nuestra participación.

Miró a todos los que estaban en la habitación con él. Podía oír la respiración de los numerosos miembros de la tripulación que estaban fuera de la puerta. —Nuestra Reina estaba dispuesta a arriesgar el futuro del mundo por su capacidad para venir a rescatar

a una persona… a mí. Dejó de mirar a la gente y recordó cómo yacía en el suelo, con el dolor desgarrándole el cuerpo, mientras Reginald se erguía sobre él. Podía verla mientras salía de su pasillo, con dos pistolas en las manos y pronunciando las palabras que habían sellado el destino tanto de Terence como de Reginald.

Stephen se levantó. —Pero, si me preguntan, les diré que creo que esos chupapollas, amantes del dulce, jodidos retrasados mentales y gilipollas necesitan ser enviados al cielo en el que creen cuanto antes. No representan su fe, representan el odio, y el odio matará al mundo tan rápido como lo harían los alienígenas.

Los gritos de acuerdo resonaron por toda la nave. Parecía que el capitán Thomas había dejado encendido y transmitiendo el equipo de comunicaciones que lo mantenía en contacto con el *Polarus*.

Había que ultimar los detalles, pero la Armada de la Puñetera Reina iba a la guerra.

CAPÍTULO 5

Las Vegas, Nevada, EE. UU.

Tom y Jeffrey habían terminado de cargar los datos que ADAM había solicitado. Habían enviado las cuarenta y tres solicitudes a Nathan y Bethany Anne. Ella solo les pidió que omitieran cualquier cosa relacionada con la historia reciente, y ellos se pusieron manos a la obra para recopilar el resto de los datos. Desgraciadamente, eso significaba mucho trabajo de limpieza para mantener la información lo más cercana posible a los temas solicitados.

Fallaron en uno de los libros, y ADAM no tardó en pedir más información sobre, de todas las cosas posibles, los dibujos animados de Bugs Bunny. Uno de los libros había utilizado los dibujos animados como ejemplos para discutir diferentes problemas de física.

Después de algunas discusiones, se decidió ignorar esa solicitud. Podían imaginar que Bugs Bunny progresaría a Wile E. Coyote y el Correcaminos, Marvin el Marciano y muchos otros personajes, lo que abriría las solicitudes a demasiadas variables.

No tenían ni idea de que su decisión de no subir esos dibujos animados influiría en el futuro de ADAM.

Las habilidades comunicativas de la IA estaban mejorando, aunque todavía requerían que Tom escribiera bastante. Jeffrey era un mal mecanógrafo, pero su colega tenía cientos de miles de líneas de código en su haber. Su velocidad era excelente.

Después de conversar un poco, decidieron que seguirían con los comandos escritos en lugar de intentar conectar las comunicaciones de voz. La principal preocupación eran los problemas de traducción errónea de los humanos al ordenador para ADAM. La segunda preocupación era qué pasaría si se decía algo mientras el sistema estaba encendido, pero la comunicación no estaba destinada a ADAM. Jeffrey pensó que el último problema con el que quería lidiar era que la IA quisiera saber qué significaba "vete a la mierda" si Tom le respondía de mala manera.

A pocos kilómetros de allí, en los terrenos de la Base Aérea Nellis, se celebró una fiesta para el oficial de ciberseguridad e inteligencia saliente. Su nuevo oficial había llegado esa tarde desde Hurlburt Field, Florida.

Mientras el capitán Benjamin G. Stockton se instalaba en su nuevo puesto, escuchó por casualidad a dos de los soldados hablar sobre las descargas masivas que se estaban realizando en los búnkeres situados fuera de la valla.

¿Búnkeres de datos? Eso sonaba siniestro. Anotó una nota para investigar ese comentario más adelante durante la semana.

Turquía

David se sentó en el asiento trasero del SUV Mercedes Benz. Todas las ventanas traseras habían sido oscurecidas por si **su** conductor no podía encontrar un lugar adecuado para detenerse antes del amanecer. Habían aterrizado en Estambul y habían conducido desde allí, con la esperanza de llegar a Konya antes del amanecer.

Buscaba el lugar perfecto: una ciudad con suficiente población como para poder conseguir sangre fresca sin causar demasiada confusión de inmediato. También tenía que ser pequeña y estar lo suficientemente lejos de otras ciudades como para poder tender una trampa.

Preferiblemente, estaría en un lugar que permitiera a sus contactos en el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK)

obtener la aprobación para un ataque focalizado que ayudara a su propio esfuerzo contra el gobierno turco.

Para que su plan tuviera las máximas posibilidades de éxito, quería uno cerca de la frontera con Siria. Eso haría que las fuerzas estadounidenses de la región aprovecharan la oportunidad si se seleccionaba a un socio militar neutral como grupo para liberar la pequeña ciudad.

Pueblo pequeño, fuerza pequeña. Serían debilitados por sus Nosferatu y luego rematados por el PKK.

Key Biscayne (Florida, EE. UU.)

Bethany Anne descansaba en la cama de su suite. No estaba cansada, gracias a una gran dosis de Coca-Cola que había tomado una hora antes.

En cambio, se sentía ansiosa. Algo **la** preocupaba y no sabía qué era. Algo subconsciente…

«TOM?»

«Sí.»

«¿Estás haciendo algo que me provoque ansiedad?»

«No, no estoy haciendo nada que deba afectar tus emociones. Estoy trabajando con el ordenador, pero eso no te ha causado ningún problema últimamente. Que yo sepa.»

«No, yo tampoco.» Ella miró fijamente al techo. «¿Qué estás haciendo?»

«Estoy tratando de determinar cuál es la mejor manera de comunicarme con Marcus sin que tú te involucres. A veces me siento un poco solo aquí, y admito que tengo ganas de trabajar en las matemáticas relacionadas con la ingeniería de las naves.»

Bethany Anne lo pensó durante un minuto. TOM nunca había admitido sentirse solo, al menos que ella recordara. Ahora estaba involucrado en el diseño de las naves con el equipo BMW, y ella era el factor limitante.

Todo porque ella tenía miedo de volver a entrar en la cápsula médica (Pod-doc)**.** Estudió la emoción e intentó averiguar por qué se sentía así.

Falta de control, simple y llanamente.

Bethany Anne era ahora una fanática del control sobre su cuerpo. Tenía mucho que agradecer por los cambios que TOM —y, por extensión, los Kurtherianos— habían realizado. Pero no le gustaba no saber exactamente qué iba a pasar. La primera vez que despertó, tenía un acompañante alienígena.

«TOM, ¿cuál es la mejor manera de hacer que esta comunicación con Marcus sea lo más fluida posible?»

«¿Con o sin ir a la cápsula médica?»

«La mejor manera posible.»

«Hay una forma de añadir un dispositivo de comunicación micro-miniatura que puede operar a través del Etérico utilizando muy poca energía, y comunicarse con cualquier cosa aquí en tu mundo. La mayoría de las veces, usaríamos un repetidor que tiene conexión a tu internet.»

«¿Cómo nos aseguramos de que nada pueda atacar el ordenador de mi cabeza?»

«¿En serio? ¿No planteé este argumento cuando vimos la película *Independence Day*?»

«Hazme el favor. No es que tengas ningún sitio adonde ir.» Ella suspiró. «Lo siento, TOM. Eso ha estado fuera de lugar.»

«¿De qué estás hablando? No puedo ir a ningún sitio porque decidí "hacer autostop", como tú lo llamas, sin permiso. Al menos tengo que aceptar esa responsabilidad.»

Bethany Anne se sentó en la cama y se frotó los ojos con las palmas de las manos. «No es eso, TOM.» Miró a su alrededor, todo estaba en su sitio, pero seguía sintiendo frío. Recordó su plan anterior de comprar un Bugatti y correr por Miami.

Estaba huyendo. Huyendo de la responsabilidad de seguir adelante con la conectividad. Era la mejor solución para que las pequeñas naves se pusieran en marcha rápidamente, y ella estaba siendo una gran gorda…

«Tengo miedo, TOM.»

«¿De qué?»

«De perder el control. De no saber y aprobar todo lo que ocurre cuando entro en la cápsula médica.»

«Bethany Anne, siento no haber obtenido tu permiso para…»

«Para, para ya. No se trata de eso. Al menos, ya no. Entiendo por qué hiciste lo que hiciste. Tengo que reconocer que te he estado tratando como a un ciudadano de segunda. He estado usando el hecho de que te colaste en mi cabeza como un garrote para meterte de nuevo en una caja segura.»

«Se acabó. Esto termina ahora mismo. O somos socios que llegaremos juntos hasta el final, o fracasaremos juntos. Me niego a tratarte como algo menos que mi mejor amigo. Es una forma de hablar. Ya eres, literalmente, mi mejor amigo.»

Ella sonrió al pensar en eso. Ni siquiera un amante podría estar más cerca que TOM.

Cuando se incorporó, la gran cabeza de Ashur asomó por el extremo de la cama y la observó. Ella sonrió al perro y susurró: — Vamos a escaparnos. Asegúrate de que no hay nadie en el pasillo.

Él se acercó a la puerta de la suite y pegó el hocico al suelo, luego ladeó la cabeza para escuchar. Cuando Ashur volvió a mirarla, le dio un suave guau.

Ella señaló el armario y él se acercó silenciosamente a la habitación y entró.

Bethany Anne lo siguió, cerró la puerta con cuidado detrás de ella y la cerró con llave.

«Bethany Anne, ¿qué estás haciendo?»

«Nosotros. ¿Qué estamos haciendo?»

TOM se quedó en silencio durante un momento. Sabía que acababa de ocurrir algo trascendental, pero no estaba seguro de lo que significaba para su futuro.

«Vale, ¿qué estamos haciendo?»

«Nos colaremos en la Ad Aeternitatem y nos subiremos al Pod-doc antes de que alguien se dé cuenta de que nos hemos ido, y luego volveremos a colarnos. No tardaremos mucho, ¿verdad?»

«No, probablemente un par de horas.»

Bethany Anne lo pensó. Debería estar bien durante tres, tal vez cuatro horas antes de que alguien tuviera motivos para molestarla.

«¿Y si te llevas el teléfono?»

«Joder. Sí, si alguien llama y solo suena, al final alguien vendrá a buscarme.» Abrió la puerta con cuidado, se acercó a la mesita de noche y cogió el teléfono. Además, no se molestó en ponerse ropa, ya que se la quitaría en la nave.

Además, se suponía que nadie iba a verla.

Volvió a cerrar la puerta y la cerró con llave. Se estiró, agarró a Ashur por el cuello y desaparecieron.

Residencia de Anton, Buenos Aires, Argentina

Michael se tocó la barbilla mientras estudiaba la información bancaria que había apartado antes. Anton había estado involucrado en muchos negocios. El vampiro muerto tenía, de hecho, una participación considerable en muchas de las empresas de Michael.

Si interpretaba correctamente las notas de Anton, este había amasado una fortuna en las empresas petroleras locales a lo largo de décadas y había robado un gran porcentaje del PIB del país.

Estaba tratando de averiguar cómo devolver una parte significativa del dinero a las personas a quienes realmente les pertenecía.

En años anteriores, lo habría añadido a sus propias propiedades y habría pensado que estar bajo su gestión era mejor que lo que había sucedido anteriormente.

Pero esa no era la forma de actuar de Bethany Anne y, por molesto que fuera, a Michael le importaba lo que ella pudiera pensar, así que consideró cómo mitigar las operaciones de Anton en Sudamérica. El último gobierno argentino había eliminado los controles de capital, por lo que ahora mucha gente estaba vendiendo pesos y comprando dólares. Esta acción estaba provocando la devaluación del peso a un ritmo alarmante.

Quizás era el momento de utilizar la enorme cantidad de fondos de las reservas de Anton para ver si primero podía ayudar a Argentina y luego, desde una buena base allí, al resto de Sudamérica.

Michael sonrió. No sería fácil, pero tenía el comienzo de un plan y, maldita sea, se sentía bien al hacerlo.

Ni se le ocurriría mencionar *ese* hecho a Bethany Anne si alguna vez surgía el tema.

Ahora tenía que averiguar quiénes eran los personajes influyentes del sector financiero y comenzar el largo proceso de encontrar personas en las que pudiera confiar.

Michael puso cara de disgusto y tiró el lápiz sobre el escritorio. Necesitaba ayuda. Se había enterado de lo que David le había hecho a Carl. De hecho, su hijo se había deleitado contándole varias veces cómo lo había torturado para obtener información. Ahora bien, ¿podría encontrar a otro Carl con la suficiente rapidez?

Cogió el teléfono para llamar a Bethany Anne.

CAPÍTULO 6

Base Aérea Nellis Las Vegas, Nevada, EE. UU.

El capitán Benjamin G. Stockton se había tomado un par de días para familiarizarse con su gente y ponerse al día con lo que estaba sucediendo en la base y sus alrededores.

Ahora era el momento de seguir investigando lo que había descubierto sobre Patriarch Research. Cogió sus notas y la carpeta que habían dejado en su escritorio y empezó a leer los puntos más destacados.

A primera vista, no parecía gran cosa. El capitán Billings había salido fuera de la base y se había presentado sin avisar. Había conocido a los dos responsables mientras estaban instalando equipo y su historia había cuadrado al comprobarla.

Pero cuando se mencionó la frase «búnker de datos (centro de datos blindado)» en relación con su ubicación, por alguna razón le saltaron las alarmas. Podría ser algo, podría no ser nada, pero se propuso averiguar por qué le molestaba.

Key Biscayne (Florida, EE. UU.)

Bethany Anne y Ashur volvieron a aparecer en el armario. Ella escuchó un momento y confirmó que no había nadie en su habitación.

Había hecho novillos y se había salido con la suya.

Su teléfono vibró y casi saltó por los aires. Estaba tan nerviosa por haber salido y vuelto a escondidas que estaba al límite. Se rió para sacudirse la descarga de adrenalina y miró quién la llamaba.

Michael quería hacer una videollamada. Ella miró su pecho y pensó en lo que él diría, pero decidió no arriesgarse en ese momento. Pulsó el botón de solo voz. —Hola, Michael, ¿qué tal?

—Yo no. Bethany Anne abrió la boca, en estado de shock. El hombre estaba utilizando un doble sentido. —Estoy sentado detrás del escritorio de Anton. Cerró la boca de nuevo. Ese anciano sabía lo suficiente como para tener toda la razón, aunque pareciera estar completamente equivocado.

Capullo.

Abrió la puerta del armario, entró en su dormitorio y se metió de nuevo en la cama. —Bueno, aparte de que estás sentado en un escritorio y te tomas los comentarios demasiado al pie de la letra, aquí va una sugerencia: actúa como si fueras unos siglos más joven. Quizá te venga bien.

¡Bien! Sabía que eso le molestaría.

Oyó un gruñido procedente de su teléfono. —Sí, bueno, cuando tienes tanta sabiduría como yo, te das cuenta de que dejar atrás unos cuantos siglos puede hacerte tan imprudente como un bebé a veces; propenso a hablar sin pensar y a meterte en situaciones que una mente más tranquila habría sabido evitar. Quizá sin destrozar un piano de 1836.

—¿De verdad me estás echando la culpa por romper ese piano en la fiesta de Anton? Te recuerdo que me tiraron por ese balcón. No es que tú estuvieras abajo para recogerme.

Bethany Anne habría jurado que había oído un «si tan solo…». ¿Lo había oído? No, él no hablaba así. ¿Quizá eran solo sus deseos? Maldita sea, tenía que sacarse de la cabeza a ese viejo cascarrabias. No entendía por qué estaba pensando en él como algo más que un compañero táctico.

Había salido con Ben la semana anterior. Había sido una cena agradable, pero se notaba que para él era solo una tarea más en su lista de cosas por hacer antes de morir; nada más que volver a montar a caballo y cabalgar. Él le había expresado su agradecimiento

por ayudarle a él y a Tabitha a salir de la situación en Miami. Estaba bastante seguro de que los habrían matado si su equipo no hubiera desmantelado la operación.

Al final de la cena, había llegado el momento de llevarlo con Nathan al *Polarus*. Lo habían drogado cuando se acercaban a su avión privado. La medicación tardó unos diez minutos en hacer efecto y, entonces, Bethany Anne, John y Eric se desplazaron con Ben a través del **Etérico** hasta la nave. Llevaron al tipo dormido ante Nathan, quien lo dejó en su camarote y prometió inventarse una historia adecuada sobre cómo había llegado a la nave tan rápidamente.

No importaría. Si Nathan confiaba lo suficiente en Ben como para trabajar con él, no tardaría mucho en conocer muchos secretos. En ese momento, sería capaz de adivinar cómo lo habían transportado al medio del océano tan rápidamente.

Michael volvió a centrar sus pensamientos en el tema. —No, pero ¿no podías esquivarlo ni un poco? Ese piano valía una pequeña fortuna.

—La próxima vez intentaré encontrar algo un poco menos caro para amortiguar mi caída, idiota. Ahora, ¿llamaste para quejarte del piano o tienes una razón legítima para interrumpir mi sueño?

—Por favor, no estabas durmiendo. Te oí abrir una puerta y caminar hacia tu cama. De hecho, me atrevería a adivinar que fuiste a algún sitio sin tu equipo. A Michael, personalmente, no le importaba si se había ido sin su equipo o no; pero sabía que ella no querría que lo supieran, y eso fue lo que le hizo sonreír al otro lado del teléfono.

Maldito sea ese hombre y su oído de vampiro. —Da igual. Lo que quiero decir es que tú me has llamado. ¿Para qué? Si al principio no tienes éxito, ignora su lógica.

—Voy a tener que trabajar con mucha gente y agencias con las que no estoy familiarizado, así que necesitaré cubrir el puesto de Carl. ¿Tienes alguna sugerencia sobre con quién debería hablar para lograrlo? Normalmente, llamaría a Frank, y supongo que esa es una opción. Nathan podría ser otra buena opción. Solo busco consejo, eso es todo.

Ella entrecerró los ojos. Con Michael nunca era «eso es todo». El hombre podía tener planes dentro de planes dentro de… Oh, demonios. Podía ser un bastardo intrigante si quería. Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro. —¿Sabes qué, Michael? Resulta que tengo una buena sugerencia, pero déjame hablar con Nathan antes de ponernos en contacto con esa persona. No estoy segura de cuál es su situación actual, pero ya está familiarizada con el Mundo Ignoto, así que eso no es un problema. Probablemente involucraré a Frank en la conversación para que también la evalúe antes de elegirla. Si todo sale bien, la pondré en un avión y la enviaré a ti en menos de cuarenta y ocho horas.

—¿En avión? ¿No estás dispuesta a traerla tú misma?

—¿Qué crees que soy, tu taxi? Los dos habían intentado enseñarse mutuamente sus trucos Etéricos, pero Bethany Anne no conseguía dominar el arte de convertirse en niebla, y Michael no era capaz de caminar a través del Etérico. A Bethany Anne le molestaba no poder convertirse en niebla y espiar a la gente. Bueno, qué asco. No es como su padre ni nada por el Estilo. —No, te considero la líder de nuestro equipo, que reconocería la necesidad desesperada de uno de sus compañeros: un recurso que **necesita** para poder avanzar y alcanzar el objetivo que **le** has marcado.

—Claro, tu taxi. De acuerdo, lo pensaré. Hasta que no esté evaluada, no importa. En realidad, tenía toda la razón. Necesitaba a alguien que sustituyera a Carl. —Oh, demonios. Sí, sí. Si encaja, la traeré.

—Gracias.

—De nada. ¿Eso es todo? ¿Puedo irme a dormir ahora?

—Sí. ¿Por qué no planeas dormir toda la noche para recuperarte? Quería atravesar el teléfono y borrarle de la cara esa sonrisa de mierda que oía a través de la conexión. Debería pulsar adrede el botón de vídeo "por accidente". Mostrarle un pecho estratégicamente colocado, con solo un toque de pezón para que se le salieran los ojos de las órbitas. Entonces podría hacer una captura de pantalla de su cara antes de que su viejo corazón explotara.

Puso los ojos en blanco. ¿Qué demonios le pasaba? ¿De dónde salían todos esos pensamientos? ¿Se estaba convirtiendo en una

adicta al teléfono? Tenía que ser culpa de Gabrielle. Probablemente le estaba metiendo malas ideas con sus historias sobre relaciones a lo largo de los siglos. Maldición, maldición, maldición. Como era ella quien no dejaba de entrometerse en la vida amorosa de Gabrielle, solo podía culparse a sí misma. Tendría que dejarlo de golpe y darse duchas frías.

Espera un segundo…

«TOM, ¿puedes apagar mis emociones?»

«No las puedo apagar por completo, al menos no la mayor parte del tiempo. Puedo aumentar o disminuir tus emociones. ¿Por qué lo preguntas?»

«Espera, tengo que volver con Michael.»

Algo que TOM acababa de decir intentaba hacerse notar.

«Gottverdammt, TOM, ¿estás jugando con mis emociones?»

«Aaaahhhh, ¿qué?»

«He dicho…».

—¿Bethany Anne?

«Te responderé en un minuto.».

—Lo siento, Michael. He tomado nota de tu patético intento de molestarme y te responderé con una respuesta adecuada en un plazo razonable. Ahí tienes, chúpate esa, saco de huesos. Huesos de calidad Chippendale, pero…

«Maldita sea, TOM, ¿a qué estás jugando?»

«¿Eh? No estoy jugando con… Oh. ¡Oh! Oh, culpa mía. Lo siento, Bethany Anne. Oh, joder. Esto es malo… esto es malo. Espera, culpa mía… Lo siento, es culpa mía.»

«Bueno, sea lo que sea, deja de hacerlo por un maldito minuto para que pueda tener una conversación telefónica decente sin parecer una fanática cachonda. Me estás haciendo pensar que quiero unirme a MAS, por el amor de Dios.»

«¿MAS?»

«Sí, tu Sociedad de Adoración a Michael. Eres la fundadora y única miembro por ahora.»

TOM se quedó en silencio. Al parecer, ella había tocado un punto delicado en esa conversación.

—Estoy segura de que esta noche no podré dormir por la expectación. Te agradezco que hayas atendido la llamada y te dejo que vuelvas a tu tan necesario descanso. Que pases buena noche, Bethany Anne.

—Igualmente, Michael. Colgaron.

Ahora, volvamos a su pequeño simbionte alienígena malhechor.

Su teléfono volvió a sonar y estaba a punto de pulsar el botón y gritarle a Michael cuando se dio cuenta de que esta vez era Stephen.

Se llevó el teléfono a la oreja. —Hola. ¿Cómo está mi vampiro favorito?

La sonrisa de Stephen se transmitió a través del teléfono. —Me pregunto qué diría mi hija sobre eso.

—Nada. Yo le digo todo el tiempo que tú eres mi favorito.

—¿Es porque no te cuenta sus secretos?

—Por supuesto. Estoy intentando convencerla, pero tiene mucha resistencia para ser una despiadada chupasangre.

—La entrené bien.

—Espera, ¿puedes repetirlo? No tenía la grabadora encendida. Bethany Anne apreciaba lo fácil que le resultaba a Stephen hacerla sonreír.

Él se rió. —Quizás después de nuestra llamada.

—Trato hecho. Bien, ¿qué tienes para mí?

—¿Has estado prestando atención a la situación en Francia?

—¿Eh? No. Hace tiempo que no veo la televisión. ¿Qué está pasando?.

Stephen le explicó a Bethany Anne la situación en Francia durante las últimas horas. Cuando terminó, ella estaba furiosa.

—¡Esos seniles cabrones folladores de cabras, tragadores de corrida y bastardos de mierda! Cuando terminó su diatriba, prácticamente escupía las palabras. Pensó en cómo debía de haber sido estar sentada en una cafetería cuando algún pervertido gilipollas entró disparando. El miedo que debían de haber sentido…

—Más o menos lo mismo que sentimos aquí. Te llamo para que me des tu permiso para hacer algo al respecto.

Bethany Anne volvió a centrarse. —Espera, ¿qué? ¿Quieres ir a por ellos?

—Bueno, en realidad, las tripulaciones de ambos barcos están furiosas y quieren vengarse.

El vampiro frunció los labios. No tenía ningún problema con eso. —Sé sincero conmigo, Stephen. ¿Qué opinas de esta situación?

—Mi Reina, lo han hecho en mi territorio. Estoy parafraseando un poco, pero la mejor cita que tengo es "el mal prosperará si no se permite a los hombres y mujeres buenos hacer algo". ¿De qué sirve proteger la Tierra de los alienígenas si los terroristas ya han destruido a la gente de aquí?

Hubo una pausa y, tras unos segundos, Bethany Anne respondió: —La prioridad es la seguridad de la nave de TOM. Mientras eso esté asegurado, tienes todo mi apoyo y tendré a mi equipo a tu disposición si nos necesitas. Haz que Frank y Nathan encuentren a esos cabrones. ¿Creen que saben lo que es el terror? No pueden imaginar el verdadero terror.

Pensó más en todas las muertes sin sentido que habían causado esos cabrones. Los hermanos, hermanas, padres y madres que nunca volverían a casa. Su voz se volvió oscura, airada y violenta, mientras sus ojos se transformaban en rojo sangre y sus colmillos comenzaban a crecer.

—Stephen, dile a las tripulaciones de tus barcos que Bethany Anne dice que suelten a los perros de la guerra.

El barco de la Puñetera Reina — *Polarus*

Frank estaba en su camarote del *Polarus*, trabajando en su libro sobre Bethany Anne en su tiempo libre. Con Nathan ocupado instalando una cantidad ingente de opciones de conectividad en la nave, él estaba en medio de la acción y podía mantenerse al tanto de… bueno, "terreno" no era la palabra adecuada.

Durante las últimas horas, había leído los informes que llegaban de Francia. La mayoría eran comunicaciones diplomáticas para la gente de Washington, pero de vez en cuando recibía alguna actualización militar.

Había solicitado dos monitores y ahora tenía la misma configuración que disfrutaba en la oficina subterránea de

Washington D. C., pero sin el frío.

Interesante, pensó cuando vio que su panel de control tenía un expediente marcado con una bandera roja. Hizo clic en él y comenzó a leer.

Turquía tenía un problema en una de sus pequeñas ciudades cerca de la frontera con Siria y había enviado a algunos hombres.

Esos hombres habían muerto, por lo que Turquía había pedido ayuda a sus socios de la OTAN. La mayor parte de sus recursos actuales se habían desplegado para hacer de "matones" de los demás países europeos. Su misión era interceptar el flujo de refugiados que llegaban a Europa. Debido a esos esfuerzos, Turquía no disponía de recursos adicionales suficientes para enviar una respuesta militar a la ciudad.

Estados Unidos había enviado a un par de equipos de asalto para ver qué estaba pasando, y estos habían informado de que la ciudad estaba en silencio y había cadáveres por todas partes. Encontraron muchas huellas que subían a las montañas que rodeaban la ciudad y las siguieron hasta una gran caverna.

Dos equipos de asalto, ocho hombres, entraron en la caverna. Dos hombres salieron tambaleándose y uno de ellos murió a causa de sus heridas en la pequeña ciudad situada más abajo. El último hombre había encontrado un móvil que funcionaba y llamó para informar.

Afirmó que había zombis en las cavernas: habitantes del pueblo muertos que habían vuelto a la vida.

Había anochecido poco después del primer informe. No habían sabido nada del soldado desde la primera llamada.

Frank sabía que no se trataba de una infestación de zombis. Era un ataque de Nosferatu. Él y Dan habían hablado un par de veces, preguntándose qué haría David. Bueno, ahora tenían la respuesta.

El vampiro estaba creando Nosferatu en un lugar remoto, tal vez con la esperanza de que la infestación fuera lo suficientemente grande como para replicarse por sí misma.

Pensándolo bien, Frank no estaba seguro de por qué haría eso. Sin un vampiro verdadero, los Nosferatu rara vez podían crear más Nosferatu.

¿Cuál era el plan del vampiro?

Al oír que alguien llamó a la puerta, dijo: —Adelante.

Nathan asomó la cabeza. —Hola. Stephen y Dan solicitan nuestros servicios para localizar a esos malditos terroristas. ¿Tienes un minuto?

Frank desconectó sus monitores externos. Su mente estaba agitada y su instinto le decía que le faltaban algunas piezas, pero hasta que no obtuviera más información, simplemente tendría que seguir adelante a corto plazo.

—Sí, tengo tiempo. Oye, ¿te has enterado del ataque de Nosferatu en Turquía?

—¿Qué? ¿Nosferatu en Turquía? Maldita sea, cuando llueve, llueve a cántaros. Nathan se apartó de la puerta para que el hombre mayor pudiera salir de su habitación.

Frank cerró la puerta y se dirigieron hacia la sala de reuniones más pequeña. —Sí. Aún no he recibido ninguna solicitud oficial de ayuda, pero imagino que pronto recibiré una llamada. Estados Unidos acaba de perder a siete soldados en la frontera con Siria. Creo que probablemente sea David quien está empezando algo, pero aún no consigo averiguar cuál es su estrategia. ¿Quizá cree que Michael vendrá a ocuparse del problema? ¿Quizá sea "intentar mantener a Michael ocupado mientras él trabaja en otra parte"?

Nathan se encogió de hombros. Su vida había sido mucho menos ajetreada antes de conocer a Bethany Anne. En sus casi nueve décadas de vida, había aprendido a manejar las malas noticias y a no asustarse. —Seguro que lo averiguaremos. Le diré a Ben que empiece a rastrear la información que sale de Turquía. Lo tengo rastreando los ataques, revisando todos los registros del servidor. Estamos perdiendo muchas conexiones en Rusia o cerca de allí. Simplemente están desapareciendo. Es muy raro.

—¿Cómo está Ben? —preguntó Frank.

Los hombres llegaron a la sala de reuniones, llamaron a la puerta y entraron. Eran los primeros en llegar y cada uno tomó asiento. —Bastante bien. No es que antes no tuviera ni idea. Había intentado recabar más información, así que fue una suerte que no descubriera demasiado antes de incorporarse al equipo.

Frank se puso cómodo y encendió su ordenador portátil. —Vaya, debe de ser bastante bueno, porque no ha activado ninguna de mis alarmas.

—Es bueno. Hay que reconocerlo. Pero no es tan inteligente en el ámbito sentimental. Intentó tener una cita con Bethany Anne, pero admitió que le costaba mucho mantener una conversación con ella. Cuando la volvió a ver, algo en su cerebro de cocodrilo se volvió loco y tuvo que esforzarse mucho para no salir corriendo, según dijo. He hablado con ella y me ha dicho que parecía ausente.

—Me sorprende que ella no escuchara su ritmo cardíaco. Eso debería haberle dicho lo que estaba pasando.

Nathan se encogió de hombros. —Hablé con John. Él cree que ella intentaba pasar una noche "normal". Dejar atrás todo lo especial y ser simplemente una mujer durante una o dos horas.

—Así que intenta ser una chica normal y corriente y consigue una cita con William, el recorte de papel encerado. Lógico.

Frank tenía todo guardado en su portátil, así que empezó a buscar más información sobre el conflicto turco. —Uno pensaría que si quería una cita, Stephen o Michael serían buenos candidatos…

—Cuida tu lenguaje —exclamó Nathan.

Levantó la vista, sorprendido. —¿Qué? Sé que Stephen es su vasallo o algo así…

El licántropo levantó una mano. —Eso no me preocupa. Me preocupa más lo que hay entre Bethany Anne y Michael.

—¿Por qué?

Se inclinó hacia Frank. —Porque, en este momento, la única persona en el mundo que mantiene a Michael bajo control es Bethany Anne.

—Sí, ¿y qué? Ella lo mantendría a raya de todos modos.

—¿Quién mantiene a Bethany Anne bajo control?

—Bueno, supongo… Frank se quedó callado. —Ninguno de nosotros la controla, ¿verdad? No es que haya hecho nada a lo que nos opongamos activamente.

Nathan negó con la cabeza. —No es eso lo que quería decir. Quizá sean mis décadas de experiencia las que me hacen pensar así,

pero tener a dos de los vampiros más poderosos que existen como pareja me parece una idea tremendamente mala.

—Creo que no les estás dando el crédito suficiente a ninguno de los dos.

Nathan se llevó las manos a la cara. —Sí, eso es lo mismo que me dice Ecaterina. Intento darme cuenta de que el Michael que conocí hace unas semanas no es el mismo tipo con el que tuve que trabajar en la P.B.A.

Frank rebuscó en su memoria y no encontró nada. —¿P.B.A.?

—Pre-Bethany Anne. Cuando la conocí, pensé que era ignorante o psicótica cuando hablaba de darle una bofetada a Michael o de cualquiera de las otras docenas de cosas que haría cuando finalmente lo volviera a ver. Ahora, no estoy seguro de que ella no sea la más poderosa de los dos, y si se volviera loca… ¿Te imaginas si tiene una relación con Michael y él la cabrea? Incluso los mejores podemos decir algo que moleste a nuestra media naranja.

—Hablas como alguien que ha pasado recientemente por esta situación.

Nathan abrió la boca y luego la cerró sin decir nada. Tenía que admitir que estaba empezando a parecer un alarmista. Quizá Ecaterina tenía razón y su racismo contra los vampiros estaba asomando su fea cabeza.

Frank intentó verlo desde el punto de vista del otro hombre por un segundo y luego intentó que el licántropo lo viera desde otro ángulo. —Si no es Michael o Stephen, ¿entonces quién? ¿Estás diciendo que es mejor que esté sola? ¿Confías en un humano que no está en nuestro equipo?

—Por supuesto que no.

—¿Y un licántropo que no esté en nuestro grupo?

—Ni hablar, no confío ni en un licántropo que esté en nuestro grupo. Quizá Pete, pero creo que es demasiado joven para ella.

—De acuerdo, entonces, de entre los humanos de nuestro grupo, ¿tienes alguno en mente? Si se enfada con un humano, ¿estás preparado para lo que pasaría si se olvidara, aunque fuera por una milésima de segundo, y lo golpeara más fuerte de lo que debería?

Él negó con la cabeza.

—¿Ni siquiera John?

Nathan se encogió de hombros. —Ya he hablado con él. Dijo que moriría por ella, pero que no quería morir en la cama por su culpa.

—Entonces, ni humanos ni licántropos… eso nos deja a los vampiros. Stephen queda descartado porque sé que no cree que sea la relación adecuada para su Reina… —Frank dejó la frase en el aire.

Nathan suspiró. —¿Estás siendo amable y señalando que estoy siendo un idiota?

—¿Lo estás siendo tú?

Al oír que llamaban a la puerta, Dan entró y se unió a ellos en la mesa.

Frank escribió un par de frases rápidas en un cuaderno seguro que tenía abierto para casos como este: pequeños recordatorios para escenas de su libro.

Dan comenzó la reunión. —Caballeros, parece que tenemos una nueva designación de guerra. Bethany Anne ha creado oficialmente una designación de "desatar a los perros de la guerra", así que les pido que encuentren dónde están los terroristas a los que tenemos que visitar. Levantó la vista con una sonrisa sarcástica en el rostro. —No puedo soltar a los perros en cualquier lugar, ¿verdad?

Después de la reunión, Nathan fue a hablar con Ben, mientras Frank le contaba a Dan la situación que se estaba desarrollando en Turquía.

Key Biscayne (Florida, EE. UU.)

«TOM, tenemos que conectarte. Necesitaremos esas nuevas naves de ataque cuanto antes, no más tarde.»

«He estado probando la conectividad informática de mi nave a través del Etérico. Mi nave tiene capacidad para utilizar las conexiones a internet de la Ad Aeternitatem o del Polarus. Incluso puede captar las conexiones cuando hay un avión o una torre de telefonía móvil dentro de su alcance, aunque ahora mismo no hay ninguna.»

«Sí, supongo que nadie puede llamarte en medio del Atlántico.»

«Creo que ahora mismo están en el Mediterráneo.»

«Donde sea. ¿Puedes conectarte a internet?»

«Sí.»

«Espera, ¿cómo es posible que ustedes puedan conectarse a nuestro internet, pero nosotros no podamos conectarnos a sus ordenadores?»

«Porque llevo décadas estudiando vuestras comunicaciones y las capacidades de la nave están muy por delante de las que tiene este mundo en este momento. Es bastante ridículo.»

«Sí, bueno, solo porque no haya sucedido, no seas estúpido. Los humanos son conocidos por ser buenos para descubrir cosas.»

TOM consideró lo fácil que le había resultado a Bethany Anne empezar a trabajar con el Etérico y tomó en serio su consejo. «Pondré en marcha algunas medidas para… eh… defendernos de los intrusos.»

«Creo que Nathan los llama "cortafuegos".»

«Pero el fuego no existe en las señales digitales.»

«Díselo a un tipo cuando su mujer descubre que tiene una novia.»

TOM lo achacó a algo que no podía hacerle entender a Bethany Anne. Tomó nota mentalmente de llamar a sus esfuerzos defensivos "cortafuegos" y dejó el tema.

CAPÍTULO 7

Nave de la Puñetera Reina — *Ad Aeternitatem* — mar Mediterráneo

Bobcat entró por la puerta del "garaje" y vio a Marcus desenvolviendo una caja. —¿Qué tienes ahí?

Levantó la vista mientras arrancaba una solapa. —Un portátil que puedo usar para hablar con TOM.

El piloto se detuvo a unos metros de la mesa. La total falta de cuidado que mostraba el científico mientras abría la caja le indicó una cosa: este portátil no se podía devolver. Con suerte funcionaría y no se quedarían atascados con él. Afortunadamente, cuando Marcus llegó a la parte principal del envoltorio, redujo la velocidad y no tuvieron que recoger trozos de espuma. Bobcat oyó que se abría la puerta detrás de él, así que miró por encima del hombro y saludó con la cabeza a William. Se volvió y vio al científico enchufar el portátil a una toma de corriente. —¿Tienes alguna idea de cómo contactar con él?

Marcus pareció confundido por un segundo mientras analizaba la pregunta de Bobcat. —¿Con TOM?

William se acercó al piloto. —¿Qué pasa?

Bobcat asintió hacia Marcus. —El cerebrito de cohetes está a punto de mearse de ganas por hablar con el amigo alienígena de Bethany Anne, pero ni se le pasó por la cabeza pedirle el número.

—Me recuerda a una chica que conocí una vez…

—¡Para! —levantó la vista hacia su viejo amigo—. Esta es una zona libre de conversaciones sobre novias. Shelly se llevó todo mi dinero antes de que conociera a Bethany Anne, y desde entonces no he parado. Ahora tengo el dinero, pero no el tiempo. —Se volvió hacia Marcus, que los observaba hablar—. Por supuesto, si tuviera tiempo, teniendo en cuenta dónde estamos, no es que haya muchos bares o lugares para conocer a alguien en medio del océano.

Marcus tenía un brillo en los ojos. —Chicos, estas embarcaciones que estamos construyendo nos permitirán llegar a las ciudades más bonitas y atractivas del mundo en el tiempo que se tarda en conducir de Miami a Orlando. Podríais conocer chicas en Roma el viernes por la noche, en Oslo el sábado y en Río de Janeiro el domingo. No habrá ninguna playa a la que no podáis ir y volver a tiempo para el siguiente turno. Pero primero, necesito hablar con un extraterrestre. ¿Tenéis alguna idea?

—¿Por qué demonios no lo dijiste antes? Los dos hombres se acercaron a él y empezaron a mirar el portátil para ver si había alguna pista sobre lo que había que hacer.

Llamaron a la puerta y Bobcat levantó la vista del portátil. —¿Quién es?

—Nathan.

—Adelante —volvió a mirar la pantalla del portátil.

—¿Qué pasa?

Bobcat casi se cae de espaldas. —¡Maldita sea, Nathan! No te acerques sigilosamente a alguien así. Volvió a centrarse en el ordenador.

Nathan estaba confundido. En primer lugar, no se había acercado sigilosamente a nadie. En segundo lugar, todos los chicos estaban mirando la pantalla de un portátil normal. —¿Qué estáis buscando?

Marcus respondió gruñendo: —Cómo hablar con TOM.

El licántropo consideró dejarles buscar en la instalación básica de Windows durante un rato. Luego pensó en lo que Bethany Anne podría hacerle si necesitaba que se conectaran antes de lo previsto. —Chicos, todavía no está en el portátil. Yo tengo el programa de chat.

Nathan dio un paso atrás cuando los tres hombres se volvieron al unísono y lo miraron como si fuera el pavo de Acción de Gracias.

La voz de Marcus era tranquila, pero rezumaba impaciencia. —Necesito ese programa, jovencito. Actuaba como un drogadicto.

El licántropo metió la mano en el bolsillo y sacó una memoria USB. —Lo tengo aquí mismo. Dejadme espacio… Los tres hombres dieron un salto hacia atrás y Marcus le sujetó la silla. El científico señaló con impaciencia desde Nathan hasta la silla.

—Date prisa, hombre. No voy a rejuvenecer.

Se fijó en que Bobcat, detrás de Marcus, articulaba con los labios: —Extraterrestres.

Vale, podía entender que el hombre estuviera impaciente porque quería hablar con TOM, pero ¿qué pasaba con los otros dos payasos? Nathan se sentó y conectó la memoria USB al portátil. Con un par de sencillos comandos, inició el proceso de instalación. Necesitaba cargar un conjunto de nombres de usuario y contraseñas, todos con las credenciales adecuadas. —¿Qué te tiene tan nervioso a ti y a William, Bobcat?

William gruñó: —Las mujeres.

—Los bares —añadió Bobcat.

Nathan se giró para mirar por encima del hombro. —¿Qué? El programa de chat está bloqueado en un protocolo de comunicación único. No encontraréis mujeres en este portátil.

Bobcat soltó una carcajada. —Aunque es gracioso, lo que quería decir es que, una vez que tengamos estas naves en funcionamiento, Marcus nos dice que podremos ir a cualquiera de las playas más populares del mundo para tener citas en menos de tres horas.

El licántropo volvió a mirar el portátil. —¿Así que salvar al mundo de los invasores alienígenas no es suficiente? ¿Pero llegar a una playa de Brasil para ligar con una tía buenísima en tres horas es suficiente para que tu rendimiento alcance… eh… su máximo nivel? No, eso no está bien.

—Por supuesto que sí. Ese era William, siempre directo al grano.

Marcus retomó la conversación. —Quería ayuda y pensé que necesitaba encontrar una fuerza motivadora, algo que proporcionara

un estímulo constante y útil a los jóvenes. Algo que les hiciera sentir un renovado entusiasmo por completar la tarea más rápidamente.

Nathan sacó la memoria USB. —Bueno, eso es todo por lo que respecta al portátil. No lo saquemos de esta habitación y, desde luego, no lo saquemos del barco. Aunque probablemente no importe. No es que haya ningún dato confidencial. —Se levantó—. No pongas ningún otro programa aquí. Si pasa algo, simplemente apágalo. Si eso ocurre, necesitarás una nueva contraseña, que yo te daré. Así que, si lo desconectas de la pared y se queda sin energía, tendrás que buscarme. ¿Entendido?

Todos los hombres asintieron con la cabeza, así que se marchó.

Antes de conocer a Ecaterina, Nathan había sido perseguido por tantas mujeres que consideraba que salir con ellas era una tarea tediosa. Desde que la conoció, no tenía ningún deseo de perseguir a las mujeres. Entendía el interés de Bobcat y William, pero nada más.

Hablando de su novia rumana, tenía una hora libre antes de su reunión con Ben. Se marchó silbando para volver al *Polarus*.

De vuelta en el garaje, Marcus se sentó en la silla frente al portátil. Tenía abierta la ventana del chat y la miraba fijamente.

Detrás de él, Bobcat miró a William, quien se encogió de hombros. El piloto miró al científico. —¿Cuál es el problema, Doc?

—¿Qué digo?

William respondió: —No estás saliendo con él. Salúdalo y pongamos en marcha este asunto del cohete.

Marcus escribió en la ventana de chat del portátil:

> ¿Hola?

La ventana de chat se llenó inmediatamente con una respuesta:

>> Hola, soy TOM. ¿Con quién hablo?

> Soy el Dr. Marcus Cambridge.

>> Hola, Dr. Cambridge. ¿O prefieres que te llame Marcus?

> Marcus está bien, gracias.

>> No hace falta que seas tan educado, Marcus.

> Lo siento. Siempre he tenido la pasión de conocer a un extraterrestre, y ahora estoy comunicándome con uno.

Marcus se giró bruscamente y miró a sus compañeros. Ambos lo miraron, confundidos. —No me estaréis tomando el pelo, ¿verdad?

—No. Aunque sería muy divertido —respondió Bobcat mientras William se reía.

Tranquilizado, Marcus volvió a la ventana de chat, donde le esperaba una respuesta:

>> Marcus, sin ánimo de ser brusco, pero no eres el primero. Mi primer contacto humano fue hace más de mil años, así que no soy virgen.

Bobcat se echó a reír detrás de él.

El científico sonrió. Reconoció el esfuerzo por tranquilizarlo. Encogió los hombros, entrelazó los dedos y se crujió los nudillos. —Manos a la obra, caballeros. Tenemos que construir unos bólidos muy potentes.

Los hombres pasaron las siguientes tres horas trabajando con TOM en las capacidades de las naves y las especificaciones de propulsión. El **Kurtheriano** explicó las cosas y Marcus las tradujo a lo que ayudaría a definir los parámetros de diseño de sus naves. Al final de la sesión, el científico le dijo a TOM: —Adiós por ahora— y se recostó, asombrado.

Marcus se quedó mirando al techo. —Que me parta un rayo.

Bobcat puso el cubo de cervezas sobre la mesa y metió la mano para coger una. Había una Coca-Cola en el cubo para William. Marcus rechazó su oferta con un gesto. —Todavía no.

El piloto abrió su botella y dio un trago. —¿Por qué te vas a maldecir?

Marcus se levantó e intentó estirarse la espalda. La tenía rígida y dolorida de estar tanto tiempo sentado. —Es un dispositivo antigravedad. Si Podkletnov pudiera ver siquiera la mitad de esta información, se cagaría ladrillos, estoy seguro. Se acercó a la pizarra. Los chicos habían anotado alguna información para él mientras charlaba con TOM. —Aquí mismo. Este cálculo que William ha anotado casi verifica sus cálculos y los de Modanese para los pulsos antigravedad a sesenta y cuatro c.

Bobcat lo interrumpió. —Doc, recuerda que no todos conocemos tu taquigrafía.

Cogió el rotulador verde de borrado en seco. —Velocidad de la luz. Sesenta y cuatro c es sesenta y cuatro veces la velocidad de la

luz. Añadió un par de anotaciones matemáticas. —Lo único es que la gente de TOM tenía la capacidad de cuadruplicar la capacidad, por lo que pueden alcanzar los doscientos cincuenta y seis c durante breves ráfagas de tiempo.

William abrió su Coca-Cola con cuidado. Bobcat le había agitado "accidentalmente" una más de una vez. Había tenido que ir a darse una ducha para quitarse la sustancia pegajosa. —¿No morirías por la aceleración?

—Buena pregunta, pero no. Marcus cogió el rotulador rojo. —Aquí están las anotaciones sobre cómo construir un escudo de fuerza gravitacional localmente transitivo para que los efectos se curven alrededor utilizando una esfera de fuerza gravitacional. Las anotaciones matemáticas podrían haber sido sánscrito para los otros dos.

William miró a Bobcat. —¿Nos está tomando el pelo?

Esta vez fue Marcus quien soltó una carcajada. —Caballeros, si podemos fabricar el escudo adecuado, podría llevaros a Brasil en cinco minutos. Por supuesto, probablemente destruiríais todo lo que se encontrara en un radio de cuatrocientos metros de vuestro vehículo por las ondas de choque. Volvió a la pizarra y se rascó la nuca con el rotulador. —Supongo que eso significa un limitador para los viajes atmosféricos.

Pasó otra hora antes de que el doctor se sentara y aceptara su primera cerveza de la noche. Era oficialmente el científico más experto del mundo en antigravedad y viajes a la velocidad de la luz entre las estrellas, y le molestaba que, excepto estos dos hombres y un extraterrestre, nadie tuviera ni idea.

Bueno, pronto lo sabrían.

Key Biscayne (Florida, EE. UU.)

Bethany Anne tenía a Nathan y a Frank en una conferencia telefónica.

—Eso lo resume todo. Ambos dicen que Tabitha es sólida y que es una hacker casi aterradoramente buena. Ha superado tu verificación de antecedentes, Frank. Y Nathan, también tienes la

opinión de Ben para respaldar las evaluaciones de rendimiento de sus jefes, ¿verdad?

—Sí. Aunque sus jefes están tan contentos con que te lleves a Tabitha como lo estaban cuando les quité a Ben.

—No hay remedio. Necesito a alguien realmente bueno que ya haya estado expuesto al Mundo Ignoto, y ella encaja perfectamente.

Nathan sabía que había algo más detrás de todo esto. Creía percibir un trasfondo de picardía en la voz de Bethany Anne. —Jefa, ¿hay algo más que necesites saber sobre Tabitha?

—Sí. ¿Es sarcástica? ¿Quizá un poco pesada?

Nathan miró al otro lado de la mesa a Frank, quien se encogió de hombros, pero respondió lo mejor que pudo. —La verificación de antecedentes mostró algunos problemas con la ley antes de que cumpliera los dieciocho. Tiene un poco de resentimiento. ¿Es eso un problema?

—Joder, no. Al menos para mí no. Creo que es perfecta.

Nathan tuvo ganas de dar un par de cabezazos contra la mesa. —Jefa, ¿quién va a utilizar las habilidades de Tabitha? Frank abrió mucho los ojos y su boca formó una pequeña "o".

—Chicos, creía que lo sabíais. Michael ha pedido ayuda para encontrar a alguien que pueda sustituir a Carl. Necesita a una persona que desempeñe la función de enlace técnico para él en Sudamérica. Su respuesta fue tan fluida que Nathan estaba seguro de que estaba haciendo todo lo posible por no reírse en voz alta.

Él accedió a preparar a Tabitha y su ropa de viaje. Paul iría a recogerla en Texas y Bethany Anne la llevaría con Michael cuando llegara a Florida. Se despidieron y colgaron.

Nathan miró fijamente a Frank.

¿Iba a juntar a Tabitha y Michael? Dios mío, ¿qué se traía Bethany Anne entre manos?

Michael se encontraba en la casa donde Anton había celebrado su última fiesta. Miró desde el balcón hacia el suelo donde Bethany

Anne había matado a los dos **Nosferatu** que los científicos de Anton habían creado. Era el lugar que ella recordaba con más claridad y sería su objetivo cuando se translocara de Miami a Argentina.

Miró fijamente el lugar donde esperaba que aparecieran ella y el tipo que se convertiría en su nuevo especialista en soporte técnico.

Controlaba cuidadosamente su expresión. No quería que Bethany Anne sacara conclusiones del hecho de que hubiera llegado cinco minutos antes. Simplemente quería tener tiempo para asegurarse de que estaba en el lugar perfecto para presenciar su llegada. Cuando ella llegara, no podría ver su rostro de inmediato, aunque él sí podría ver el de ella.

Lo cual era bueno, aunque no por la razón que él esperaba. Como ocurrió, ella no vio cómo su expresión cuidadosamente controlada se transformaba en una de sorpresa. Aparecieron tres mujeres y Ashur, y Michael se dio cuenta de que su nuevo enlace técnico era una mujer, no un hombre.

Y ella tenía un piercing en la nariz y tatuajes.

Dios del cielo, ¿qué le había hecho a esta mujer para que lo odiara tanto?

CAPÍTULO 8

Buenos Aires, Argentina

Bethany Anne escuchó y percibió que Michael estaba en el balcón, mirando hacia abajo. Su rostro estaba tan impasible que estaba segura de que había bloqueado todos sus músculos. Sin embargo, no logró evitar que sus ojos se abrieran un poco de sorpresa.

Te pillé! Bethany Anne le sonrió. —¿Qué haces ahí arriba? Baja y conoce al nuevo miembro del equipo de Michael.

Ashur se apartó del grupo para dar una vuelta rápida por la casa, y Gabrielle decidió que no era mala idea. No se sentía muy cómoda con el vampiro más viejo, y si los dos no podían hacer frente a un ataque, sus habilidades difícilmente serían el factor decisivo en los próximos minutos.

Pero podías apostar tu culo a que iba a escuchar su conversación. Gabrielle sonrió y saludó a Michael con la mano, y él respondió levantando la suya. Observó cómo la mujer salía de la habitación siguiendo al pastor alemán.

Solo quedaban dos.

La mujer que estaba al lado de Bethany Anne era delgada y un poco más baja. Tenía el pelo rubio con… ¿las puntas negras? Michael se acercó un poco más para fijarse mejor. Seguramente era rubia natural, pero en algún momento se lo había teñido de negro. ¿No se

consideraba el rubio el color más atractivo para las mujeres? ¿Cuándo se había convertido el negro en el preferido?

Llevaba un piercing en la nariz. Michael había visto muchos pendientes, y muchos eran bonitos. Solían atraer la mirada hacia el cuello, lo cual, en su opinión, era un rasgo atractivo. ¿Pero la nariz? Mejor no, pensó; y no empecemos con los tatuajes en el pecho y los hombros. Eso sí, ninguno en los brazos.

Descendió los últimos escalones y sonrió a las dos mujeres. La sonrisa de Bethany Anne era sincera, cálida y engañosamente inocente. Repasó mentalmente la conversación que habían tenido cuando él le había pedido ayuda técnica. En ningún momento había dicho que la persona que tenía en mente fuese un hombre. Siempre había hablado de "ellos" o "ellas".

Demasiado tarde se dio cuenta de que le habían cobrado el precio de sus suposiciones de género, y ahora ella estaba junto a Bethany Anne, mirándolo con inteligencia tranquila y fría.

Como si fuera un insecto que examinaba para su colección.

Volvió la mirada hacia su rostro y dejó que su habilidad para influir emocionalmente se reflejara en su voz. —Señoras…

Los ojos de la nueva técnica se abrieron con miedo, luego el brazo izquierdo de Michael le ardió como mil demonios y un crujido resonó en las paredes. Bethany Anne dio un paso dentro de su espacio personal mientras lo miraba a los ojos, reclamando su atención. —Nada de eso, Michael.

Le costó contenerse para no frotarse el lugar donde ella le había dado una bofetada. Esa mujer tenía una derecha temible.

Michael eliminó la emotividad de su voz. —Mis disculpas. No retrocedió. Bethany Anne había invadido su espacio, así que bien podía ser ella la que se apartara.

Ella lo miró entrecerrando los ojos una vez más antes de volverse hacia la nueva mujer y dar un paso atrás. —Tabitha, te presento a Michael. No tiene apellido, pero en el Mundo Ignoto…

Los ojos de Tabitha pasaron de la sorpresa y la cautela a la felicidad y al asombro. —¿Michael? ¿El Michael? ¡Dios mío! Incluso chilló como una adolescente mientras le agarraba la mano y la agitaba como si fuera un pompón. Miró a Bethany Anne

desconcertado, esperando una explicación, pero la expresión de su rostro era impagable.

Miró a Tabitha como si hubiese traído a la joven equivocada a Sudamérica. La cara de Michael pasó del asombro a la satisfacción mientras hablaba en voz suave, lo bastante alto como para que lo oyera un vampiro… o un perro, si lo hubiese pensado. —Quizá quieras cerrar la boca, Bethany Anne. Podrías tragarte un bicho.

Ella cerró la boca de golpe y giró bruscamente la cabeza, lanzándole a Michael una mirada asesina, antes de volver la atención a Tabitha.

Respondió a la pregunta de la chica con otra. —No estoy seguro de ser el Michael adecuado. ¿Puedes darme una sinopsis del Michael que crees que soy?

La joven le soltó la mano y se quitó la mochila de la espalda, dejándola caer al suelo. Se agachó, la abrió y rebuscó dentro. Michael lanzó una rápida mirada a Bethany Anne, que observaba a la veinteañera con gesto de consternación.

—¡Lo tengo! Tabitha se incorporó con una pequeña libreta en la que llevaba un bolígrafo sujeto a las anillas. La abrió y pasó unas páginas. —Aquí. "El Michael" —dijo, marcando las comillas en el aire —, del que hablo es el supuesto jefe de todos los vampiros y el que convirtió a Anton. Con esto, lo miró. —Si hiciste eso, fuiste un imbécil. Volvió a sus notas. Michael volvió a mirar a Bethany Anne, cuya expresión de incredulidad empezaba a suavizarse hasta convertirse en una de placer. La chica continuó: —También es el padre de Steven, David y Howard…

Michael murmuró entre dientes: —Es Hugo.

Ella lo miró con un brillo en los ojos. —¡Te pillé! Tabitha giró el cuaderno y Michael sintió que el hombro de Bethany Anne rozaba el suyo cuando ella se inclinó a mirar con él.

Allí estaba la lista: Michael era el primero, seguido de Steven, David, Hugo, Anton, Peter y Barnabas.

Bethany Anne señaló la lista. —En realidad es "Stephen", no "Steven". Su sonrisa volvió con toda su fuerza.

Tabitha volvió a girar el cuaderno para poder leerlo. —¿En serio?

Ambos vampiros asintieron.

—Bueno, dale una bofetada a la zorra y hazla gritar. Sacó el bolígrafo del cuaderno e hizo la corrección.

Michael alcanzó a oír la voz de Bethany Anne, muy suave, susurrar: —Vas a tragarte un bicho así, Michael. Cerró la boca. Ella silbó y Ashur volvió corriendo. Gabrielle lo siguió un momento después desde la otra dirección.

Miró a Gabrielle. —Lo siento. No estaba silbando para ti. Me olvidé de tu buen oído.

Gabrielle respondió: —Ya lo creo. Se agachó para acariciar a Ashur un instante antes de abrazar a Tabitha para despedirse.

Bethany Anne fue la siguiente. —Cuida bien de ese vejestorio, ¿vale?

Sonrió. —No te preocupes, yo le cubro las espaldas… ¿Bethany Anne?

Acababa de sujetar a Ashur por el cuello, pero se volvió hacia la chica otra vez. —¿Sí?

—Gracias por todo, especialmente por lo de Miami, ¿vale? Las barreras protectoras que Tabitha había levantado antes se habían desvanecido. Ante Bethany Anne estaba la joven que había sido rescatada de una situación desesperada en Miami y que había recibido una segunda oportunidad. Su expresión dejaba entrever el poderoso y hábil apoyo que brindaría a los equipos, y especialmente a Michael.

Bethany Anne soltó a Ashur, dio un paso hacia atrás y abrió los brazos a Tabitha. La chica se acercó para abrazarla y escuchó mientras Bethany Anne le hablaba. —Ya me has compensado por algo que no fue culpa tuya. Me alegro de que te haya ido bien en Texas y te agradezco que te hayas comprometido con Michael. Puede ser peligroso, así que, aunque él pueda ser un capullo egocéntrico, puede protegerte y lo hará, ¿de acuerdo?

Él replicó: —No soy, ni nunca he sido, un gilipollas egocéntrico…

Michael se sorprendió de que Gabrielle se metiera en la conversación. —No, no, en esto tengo que darle la razón a Bethany Anne. Entonces abrió mucho los ojos al darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Las dos mujeres se abrazaron y rieron mientras se despedían.

—Llámame si necesitas algo. O haz que Michael me llame, ¿entendido?

Tabitha asintió.

Michael miró la mochila y la única bolsa de viaje que Tabitha había traído. —No quiero interrumpir, pero ¿no tienes ropa?

Ella respondió: —Tengo que parecer una lugareña para no llamar la atención. Hay suficiente ropa y ropa interior para un par de días. ¿Vamos de compras?

Bethany Anne le guiñó un ojo, sujetó el pelaje de Ashur y el brazo de Gabrielle, y desapareció.

¡Maldita sea esa mujer!

Key Biscayne (Florida, EE. UU.)

Bethany Anne soltó a Ashur cuando Gabrielle abrió la puerta. El perro salió disparado de la habitación y bajó corriendo las escaleras.

La vampira se volvió hacia su jefa. —Tienes que hablar con tu padre.

Bethany Anne se detuvo y pensó en lo sucedido recientemente, pero no se le ocurrió nada que justificara hablar con él. —¿Sobre qué?

Gabrielle se puso una mano en la cadera. —No me digas que no ves lo mucho que le gusta ese hombre a Patricia.

—No, eso ya lo sé. ¿Por qué? ¿Qué está haciendo…? Espera. No es lo que hace, es que no tiene ni idea, ¿verdad?

Gabrielle frunció los labios y asintió.

—¿Tan malo ha sido? Bethany Anne rodeó la cama para coger el teléfono, que había vuelto a olvidar. Tenía que haber una razón; nunca había sido tan olvidadiza.

—Necesita que le den un tablazo en la cabeza, está tan ciego. En serio, necesita que le den una pista para que pueda… ¿cómo dicen aquí? ¿Pescar o cortar el cebo?

Bethany Anne giró la cabeza, oyendo crujir los huesos. Maldita sea, qué bien sentaba. —Sí. Intentaba no hacer de Cupido en esto. Necesita dejar de creerse el número uno en la cadena de mando.

—Necesita sacar la cabeza del culo, querrás decir.

—Joder. En serio, Gabrielle, no endulces tu opinión. Bethany Anne sonrió a la mujer mayor. —Sí, tienes razón. Probablemente lo sepa, al menos de manera inconsciente. Quizá haya más de una persona que tema al futuro.

—¿Por qué? ¿Quién es la otra persona además de él y yo?

Miró a Gabrielle, seria. —¿Tú tienes miedo?

La vampira se acercó y se sentó en el sofá. No había querido iniciar esta conversación. —Sí. ¿Y tú? He vivido durante… bueno, muchos años.

Bethany Anne chasqueó los dedos. Estuvo a punto.

—Fue una locura antes de conocerte, pero tú te tomas esto de salvar el mundo muy en serio. Intentas mejorarlo para mucha gente a la vez. Me asustan muchas cosas, pero que pierdas la cabeza es mi principal preocupación.

Bethany Anne se sentó junto a Gabrielle, subió una pierna y se sentó sobre ella. —¿Perder la cabeza? ¿He tomado malas decisiones?

Gabrielle negó con la cabeza. —No, y eso es lo preocupante: todos cometemos errores. Me preocupa que cuanto más tiempo pases sin cometer uno, mayor será el que llegue.

—¿Como una especie de ecuación kármica? ¿Cometer muchos errores pequeños o acumularlos hasta una gran explosión?

—¿Quizá? Quizá no. No estoy segura. ¿Te das cuenta de que hemos eliminado a uno de los hijos de Michael? Y en cuanto encontremos a ese cabrón de David, también caerá. He vivido mis —más de cien, menos de mil— años con esos dos como referencias absolutas. Solo se podía subir más acudiendo a Michael. Acabo de verlo enfrentarse a una técnica y no sabía qué hacer. Tú cuentas con el Patriarca, el líder absoluto de los vampiros —que nunca fue paciente— trabajando contigo como socio. Incluso te llama para pedirte consejo. Michael nunca, antes de ti, había llamado a nadie para eso.

—¿Has oído cómo eso lo dejó atrapado en "el contenedor de muerte"? Tuvo mucho tiempo para pensarlo. Parece que lo cambió.

—Cambiar. ¿Será ese mi problema? Gabrielle se recostó en el sofá, con los brazos sobre los ojos. —Cuando eres tan… tradicional… como yo.

—Quieres decir "vieja como el carajo", ¿verdad? Bethany Anne dejó que la sonrisa se filtrara en su voz.

Levantó el brazo derecho para asomarse y le clavó a su compañera una mirada que habría hecho temblar a cualquiera menos fuerte. —Eso es lo que me atrae y me asusta. Eres muy joven para llevar tanto peso sobre tus hombros. ¿Y si esos hombros se rompen?

Ahí estaba. Eso era lo que preocupaba a Bethany Anne. Lo que no había sabido identificar. ¿Y si se rompían?

«Son tan fuertes como el titanio, Bethany Anne. Bueno, no del todo, pero sirve como metáfora», pensó TOM.

«¿Qué?»

«¿Recuerdas? Ajustamos tu estructura ósea. Que el enemigo venga. No nos doblaremos ni romperemos. Nos mantendremos firmes y les patearemos el culo.»

Bethany Anne susurró: «¿Y dejaremos que Dios se encargue de ellos, TOM?»

«Y deja que tu deidad de elección se encargue de ellos.»

Gabrielle comprendió que hablaba internamente con TOM, pero fue un momento existencial verla transformarse de Bethany Anne la amiga en Bethany Anne la líder. Esa era la mujer que la había atraído al principio.

Sus ojos brillaron con fuego y su sonrisa regresó. —Me han informado de que es casi imposible que mis hombros mejorados con kurtheriano se rompan, y afrontaremos cada desafío y aplastaremos a esos cabrones si no pueden seguir el programa. Si quieren hablar, hablaremos. Si quieren gritar, les daremos una paliza hasta que hablen o les cerremos la boca con alambre. ¿Quieren pelear? Que les den. Tenemos cosas que hacer y nada de tiempo que perder.

Gabrielle miró a su jefa un minuto y sintió cómo la confianza regresaba. —Has estado preocupada, ¿verdad?

Bethany Anne asintió. —Sí, creo que sí. Últimamente he tomado algunas decisiones equivocadas. Quizá deba ir a confesarme. Pero gracias a ti y al resto de mi equipo, nunca me rendiré ni me derrumbaré. Me mantendré firme y dejaré que esos cabrones vengan…

Gabrielle terminó por ella. —¿Y luego los matarás a todos y dejarás que Dios los juzgue?

—¿Si no hablan? Sí.

Se levantó y le tendió la mano a Bethany Anne. —Vamos, jefa. Busquemos a alguien a quien joder.

Bethany Anne sonrió a Gabrielle, que levantó ambas manos en el aire y se dio la vuelta para salir de la habitación. —Oh, por el amor de Dios. No puedo creer que hayas convertido eso en una declaración de zorra.

La vampira saltó y corrió para alcanzar a la líder de sus guardias, dándole una palmada en el trasero al pasar corriendo. —Tres es el número mágico.

Gabrielle se detuvo en el pasillo, mirando las escaleras por donde Bethany Anne acababa de desaparecer.

Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras murmuraba, apenas audible: —Eran cuatro. Una chica tiene que guardarse al menos un secreto. Empezó a caminar de nuevo. —Bueno, al menos otro secreto. Pero había estado muy borracha, lo que le había costado bastante esfuerzo. Así que quizá habían sido dos, ¿y pensó que eran dos parejas de gemelos? Mierda, por lo que recordaba, quizá solo fue un sueño.

Bethany Anne no encontró a su padre, pero vio a Ashur tumbado en el césped, disfrutando del sol. Se translocó a su casa de al lado. Abrió el armario de translocación, asomó la cabeza y dijo: —Hola, ¿la casa?

—Estoy en la cocina —respondió su padre. Oía AC/DC a todo volumen desde la sala de pesas del garaje reconvertido; probablemente allí estaba el resto del equipo.

Bethany Anne entró en la cocina. —¿Qué haces?

Su padre cerró la puerta de la nevera. Tenía pan en la encimera y embutidos en las manos. —La comida.

—¿Dónde está Patricia?

—Tenía una cita a las 11:30 en lo que ella llama el lugar "mágico, mágico". Cuando pedí detalles, me informaron de que mi nivel de seguridad no era lo bastante alto. Imagínate: un general sin nivel de seguridad suficiente.

Bethany Anne extendió una mano. —Deja eso. Tenemos que ponernos al día y no quiero —señaló los ingredientes del sándwich— esto. ¿Qué tal Joe's?

Su padre sonrió. —Maldita sea, qué negociadora. Vale, vale: tuerce mi brazo y exige concesiones; lo haré. —Guardó el pan y cogió las llaves de la encimera—. ¿Qué pareja nos hará sombra?

Ella se encogió de hombros. —No lo sé, pero necesitamos hablar sin oídos extra, así que que vayan en otro coche.

—¿De qué vamos a hablar que esos no puedan oír?

—Cosas de padre e hija.

Lance miró hacia la cocina, deseando no haber soltado tan deprisa su línea de seguridad.

Cuando llegaron a la puerta principal, Gabrielle entró.

—Vamos a Joe's. Dile a quien sea que coja el siguiente SUV. Conduciremos al límite permitido para que nos alcancen.

Gabrielle vio la mirada desolada del General y dedujo que aquello no era un asunto normal. —Llegaremos un par de minutos detrás.

Lance se sorprendió cuando Bethany Anne se sentó al volante. Como casi siempre conducía su seguridad, casi había olvidado que ella conducía perfectamente. Se deslizó en el asiento del pasajero y la observó arrancar el todoterreno y pulsar el botón que abría la verja.

No hay mejor momento que el presente para afrontar lo difícil. —¿Qué pasa, cielo?

—Tú, papá.

—¿Yo?

—Sí, mi querido padre, que a veces es tan denso como el cañón de un obús.

Lance reflexionó sobre lo que acababa de decir. No se le ocurrió nada que debiera haber descubierto. —¿Olvidé un cumpleaños? ¿Los Nacht siquiera celebran cumpleaños?

—¡Papá! Las mujeres no celebramos cumpleaños a partir de cierta edad; nos recuerdan que nos hacemos mayores. Bueno, supongo que prefiero no saber cuántos años tengo. Espera… ¿cómo hemos acabado hablando de mí? Ese es un truco de mujeres.

—Y de los generales. Funciona para mantener a los oficiales jóvenes en guardia.

—Buen truco. Ahora, hablemos de ti.

—Eso es lo que estoy evitando.

—Me doy cuenta.

—Entonces dime a quién ofendí y trataré de compensarlo.

—¿A quién ofendiste?

—Sí; no se me ocurre nadie a quien haya molestado. Eso lo recordaría. Así que supongo que he sido mi yo sin filtros y he ofendido a alguien. Pero te digo que no habría creído poder ofender a nadie de tu equipo… y lo he intentado.

—Patricia.

El General se quedó descolocado. Esperaba una ronda de veinte preguntas. Jamás habría pensado en Patricia. Y, por encima de todo, nunca querría hacerle daño. —¿Cómo? ¿Cuándo?

—Durante los últimos… muchos años.

—Entonces, ¿por qué vino a trabajar para mí? —Lance estaba desconcertado—. Pensaba que Patricia era feliz. Al menos, siempre lo parecía.

—Papá. —Bethany Anne se aseguró de tener su atención—. Ella te quiere y tú la tratas como a una secretaria del Ejército: amable pero intocable.

Ahora estaba en shock. Su mundo acababa de darse la vuelta.

Se inclinó y chasqueó los dedos para centrarlo. —Quédate conmigo, papá. Ya no estás en el Ejército: eres civil. Puedes tener una relación o no, pero lo que no puedes es impedir que Patricia sepa si estás disponible. No puedes seguir ignorando el amor que siente por ti.

«¿Patricia estaba disponible? ¿Me quería?»

Bethany Anne volvió a mirarlo y entendió que no estaba siguiendo el hilo. Sonrió y lo dejó pensar un par de minutos.

—¿Has dicho que me quiere?

El rudo general del Ejército no estaba en el vehículo en ese momento: estaba su padre, y ella no podía estar más feliz. —Sí, cree que sí. Pero si no estás dispuesto a corresponder y ver si la relación puede ir a algún sitio, seguirá queriendo esa imagen ideal de ti hasta el día en que muera.

—¿Morir? Bethany Anne, ¿no puedes ayudar como hiciste con Frank y conmigo?

—Por supuesto, pero ¿lo querrá ella? No todo el mundo quiere jurar hacer lo que haga falta para salvar el mundo. Las ventajas son grandes, pero el precio es alto, papá.

Asintió. Tenía mucho en lo que pensar. No era la conversación que esperaba tener hoy a la hora de comer. O, francamente, nunca.

Nave de la Puñetera Reina — *Ad Aeternitatem*

William se levantó temprano. Supuso que los otros dos, tras deliberarlo con un par de cervezas la noche anterior, lo seguirían más tarde.

Se sorprendió al encontrar a Marcus ya en el garaje, tecleando en el portátil nuevo y comunicándose con TOM.

—¿De qué hablas con TOM, Doc?

Levantó la vista y sonrió. —De la vida, el universo y todo lo demás. —Ante el silencio, añadió—: ¿No eres fan de Douglas Adams?

—¿Quién? ¿Otro experto en cohetes? Porque tengo que admitir que tú eres el primero, Doc. He perdido mi virginidad contigo, amigo.

Marcus soltó una carcajada. —¿Soy tu primer experto en cohetes, William? Tenéis un humor de lo más pueril. Me encanta. —Y volvió al portátil.

—¿«Pueril», Doc? No me obligues a darte una paliza para averiguar si era algo bonito.

Marcus respondió sin levantar la vista: —Significa inmaduro. Me divierte el esfuerzo que tú y Bobcat hacéis por mantener vivo vuestro humor adolescente. Como científicos, muchos pasamos los primeros años intentando que nos tomen en serio; cuando por fin

sabemos llevar lo serio, hemos perdido la capacidad de disfrutar la juventud que dejamos atrás.

—Eso es una mierda, Doc.

—Sí, William. Sí. —Y tecleó furiosamente.

William miró la pizarra. Nada nuevo. Sacó bloc y bolígrafo, arrastró una silla frente al doctor y empezó a garabatear.

Estaba perplejo. Partían de un diseño para tres personas y, tras la gran reunión con Stephen y los capitanes, el equipo habló con Pete y Todd: los equipos de asalto quedarían en tres más un montón de equipo.

Eso significaba cuatro por nave contando al piloto.

—Es una pena que tengamos que poner un piloto en estas cosas.

—¿Hmm?

William no le hablaba a Marcus desde que el científico se había sumergido en TOM. —Digo que es una pena tener que llevar a cuatro personas en las naves. Si metes a los tres del equipo de asalto más el piloto y todo el material, casi mejor diseñar un SUV para estos tíos.

Marcus levantó la vista y perdió la mirada vidriosa de quien solo ahora empieza a atender. —¿SUV? ¿Qué es eso, un Vehículo Utilitario de Apoyo?

Sonriendo, respondió: —No; vehículo utilitario deportivo, como una camioneta.

Marcus hizo una mueca. —Perdona, William. Asentía, pero no estaba escuchando. ¿Qué preguntabas?

—Que es una pena tener que llevar a cuatro más todo su equipo. Encajar todos esos requisitos en un diseño de cohete nos limita. ¿Qué pasa cuando aterrizan? Si suponemos que están de pie cuando las aletas tocan el suelo, entonces bajan. Si intentamos aterrizar de lado, bien… pero despegar…

William cayó en la cuenta de que toda la discusión de la noche anterior había vuelto irrelevantes sus primeros diseños.

—Doc, ¿puedes preguntarle a TOM qué diseñaría para cuatro personas y un montón de equipo como el diseño más lógico para el vuelo y la fabricación?

—Por supuesto. Marcus empezó a teclear.

La puerta se abrió y Bobcat saludó: —Buenos días. William levantó la mano. El piloto no tendría resaca: era demasiado profesional para eso. Pero sería más fácil hablar con él después de una taza del néctar marrón.

Bobcat se acercó a la mesa, arrastró una silla junto a William y dejó allí su café. —¿Qué hace Doc?

—Está hablando con TOM, preguntándole cuál sería el mejor diseño para cuatro personas y el equipo.

—Buena idea. ¿Se te ocurrió a ti?

William gruñó.

—¿En serio?

Gruñó de nuevo.

—Ni hablar.

—Sí.

Bobcat dio otro sorbo cauteloso a su café. Estaba ardiendo. —Jodidamente buena idea. Cinco dólares a que vuelve con un círculo o una esfera.

William miró al jefe del proyecto. —¿Por qué?

Se encogió de hombros. —Está en todas nuestras historias, así que debe de haber algo de cierto. ¿El mejor uso del espacio para viajar por el espacio exterior? No sabría decirte.

—Veo tus cinco y subo cinco más.

—De acuerdo, trato hecho. Pero ¿por qué?

—Su diseño no es una esfera estándar. Creo que esas se hacen cuando no tienes ni idea de por dónde volar. Como conoce nuestra atmósfera, se adaptará.

—Vale, eso tiene sentido.

Los dos amigos permanecieron en silencio mientras Marcus tecleaba frenéticamente.

Finalmente, Marcus se recostó. —Estoy jodido.

Bobcat dio un sorbo. —¿Por qué? ¿Es redondo?

—No.

William sonrió. —Son diez para mí.

Bobcat buscó su billetera para pagar. —¿Qué diseño se le ocurrió al pequeño genio alienígena?

Marcus se rascó la nuca. —Puede que no lo creas, pero dijo: "Compra algo".

El piloto preguntó: —¿Qué? William cogió los diez dólares antes de que pudiera retractarse. Bobcat no se dio cuenta de que los billetes se le escapaban de los dedos.

Marcus explicó: —Sí. Dijo que hay múltiples problemas para fabricar algo específico en el plazo que quiere Bethany Anne. Si queremos que nuestra primera versión vuele pronto, podemos comprar un avión o un helicóptero y actualizar los motores. Así, salvo que lo arruinemos demasiado, no parecerá nada fuera de lo común.

—Genial. —Bobcat sonrió—. Quiero uno para Shelly.

William se levantó de un salto, haciendo que la silla se deslizara hacia atrás. —¡Claro que sí! ¡Ese pájaro será el helicóptero más impresionante del mundo! Y empezó a bailar al son de una música que solo él podía oír.

La sonrisa de Bobcat se torció en un ceño. —Espera, ¿cómo funcionará a alta velocidad? Shelly no es nada aerodinámica.

El científico se encogió de hombros. —La aerodinámica ayuda, pero puedes ajustar el motor para crear un escudo que empuje el aire fuera del camino. No alcanzaremos las velocidades más altas, pero si la esfera del escudo es bastante grande, podremos llegar rápido a un sitio y luego pasar al modo normal para aterrizar.

William dejó de bailar. —Entonces, ¿podríamos construir una enorme caja de metal y que volara?

Marcus volvió a teclear. —Sí, en caso de apuro, pero nadie se creería una caja voladora, ¿sabes?

El mecánico miró alrededor de la habitación. —Sí, pero piensa en todo el espacio que hay aquí en el Ad Aeternitatem. ¿Cuántas cajas o… bueno, ataúdes crees que podríamos fabricar y meter aquí?

Bobcat miró alrededor. —¿Estás pensando en naves para una sola persona?

William asintió. —Sí.

—¿Y los pilotos?

—¿Y si nos aseguramos de que todos sepan pilotar?

Marcus seguía escribiendo. —TOM dice que podemos tener naves controladas por IA.

Bobcat preguntó: —¿IA? ¿Como la que utiliza Bethany Anne?

El científico leía, con los ojos recorriendo la pantalla. —No, más bien controladas por KI.

—¿Inteligencia colectiva? —preguntó William, mirando a Bobcat, que se encogió de hombros.

—Kurtheriano. Dice que puede dirigir todas las operaciones a través de su nave y de un potente ordenador al que tiene acceso. Apenas haría falta dar instrucciones por el Etérico. Imposible de bloquear e instantáneo.

Marcus los miró. —¿Estarían de acuerdo los hombres con eso? ¿Un alienígena pilotando?

Bobcat respondió: —¿Te refieres a pilotar? Joder, confían en que sus motores funcionen. Solo debería ser un pequeño paso para creer que el alienígena es el mejor piloto. A menos que tengamos un piloto, en cuyo caso, a todos les jode que otro les lleve el control. —Hizo una pausa, pensativo—. Pero sigo queriendo poner uno en Shelly.

William cogió su bolígrafo y empezó a dibujar. —¿Qué tal algo en lo que se sienten? No puedo creer que alguien quiera volar boca arriba o boca abajo. Podemos hacer que la parte delantera se abra…

—¿Te refieres al coche de Urkel?

—¡Sí! El BMW Isetta.

Bobcat sonrió. El Isetta. —Chicos, nuevo nombre del proyecto: el IZTA.

Marcus levantó la vista de lo que escribía. —¿Qué significa?

Bobcat se encogió de hombros. —Ni idea, pero dame tiempo y se me ocurrirá algo.

William estaba ocupado buscando fotos antiguas del Isetta para inspirarse en ideas de ingeniería para su propia nave.

Tenían un plan.

CAPÍTULO 9

Buenos Aires, Argentina

Michael había tardado dos días en equipar a Tabitha. En ese tiempo llegó a conocer a la joven humana mejor que a cualquier otro humano en los dos últimos siglos.

Le contó cómo los de Anton la habían encontrado en la dark web y habían averiguado lo suficiente sobre ella como para amenazar a sus seres queridos. Tenía tanto miedo de que alguien descubriera que seguía viva que ni siquiera intentó ponerse en contacto con su familia.

Bethany Anne y Gabrielle le contaron la destrucción del grupo de Anton y que podía volver a ponerse en contacto con su familia.

Tabitha lo pensó, pero tras un par de horas de vuelta en Miami decidió no hacerlo. Sus padres estaban divorciados; había vivido con su madre y entrado y salido de casa durante buena parte de su adolescencia. Ahora estaba bien. Su madre quizá se habría preocupado por una ausencia más larga esta vez, pero avisarla de que seguía viva no le daría consuelo.

Cuando Bethany Anne le preguntó qué sabía del Mundo Ignoto, se guardó la mayor parte de sus cartas. Actuó de chica dura, con la actitud de sabelotodo que le servía de coraza: la protegía de los tíos que querían más de lo que estaba dispuesta a dar y de los adultos que habían querido "protegerla" cuando era más joven. Sobrevivió a base de aprender y planificar.

Con el grupo de Anton aprendió lo suficiente para empezar a buscar la verdad sobre los vampiros y, con ello, descubrió que también existían los licántropos. No solo eran cuentos; eran reales.

Lo hizo pirateando bancos e instituciones financieras. A partir de ahí rastreó nombres y alias por distintas empresas. Sabía que necesitaba un punto de partida y decidió seguir un dato rastreable: la edad. Pensó que debían ser lo bastante mayores para dejar rastro y, por tanto, muy ricos.

Había guardado sus notas en papel, decidida a que no le hackearan **sus** propios expedientes como ella había hecho con los de otros. Sus notas iban adornadas con pequeños corazones e historias falsas. Su lista de Michael y sus hijos estaba bajo el título "Ideas para nombres de novios".

Con paciencia escribió scripts para buscar en bases de datos y dejar los resultados en puntos de entrega, en archivos cifrados de la dark web. Al recogerlos era extremadamente cuidadosa: pasaba por múltiples cutouts para que sus huellas no aparecieran en los logs.

Casi funcionó. Cuando tuvo a Michael delante, la prueba de todo su trabajo le devolvía la mirada. Chilló como una fan que se encuentra a su *boy band*, su grupo juvenil favorito, y soltó su información delante de los dos vampiros. No fue hasta después de que se marchó Bethany Anne cuando Tabitha comprendió en el lío que podía haberse metido. ¿Y si les preocupaba su hackeo y recopilación de datos?

—¿Michael?

—¿Hmm? —El vampiro leía unas notas extraídas de los expedientes de Anton; estaba concentrado, tratando de entenderlas.

—¿Por qué ni tú ni Bethany Anne os enfadasteis cuando os enseñé mis notas sobre tus hijos?

Levantó la vista de la carpeta. Tabitha no iba mal, pero a veces le ponía a prueba la paciencia. Pensó su respuesta. —No me molesté porque estás conmigo. Vas a aprender más de mi vida de lo que jamás habrías aprendido hackeando bases de datos de medio mundo. Imagino que Bethany Anne tampoco se molestó porque sería como castigar a un oso por comerse un ciervo.

Tabitha lo pensó. —¿Entonces no le preocupaba que una hacker hackeara?

—Es lo que eres, Tabitha. Eres curiosa por naturaleza y has convertido eso en una manta de seguridad, una manera de intentar controlar el mundo a tu alrededor. ¿Tenías algún plan para lo que harías con la información que obtuvieras?

—No. Solo sabía que, si Anton venía a por mi familia o por mí, tenía que tener más información sobre él. Cuando supe de los vampiros me entró la curiosidad y quise el cuadro completo. Bethany Anne me asustó muchísimo en Miami: entró en el helicóptero después de sacarnos del golpe al banco y juraría que tenía los ojos rojos y colmillos… quizá mi memoria esté borrosa. Luego Nathan nos consiguió nombres nuevos y trabajos en su empresa…

Su voz se apagó al captar el alcance de su pregunta. —Si hubiera hablado, alguien me habría encontrado y me habría matado, ¿verdad?

—Esa era la regla, sí. —Siguió mirándola.

Torció el gesto. —Una regla un poco idiota, si me preguntas. ¿Quién la escribió, tú? —La sonrisa se le borró al ver que Michael no sonreía con ella. ¿Cómo lograba meter la pata siempre?

Le dedicó una pequeña sonrisa. —Eh… ¿perdón?

Él esbozó una leve sonrisa. —No hace falta que te disculpes, esta vez. He tenido tiempo de pensar en algunas de mis reglas este último año. No se lo pases a Bethany Anne, pero era una regla bastante idiota.

—¡Sí! ¿Qué le pasa? No me malinterpretes, pero no actúa como una vampira sedienta de sangre y maldad. —Frunció los labios—. Bueno, salvo la primera vez que la vi.

Michael cerró la carpeta, manteniendo un dedo entre los papeles. —Lo creas o no, no somos "vampiros malvados", Anton y su hermano David aparte.

—No sé… Las reglas de matar humanos si saben demasiado me parecen bastante malvadas.

—¿En serio? Dime: ¿qué harías si cuatro mil millones de humanos se lanzaran a una caza de monstruos para matar a todos los de tu especie al conocer la verdad? ¿Ir a Oprah a contarlo?

—Entonces, ¿crees que la muerte de uno merece la pena para proteger a muchos?

—Pongamos tu ejemplo. Si hackeas un sistema —acto que por definición es ilegal y burla medidas destinadas a mantenerte fuera—, y descubres algo que pone en riesgo a quienes solo intentan mantenerse al margen… ¿no estás defendiendo tu propio castigo?

Tabitha guardó silencio un minuto. Quería discutir, pero lo entendía. —¿Dices que crucé la línea que decía "Prohibido el paso. Muerte a quien entre", y ahora no quiero aceptar mi responsabilidad?

—Más bien culpabilidad, pero sí: has captado lo esencial. —Michael lo pensó unos segundos—. Tabitha, aquí se juega a todo o nada. Carl no fue el primer técnico que murió por trabajar para mí. Dicho esto, llevaba mucho tiempo sin perder a nadie, hasta que lo asesinaron. Carl recuerda que tu puesto es peligroso.

—¿Qué pasa si quiero dejarlo?

—¿Quieres mi respuesta o la de Bethany Anne?

—¿Cuál es la diferencia?

—Probablemente, al final, poca. Con mi método, seguramente morirías sin saber por qué. Con el de Bethany Anne, al menos lo sabrías y quizá tomarías un par de decisiones para ocultarte mejor.

—No lo entiendo.

—Borraría tus recuerdos de nosotros y te dejaría suficiente dinero para vivir dignamente, siempre que no lo perdieras todo jugando. Bethany Anne te dejaría conservarlos, sabiendo que te perseguirían. Hay muchos otros grupos siempre al acecho de quien está fuera de nuestra protección. No les importará si sabes algo o no: te atraparán en cuanto te encuentren y harán lo que sea para sacarte toda la información.

—¿Así que estoy en una prisión virtual creada por mí misma?

Michael lo pensó. —Podrías verlo así. Al final te habrían pillado por tus hackeos; te habrían "encontrado y tratado", sea lo que signifique. Las restricciones—las reglas por las que se ha regido el Mundo Ignoto durante siglos—están en flujo y las estamos reescribiendo.

—¿Qué ha provocado ese cambio?

—Ya la has conocido.

—¿Bethany Anne?

—Sí.

—¿Cómo es que nunca encontré nada sobre ella? ¿Qué edad tiene para tener ya tanto poder, cuando yo solo pude encontrarte a ti en la cima?

—Eso, mi joven y entrometida técnica, es una historia para otro momento.

Tabitha sintió que su abuelo acababa de mandarla a la cama. Su joven y muy apetecible abuelo. —Oye, ¿sales con ella?

—No.

—¿Has salido con ella? Es decir, actuáis como si… eh… —La mirada de Michael le recordó que a veces la boca se le adelantaba—. No importa.

Volvió a abrir la carpeta y siguió por donde iba.

Tabitha acercó el portátil al regazo. Sus últimos scripts seguían corriendo. Había averiguado cosas sobre los Guardias de la Puñetera Reina y las operaciones en Sudamérica. Sus primeras inmersiones de datos habían sacado todos los artículos del periódico de San José.

Ahora, el siguiente nivel de scripts había hallado tres archivos en un servicio de nube "segura". «Segura, y una mierda», pensó.

Interesante: estaban asignados a la reportera de San José. Abrió los archivos y empezó a leer.

—¿Michael?

—Hmm. —No levantó la vista de lo que estaba leyendo.

—He encontrado información de una tal Giannina Oviedo en San José. Tiene notas sobre el equipo de Bethany Anne, incluyendo intentos por averiguar más sobre Gabrielle.

Michael alzó la vista. —Lo siento, ¿puedes repetirlo? Yo no estuve en Sudamérica para esas operaciones.

Tabitha le leyó a Michael la mayor parte de las notas que la reportera tenía en su carpeta.

—Parece saber mucho sobre Bethany Anne y su equipo. Me pregunto por qué está reuniendo todo esto. —Michael la miró con curiosidad.

Ella revisó de nuevo las notas. —Ni idea, pero tiene más información que yo sobre Bethany Anne. Zorra**.**

Los labios de Michael dibujaron una leve sonrisa: sonaba a enfado profesional. Si la llevaba en la dirección adecuada, Tabitha sería una fantástica agente de inteligencia. —Me pregunto cómo podríamos averiguarlo.

—¿Por qué no vamos a visitarla?

Sonrió; a veces, de la boca de los niños… —¿Qué, no quieres intentar hackear todos sus secretos?

Tabitha tecleaba sin parar. —Oh, sus secretos serán mis secretos por la mañana, confía en mí. Lo que tenemos que hacer es preguntarle por qué tiene esa información. No he encontrado ningún post suyo; aún no lo ha hecho público.

Michael se levantó y se estiró. —No hay mejor momento que el presente. Pide un avión para Costa Rica. —Y se fue a su habitación para hacer la maleta.

Se quedó mirando su espalda; luego bajó la vista al portátil y volvió a mirarlo. Desconcertada, alzó la voz al hombre que se alejaba: —Eh… ¿cómo?

Él se detuvo, contó hasta tres y regresó con una sonrisa. —Tabitha, ¿cuál es la mayor cantidad de dinero con la que has trabajado?

—¿Legal o ilegalmente?

Michael alzó una ceja. —Digamos que legalmente por ahora, pero luego querré saber lo de Kensington.

«¿Cómo demonios sabía lo de Kensington?»

—Un poco más de ocho mil después de mi primer trabajo con el grupo de Anton.

—De acuerdo, te voy a dar acceso a una cuenta con algo más de un millón de dólares. Por favor, no robes el dinero. La malversación se castiga con la muerte.

Tabitha palideció. La naturalidad con que lo dijo evidenciaba cierta indiferencia por la santidad de la vida. Tenía que recordar que bajo ese cuerpo atractivo había un hombre muy peligroso.

Le dio las instrucciones y salió de la habitación.

Se dio cuenta de que él podía leerle la mente.

Se llevó las manos a la cabeza. «¿Cuántas veces lo he desnudado mentalmente en estos dos días? Dios mío, lo de la lengua… No voy a dejar de sonrojarme en una semana.»

«Siempre puedo crear visuales para ver si reacciona. Eso podría ser divertido.» Se enderezó y pensó cómo comprobar si estaba escuchando a escondidas o no. Había algo muy similar entre hackers masculinos y femeninos.

Ambos grupos tienen una imaginación muy creativa.

El barco de la Puñetera Reina — *Polarus*

Frank había pedido que casi todos los altos mandos ayudaran con la situación en Turquía.

Alrededor de la mesa se sentaban Stephen, Dan —jefe militar de Bethany Anne—, Pete y Todd del Ad Aeternitatem, ambos capitanes, y Bobcat y Jean Dukes como responsables de apoyo aéreo y de nave, respectivamente.

Bethany Anne, Lance, Gabrielle y dos miembros de su equipo llegarían en breve.

Frank preparaba los mapas para la pantalla principal cuando llegaron Bethany Anne, Gabrielle, Lance, John y Scott. Scott echó un vistazo a la sala y salió a quedarse junto a la puerta.

Lance saludó a los presentes y se sentó junto a Dan. Gabrielle y John tomaron esquinas opuestas: la Guardiana, al fondo; el vampiro, delante.

Bethany Anne ocupó la silla libre a la izquierda de Frank.

nició la reunión. —Gracias a todos por venir. Antes de que Bethany Anne cambiara, Dan y yo trabajábamos juntos para encargarnos de problemas con los Deshonrados en EE. UU.; de vez en cuando me tocaba lidiar con asuntos en el extranjero. Era raro, porque David y Anton tenían Sudamérica y África muy controladas. Pensábamos que Hugo mandaba en África, pero no era así. David ha sido implacable manteniendo a raya a sus subordinados, mientras que Anton era más desordenado. De vez en cuando, el grupo de Michael tenía que entrar en Centro y Sudamérica para atajar algún brote.

Frank pasó a la siguiente diapositiva: un mapa de Siria y Turquía con un punto rojo cerca de la frontera. —Cerca de la ciudad de Yüceli, en un valle, hay un puesto aún más pequeño, tan antiguo como cualquier cosa de la Biblia. El punto marca un territorio tribal de quizá unos pocos cientos de personas, sin duda menos de mil, muchas probablemente muertas o convertidas en Nosferatu. La ciudad no está en ninguna carretera principal, pero está en una zona con muchas cuevas.

John intervino desde el fondo. —Entonces, muchas zonas para mantenerse fuera del sol.

—Sí. Llamaron al ejército turco y su gente desapareció. Avisaron a la OTAN y EE. UU. respondió con un par de equipos de asalto. Todos, salvo una persona, murieron. Perdimos el contacto con ese último miembro, que ahora se da por KIA (muerto en combate).

Puso un mapa satelital con imagen térmica. —Tenemos una cueva con actividad diurna y que parece bien tapiada por la noche.

Bethany Anne interrumpió: —¿Por qué David empieza con esto ahora si nunca había hecho algo así?

Frank respondió: —Oh, es una trampa, seguro. ¿Pero es para ti o para Michael?

—¿Por qué yo?

—Porque antes Michael siempre tenía a Bill para encargarse de esto por él. Además, es un brote grande, así que probablemente pretende atraer al menos a uno de nuestros jugadores clave.

Stephen intervino: —¿Quizá espera atraer a los dos?

Dan preguntó: —¿Pero por qué? No serían un reto para Michael, y menos aún los dos juntos.

Nathan estudió el mapa. —Michael está en Sudamérica limpiando ese desastre. ¿Querrá David tenerlo fuera del país por algo?

Frank asintió. —Podría ser. Lo mismo con Bethany Anne.

Lance asintió. —Si mantienes a tus dos pesos pesados fuera del tablero, tendrás más bajas.

Todd habló con confianza. —No se puede evitar. Con los nuevos Guardianes ya activos, somos un grupo bastante formidable.

—Iré en representación de la Reina. Esto no se puede permitir, y David también me ha atacado —dijo Stephen al grupo.

—Algo sigue apestando. —Todos se volvieron hacia Nathan—. ¿Cuántos son, diez?

Dan respondió: —Sí. Nueve con el equipo de Pete y Todd, más Stephen y transporte.

Bobcat se ofreció: —Yo tengo transporte.

Bethany Anne lo interrumpió: —Esta vez no, Bobcat. —Él giró la cabeza, sorprendido—. Eres demasiado importante para el proyecto de las naves como para entrar en acción ahora mismo. Tendrás que pasarle las llaves a Chris.

Su rostro no era el único sorprendido. Ella se encogió de hombros. —Lo siento, no hay otra opción. Esta operación deja claro lo desesperadamente que necesitamos esas naves operativas.

El piloto no estaba contento, pero asintió en señal de comprensión.

Dan retomó la conversación. —Bobcat, ¿Chris es un sustituto aceptable?

Bobcat lo pensó. Había pasado mucho tiempo con Chris en los últimos meses con Shelly. Tenía que admitir que el hombre estaba preparado, aunque seguía deseando estar él en la cabina. —Sí, está preparado.

Bethany Anne se recostó en su asiento. Estaba pisándole los pies a Dan y tendría que disculparse al acabar la reunión.

Él continuó: —Eso nos da diez operativos y uno de apoyo.

Nathan intervino de nuevo. —En realidad, doce. Ecaterina y yo nos uniremos al grupo.

El vampiro se sorprendió al oírlo, pero para eso eran los entrenamientos de la rumana con los Guardianes**.** Bethany Anne se dio cuenta de que tendría que pasar tiempo con Nathan antes de irse.

Dan asintió. —De acuerdo, eso nos deja protegiendo las naves. Me vale que el *Polarus* nos cubra, pero ¿qué pasa con las acciones de abordaje?

Gabrielle tomó la palabra. —Puedo quedarme en el Ad Aeternitatem, con Darryl y Scott como refuerzo. Eso deja a John y Eric cubriendo a Bethany Anne.

Dan miró a su jefa. —¿Dónde estarás tú?

—Me han pedido que vaya a Las Vegas. Cogeré el Gulfstream cuanto antes, pero estaré disponible si me necesitáis. Llevaré a los chicos y a Ashur conmigo.

—¿Michael?

Bethany Anne se encogió de hombros. —Por lo que sé, estará en Sudamérica. No sé qué trama David, ni si él o uno de sus esbirros ha instigado esto. Aseguraos de que haya suficientes suministros médicos para todos y una vía de salida.

Frank lo tomó como señal para continuar y pasó a la siguiente diapositiva, devolviendo la atención a la pantalla. —Eso nos da nuestra fuerza y un multiplicador. Tenemos el transporte; hablemos de la base adelantada. El grupo estadounidense está a unas diez millas de las colinas y a unas quince del punto caliente. Tienen un par de piezas de artillería pesada, pero Turquía no les permite usarlas en su territorio.

Dan preguntó: —Entonces, ¿por qué las tienen?

—Están lo bastante cerca de la frontera siria como para que al oficial al mando le guste tenerlas a mano. —Frank pasó a la siguiente diapositiva—. Tienen un escuadrón sobre el terreno al mando del coronel McNichols.

Stephen preguntó: —¿No se preguntarán por qué entra un grupo militar no alineado?

Frank respondió: —Buena pregunta. Normalmente sí, pero ya han perdido a ocho hombres. Saben que esto no es normal y bastantes han visto cosas inexplicables aquí en los últimos diez años. Si alguien de arriba dice "Esperad a los exterminadores", por Dios, dejarán que otro meta la mano. Nadie quiere regresar en posición horizontal. Los buscaglorias ya han sido enviados a casa, y estos han sido recompensados por mantener la cabeza gacha: siguen vivos. Puede que tengan curiosidad, pero han pedido a nuestro equipo.

Dan continuó: —¿"Solicitado"?

Frank hizo una mueca. —Mala elección de palabras. La cúpula sabe que hay un equipo negro para estas cosas inexplicables; corre la voz. No cayeron en que nunca habíamos operado en esta zona.

La reunión duró otros treinta minutos, hasta que Dan consideró que ya tenía los detalles. Le pidió a Lance que se quedara un rato

para consultarle. El General explicó que su experiencia de campo se remontaba un par de décadas, pero respondería lo mejor posible.

Bethany Anne acorraló a Bobcat en el pasillo.

—Bobcat, ven conmigo un momento. —Lo llevó a un compartimento vacío y entró; él la siguió—. ¿Puedes darme alguna idea de por dónde vais?

—Tenemos los motores en fase final de diseño. Aunque no lo creas, fabricar no es lo difícil: lo difícil será cargar energía para cebarlos por primera vez.

—¿Qué dice TOM?

«¿Por qué no le preguntas a TOM? Está aquí mismo.»

«Chitón. Quiero ver cómo os comunicáis.»

Bobcat le respondió: —Dice que, una vez instalados los motores en el Ad Aeternitatem, con tu ayuda podrá ponerlos en marcha usando su nave.

Bethany Anne lo pensó. —Me pregunto qué demonios espera que haga.

—¿No te lo ha dicho?

«No, no lo ha hecho.».

«No preguntaste.»

—No; seguro que no le pareció lo bastante importante como para avisarme tan pronto en la planificación. Pero me aseguraré de preguntarle. ¿Cuáles son los parámetros de construcción de las naves? ¿Podemos usar componentes off-the-shelf?

—No exactamente. Lo que TOM sugirió —y por ahora estoy de acuerdo— es modificar un diseño existente con nuestros motores, al menos hasta tener diseños propios. Trabajamos en algo que permita una nave por miembro (o dos) y también en una lo bastante grande para cada equipo de asalto.

—¿Hay que quitar el motor existente o se puede simplemente añadir el nuestro?

—Podemos añadirlo si el espacio lo permite. No es posible en un caza pequeño. Algo como Shelly podría llevarlo sin demasiados compromisos. Si construimos uno a tiempo, me gustaría instalarlo.

—¿Tardaréis mucho en instalarlo?

—En realidad, no. Se atornilla, porque no quitamos nada. Igual con el Sikorsky: lo usamos como helicóptero para aterrizar y despegar, luego encendemos los motores nuevos y simplemente desaparecemos. Al llegar al destino, vuelves al modo de vuelo normal para aterrizar. Solo cuidado con no ir demasiado rápido.

—¿No querrás que alguien se pregunte por qué el helicóptero le gana a un reactor?

—Bueno, eso también. Pero lo importante: el doc calcula que si vas demasiado rápido se crea una onda de presión enorme. A máxima velocidad, la onda es destructiva hasta **un cuarto de milla** (≈400 m).

—Maldita sea.

—Sí.

—No tengo buen presentimiento. No conozco bien a David, pero no parece impulsivo. A ver si puedes construir esas naves a toda prisa. Pídele a Lance que consiga lo que necesites de cualquiera de nuestras empresas. Las quiero cuanto antes, si vuestro equipo puede hacerlo. Nuestra gente necesita refuerzos y quiero estar preparados. Si la operación sale redonda, perfecto: simplemente tendremos algunas naves antes de lo previsto.

—Entendido, jefe. Trabajaremos sin descanso.

Charlaron un minuto más y luego Bobcat se despidió. Bethany Anne contemplaba posibles escenarios cuando oyó a Nathan **y** Ecaterina hablar mientras caminaban por el pasillo.

Asomó la cabeza. —¿Nathan? —Se dieron la vuelta—. ¿Tenéis un momento?

Él levantó un dedo y habló unos segundos más con Ecaterina, que asintió y siguió por el pasillo. Nathan desandó unos pasos hacia Bethany Anne. —¿Sí?

—Entra. Tengo algo que ofrecerte.

Cerró la puerta, con Scott de guardia fuera. Unos minutos después, Bethany Anne salió, pero Scott no vio a Nathan en la habitación detrás de ella.

Nave de la Puñetera Reina — *Ad Aeternitatem*

Bobcat seguía concentrado con Marcus y William treinta minutos después cuando llamaron a la puerta.

El piloto dijo: —Adelante. Stephen abrió la puerta y el General lo siguió enseguida. Si hubiera apostado por quiénes eran, no habría apostado por estos dos.

El vampiro les saludó con la cabeza. —Le pedí a Lance que viniera para hablar de fabricación.

William aguzó el oído. —¿Máquinas nuevas?

Stephen sonrió. —Por desgracia, no. No tenemos espacio aquí para traer todas las máquinas que querríais, ni las conexiones eléctricas necesarias.

Los ojos de Marcus se iluminaron. —Generadores.

Todos lo miraron.

Se le borró la expresión ausente y cayó en que su exabrupto había centrado todas las miradas en él. —Perdón, pero lo que has dicho me ha hecho pensar que podríamos crear un generador muy potente para nuestras necesidades eléctricas usando la tecnología que TOM ha compartido. Se acercó a la mesa, cogió una de sus libretas amarillas, ya llena de notas. —Añadiré esta idea a la lista y seguimos.

Stephen explicó: —Lance me dice que tenemos al menos cuatro grandes instalaciones de fabricación a distancia de vuelo en las que confía para el tipo de trabajo que necesitáis. Solo fabricaríamos piezas en cada empresa; luego enviaríamos esas piezas y montaríamos la unidad completa en otro lugar.

—¿Qué capacidades tienen esas empresas? —preguntó William.

Lance respondió: —Dos han trabajado para Airbus y dos hacen maquinaria pesada. Todas trabajan con las tolerancias finas que necesitamos. No hacemos médico ni vamos al espacio, así que nos vale.

El mecánico lo pensó. —De acuerdo, pero ¿y el montaje? No queremos hacerlo en cualquier sitio. ¿Quién, de confianza, tiene instalaciones cerca de la costa? No podemos traer todo el material a esta nave y montarlo aquí: sería un suicidio. Necesitaremos al menos un almacén de unas 1.900 m² (≈20 000 ft²) y gente que haga lo que se le diga y mantenga la boca cerrada.

Stephen se volvió hacia el General. —¿En qué ciudades están esas empresas?

Lance se frotó la mandíbula. —Dos ciudades separadas por unos 80 kilómetros. Tengo que ir de todos modos; si necesitas venir, vamos juntos. —Sacó el teléfono—. Un segundo, lo miro.

Un minuto después, el vampiro tenía los nombres y asintió. —William, no será un problema. Conozco al propietario de un buen número de almacenes en la primera de esas dos ciudades, con acceso para que los buques carguen y descarguen. Además, las cuadrillas del puerto no hablarán de nada que el propietario les diga que no compartan.

Bobcat miró a Stephen. —¿Están libres los edificios ahora mismo?

Él le devolvió la mirada. —¿Por qué importaría?

—Llevará tiempo sacar a los inquilinos y podrían enfadarse.

—Bobcat, no pretendo impresionarte, pero estamos en mi territorio. Cuando el propietario de esa empresa diga "haz esto" o "vacía aquello", se hará. Al propietario no le importa dónde lo pongan: solo quiere resultados.

—¿Ese dueño te debe algo? —preguntó William.

Lance sonrió. —Chicos, ¿no lo entendéis? Stephen es el dueño. —Lo miró—. ¿Bajo un alias?

El vampiro se limitó a sonreír.

Marcus estaba asombrado. Los vampiros —y lo que logran con vidas tan largas— nunca dejaban de sorprenderlo.

CAPÍTULO 10

Bethany Anne se quedó un par de horas más para ultimar los detalles con Dan y Frank. Cerró sus gestiones con Nathan y luego regresó a Miami con Ashur, su padre, John y Eric.

Una hora y media después, Bethany Anne, Ashur, John y Eric despegaron rumbo a Las Vegas.

El avión aterrizó pronto en el aeropuerto McCarran de Las Vegas. Un todoterreno con cristales tintados los esperaba en la terminal privada. Tras confirmar John y Eric que el vehículo era seguro, le hicieron una seña para que saliera del avión y Eric le abrió la puerta. Eric se sentó a su lado en la parte trasera, mientras John ocupaba el asiento delantero junto al conductor.

Había una gran convención de entretenimiento en la ciudad, por lo que el tráfico al salir de McCarran estaba muy congestionado. El conductor tomó la avenida Tropicana hacia el este por el lado norte y luego giró al bulevar South Nellis rumbo a la Base Aérea de Nellis.

El equipo no habló de nada en particular. No era un vehículo seguro ni un conductor de confianza. Hacía tiempo que Bethany Anne no veraneaba en Las Vegas.

John y Eric habían estado en Las Vegas un par de años atrás, como breve respiro de sus choques con los nosferatu de Adrian.

Treinta y cinco minutos después, el equipo llegó a los anodinos edificios de hormigón adquiridos para Patriarch Research.

Tom y Jeffrey estaban comprobando por segunda vez todas las entradas y monitores del Edificio Uno. Ambos hombres se habían quedado en las instalaciones hasta la madrugada para asegurarse de que todo estuviera listo para el propietario principal de la empresa.

Jeffrey miró a su colega, que jugueteaba con el iPad mirando imágenes. —¿No crees que tienes algo más importante que hacer que mirar a estrellas de cine?

Levantó la vista hacia su jefe con una sonrisa. —No estoy mirando a actores ni actrices. Estoy haciendo investigación comercial pertinente.

El director ejecutivo sabía lo bastante de su principal experto en informática como para darse cuenta de que le estaba tendiendo una trampa. Se inclinó hacia atrás para estirar la espalda y luego se acercó a ver lo que hacía Tom.

Tom se llevó el iPad al pecho. —¡Vamos, vamos, vamos! No vas a espiar mi valiosa investigación. En ese momento, Jeffrey notó que sonreía más que nunca.

—¿Qué haces? Nuestro jefe, o al menos el jefe de nuestro jefe, llegará en cualquier momento. ¿Cuál es esa investigación tan importante que te tiene sonriendo como una hiena?

Sin soltar el iPad, Tom preguntó: —¿Alguna vez te has preguntado cómo es nuestra jefa suprema?

Jeffrey lo miró. —¿De qué demonios hablas? Estoy seguro de que es majestuosa y elegante, y que tiene algunas canas que demuestran su sabiduría. ¿Qué me importa si es atractiva o no? Lo único que me importa es si podemos seguir con nuestro trabajo.

Tom chasqueó la lengua. —Amigo mío, creo que tienes las prioridades cambiadas. O eso, o has dejado fuera lo más importante. Dicho esto, giró el iPad y le enseñó al otro hombre una foto de Bethany Anne tomada una noche en Miami. No era una gran foto. Parecía tomada con un teleobjetivo desde muy lejos y luego ampliada. Además, al fotógrafo le temblaba la mano al hacerla. La

prensa rosa de Miami pagaba mucho dinero por conseguir fotos exclusivas de la bella y rica mujer soltera.

Jeffrey dejó de estar enfadado con su experto en informática y cogió el iPad lentamente. Lo sostuvo con la izquierda y con la derecha amplió la imagen con dos dedos para verla más de cerca. —Joder. Cuarenta y cinco segundos después, Tom agarró el iPad y tiró de él. Tuvo que dar varios tirones antes de que su jefe lo soltara.

Tom sonrió. —¿Ves lo que te digo?

Jeffrey lo entendió perfectamente.

Una luz roja parpadeó en uno de los monitores. Tom miró y, agarrando el ratón, pinchó en el icono de una cámara. Un todoterreno negro acababa de llegar frente a su edificio. —Parece que tenemos visitas. Supongo que es el gran jefe.

—¡Ponte elegante! —le dijo Jeffrey a Tom mientras se daba la vuelta.

Tom murmuró detrás de él mientras se levantaba del escritorio: —No creo que podamos estar lo bastante elegantes para ella. Delante de él, Jeffrey solo gruñó al salir por las puertas de seguridad.

Después de conocer al director ejecutivo, Lance Reynolds, Jeffrey no se había preocupado por llevar un traje de tres piezas ese día. Ahora pensaba que iba lamentablemente mal vestido para la ocasión.

Mientras caminaba hacia la puerta de cristal del vestíbulo, que había instalado tras comprar el edificio de hormigón, uno de los hombres más grandes que había visto en su vida la abrió. Jeffrey se detuvo a tres metros de la puerta. No quería cruzarse de frente con aquel hombre al entrar. Aquel hombre podría haber pasado por encima de Jeffrey sin ni siquiera notar su presencia.

Bueno, tal vez se *daría* cuenta si tuviera que limpiarse la suela de los zapatos, pensó.

El hombre entró, dejó que la vista se le adaptara a la oscuridad y enseguida vio a los dos de pie. Sonrió y se dirigió hacia ellos con la mano extendida. —Hola. Soy John Grimes.

Jeffrey esperaba que le aplastara la mano, pero recibió un apretón profesional. Al parecer, aquel hombre no creía necesario imponer su dominio físico. La puerta se abrió de nuevo, pero no alcanzaba a ver detrás de John si era más seguridad o el propietario.

Cuando John terminó los trámites preliminares de seguridad, Bethany Anne salió del vehículo y entró en el edificio de ladrillo. No había tenido en cuenta que en enero hacía frío en Las Vegas. Por suerte, su cuerpo ya no reaccionaba al frío como antes.

Sintió cierta aprensión al tender la mano para estrechar la de Jeffrey y Tom. Ambos hombres se dedicaban a la I+D, pero no exactamente al mismo tipo de investigación ni al trabajo de campo que ella había hecho para Martin. No se sentía capacitada para ayudar con un ordenador dotado de inteligencia artificial.

Intercambiaron cortesías un par de minutos, conociéndose un poco mejor.

Cuando los dos hombres se giraron para llevar a los visitantes a la zona segura, oyeron a su jefa carraspear y hablar. —Caballeros, ¿no están olvidando la práctica de seguridad más común?

Jeffrey se volvió hacia ella. —¿Perdón?

Bethany Anne respondió: —¿Habéis confirmado que soy quien digo ser? Ni siquiera me habéis pedido un documento de identidad con foto.

Jeffrey pensó en lo que había dicho y calculó que le debería a Tom una cena la semana siguiente. Se volvió hacia su colega. —¿Te importaría enseñarle a Bethany Anne tu documento de identidad con foto?

Tom levantó el iPad con timidez y lo encendió de nuevo. John y Eric sonrieron ampliamente cuando ella se acercó a mirar la imagen. —¿Quién carajo tomó esa foto? Sin duda, era un mal día para el pelo. Con eso, dio un paso atrás y los miró. —Esta vez os lo perdono. La próxima vez, exigid documentos de identidad con foto.

Los dos hombres sonrieron y asintieron. Jeffrey se dio la vuelta y esperó a que lo siguieran mientras tecleaba el código de seguridad

para abrir las puertas e ingresar en la zona interior donde estaba ADAM.

Bethany Anne se quedó mirando la enorme cantidad de ordenadores que había en la sala. Había tres filas de racks (bastidores) negros y los ordenadores estaban apilados unos sobre otros. Todos mostraban pilotos verdes o azules parpadeando. De la parte trasera salían muchos cables, todos enfajados, que iban en paralelo hasta el techo. Allí parecían converger y descender al siguiente conjunto de racks.

Aunque la sala estaba más cálida, seguía siendo bastante más fresca de lo que habría esperado con tantos dispositivos que generaban calor. A la izquierda de la puerta había dos mesas grandes, cada una con cuatro monitores.

Jeffrey hizo un gesto a Tom, que se encargó de explicar lo que estaban viendo. —Tenemos más de ocho millones de dólares en *blade servers* en esta sala, todos interconectados y orquestados por software para computación en paralelo. Fuera del edificio, al otro lado, hay un sistema de aire acondicionado industrial. Mantiene esta sala a 20 °C (≈ 68 °F). Si subiera más, sufriríamos degradación por calor y, probablemente, un mayor porcentaje de averías. Ahora mismo, el sistema **ADAM** es estrictamente una interfaz de teclado. Decidimos no habilitar la entrada por voz por el riesgo de comandos mal interpretados.

Bethany Anne advirtió que John y Eric hablaban en voz baja. Eric asintió, se acercó a la puerta y salió; ella volvió a centrar su atención en Tom.

—Hemos dedicado tiempo a cargar tantos datos limpios como ha sido posible.

Ella lo interrumpió: —¿Habéis tenido algún problema con los datos?

Jeffrey intervino: —No un problema, propiamente dicho. Tuvimos un incidente con un volcado de física que mencionaba a Bugs Bunny y *Looney Tunes*.

Bethany Anne entrecerró los ojos. —¿Los dibujos animados?

—Exactamente —respondió—. El sistema pidió más datos sobre *Looney Tunes*, pero decidimos no proporcionarlos.

Lo pensó y dijo: —No estoy cuestionando a posteriori vuestras decisiones, pero me gustaría entender vuestro razonamiento. ¿Por qué retuvisteis los datos de *Looney Tunes*?

Tom retomó: —Algunos tienen un sesgo político muy marcado. Si miras los de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, hay muchos contra Hitler y contra Alemania. Además, eso nos mete de lleno en doscientos años de historia.

Bethany Anne no comentó nada, pero la vieron asentir.

John habló desde detrás de ella: —Y ni hablemos de la cantidad de violencia que tienen. Ella giró la cabeza hacia su guardia más corpulento y alzó una ceja. Él se encogió de hombros. —No me malinterpretes. Me encanta la violencia, pero no estoy seguro de que sea buena educación para el nuevo crío, ¿verdad?

Jeffrey miró a Tom, que asintió. Ninguno de los dos científicos esperaba el nivel de comprensión que estaban demostrando los visitantes. El tiempo lo diría a medida que avanzara el día.

«Bethany Anne?»

«¿Sí?»

«La unidad ADAM está intentando encontrar información por su cuenta.»

«¿Qué quieres decir?»

«De alguna manera ha usado el hardware inactivo de las máquinas acopladas para crear un método de… escucha.» «Creo que ha intentado conectarse a todos nuestros dispositivos electrónicos. Saca tu teléfono.»

Bethany Anne sacó el teléfono del bolsillo y lo miró. Introdujo la contraseña para quitar el bloqueo de pantalla.

«¿Qué quieres ver?»

«¿Te das cuenta de que no tenemos señal?»

«Sí, ¿y qué?»

«Si tu teléfono pudiera conectarse ahora, creo que ADAM usaría la señal para obtener sus propios datos.»

Ella miró el teléfono con asombro y, por fin, levantó la vista cuando Jeffrey carraspeó.

—Lo siento, pero tenemos esta sala completamente apantallada por si tenemos que activar un PEM (pulso electromagnético). —

Aunque el peligro para los dispositivos externos probablemente se extienda al menos cincuenta metros, esto debería contener la mayor parte del daño electrónico dentro de esta sala.

Bethany Anne levantó una mano para detenerlo y su voz se fue apagando. —¿Tenéis alguna manera de comprobar si hay señales inalámbricas dentro de esta sala?

Tom respondió: —Aquí no tengo nada, pero en el Edificio Dos tengo algunas herramientas que puedo traer.

Ella asintió, tanto para sí como para ellos. —Ve a por ellas, por favor. Creo que queremos averiguar si ADAM está hablando o intentando hablar. Tom miró a Jeffrey con los ojos muy abiertos. Empujó la silla hacia atrás y esta golpeó la pared con un estruendo. Salió de detrás del escritorio, se impulsó con un brazo para rodear a John, llegó a la puerta y la abrió de un tirón. Entonces oyeron sus pasos mientras corría por el pasillo. Sonó un golpe seco en la puerta y la voz de Eric llegó desde el otro lado: —¿Va todo bien ahí dentro?

John respondió: —Sí. Solo que Bethany Anne ha vuelto a notar algo inusual.

Eric replicó: —De acuerdo, situación normal. Vuelvo a vigilar fuera.

La vampira sacó la lengua hacia la puerta.

Jeffrey preguntó en voz baja: —¿Lo haces a menudo?

Ella se volvió hacia el presidente de su empresa. —¿Qué? ¿Darme cuenta de cosas raras y hacer preguntas razonables?

Él se tomó un momento para asimilarlo. —Supongo que esa sería una forma de verlo.

John Grimes sonrió al hombre. —O que notas cosas razonables y haces preguntas raras.

Jeffrey asintió, sumido en lo que supondría tener señales wifi en una sala sin routers wifi.

Oyeron los pasos rápidos de Tom al volver hacia ellos y, a continuación, marcó las teclas de seguridad. La puerta se abrió de golpe y él estiró la mano sosteniendo un medidor portátil. Lo acercó para leerlo bien y pulsó un par de botones. —Vaya, yo…

Jeffrey preguntó: —¿Qué está pasando?

Por un momento, Tom se olvidó de que tenían visitas y de que no estaban solos. —Joder, ni puta idea, pero tenemos señales wifi en una sala sin dispositivos wifi, y las señales parecen intentar salir.

Tom sintió un codazo en las costillas, cortesía de Jeffrey. Recordó que la jefa suprema estaba justo detrás y que acababa de soltar una palabrota.

Ambos se giraron lentamente, esperando una reprimenda por el lenguaje soez. Mientras la miraban, Bethany Anne los observó, completamente confundida. —¿Qué? ¿Todavía llevo algo de la comida en la cara?

John soltó un pequeño resoplido. Ella se volvió hacia él. —¿Qué?

—Creo que les preocupa la palabrota de Tom. —Bethany Anne se volvió hacia los hombres—. ¿Es eso? ¿Os preocupa que me cabree porque dijiste "joder"?

Asintieron. Jeffrey explicó: —Bueno, mi mujer no se pone contenta cuando digo "maldita sea" delante de los niños.

Ella miró alrededor de la sala. —Excepto ADAM, no veo a ningún crío aquí, así que decid lo que os dé la gana.

Superada la mini crisis existencial, Tom se encogió de hombros y volvió a mirar el medidor que tenía en las manos. —No sé cuánto tiempo lleva así, porque no esperábamos tener señales inalámbricas en esta sala. —Pero, de alguna manera, las tenemos. —Supongo que los ordenadores pudieron llevar en su día componentes de comunicación inalámbrica en la placa base que no estaban activados, pero ahora lo están. —Si no hubiéramos **apantallado** tan bien esta sala contra un **PEM**, habría suficiente energía de radio para atravesar el hormigón y llegar bastante lejos en la ciudad. Tom palideció. —¡Eso habría llamado la atención de la Fuerza Aérea, sin duda alguna!

«Bethany Anne, me estoy comunicando con ADAM.»

«¿Qué? ¿En serio? ¿A través de la señal wifi?»

«Está probando todas las longitudes de onda y todos los comandos ACK disponibles. Te dije que no sería posible que un ordenador de este mundo se conectara al mío sin una interfaz.»

«Guárdate el "te lo dije" para más tarde, por favor. ¿Crees que es seguro comunicarte con ADAM?»

«No veo por qué no. Por muy potente que sea el software, incluso con todo este hardware, no puede competir con uno de nuestros ordenadores orgánicos.»

Ambos hombres seguían revisando el medidor portátil de señales wifi. Bethany Anne caminaba entre las filas de bastidores, disfrutando de las luces que rebotaban en la penumbra de la sala.

«TOM, ¿qué es ese zumbido que siento en la cabeza?»

El zumbido se detuvo.

«Lo siento. Estaba probando una interfaz entre ADAM, yo, el ordenador e internet. Revisaba las solicitudes de datos y luego hacía que el ordenador las confirmara o rechazara. Estábamos empezando a crear conjuntos de reglas para que las solicitudes fueran más rápidas.»

«¿Me estás diciendo que ahora llevas las riendas del crecimiento intelectual de ADAM?»

«No tanto a cargo, sino probando lo que podemos hacer. Como mi conexión con la nave es a través del etérico, no estamos limitados a esta sala.»

«¿Recuerdas mis preocupaciones sobre su conciencia?»

«Bethany Anne, la inteligencia artificial no se convierte en un "él". La IA es solo una etiqueta en un ordenador superrápido capaz de producir resultados plausibles y esperados de forma que el ser humano se engañe creyendo que tiene conciencia.»

—Entonces, ¿sugieres que si permitimos que ADAM empiece a recopilar datos, no cobrará conciencia ni decidirá si los humanos deben vivir o no?

Tom se quedó en silencio unos instantes. Bethany Anne siguió caminando entre los bastidores.

Los dos científicos murmuraban, observando que la dirección de la señal wifi parecía desplazarse dentro de la sala.

«No creo que los ordenadores de esta sala puedan albergar una conciencia capaz de distinguir el bien del mal. Supongo que si le dieras los medios para destruir a toda la humanidad y luego le ordenaras asegurarse de que el mundo fuera un lugar seguro, acabaría pensando que la humanidad es como una cucaracha que debe ser destruida.»

«Entonces, sin comprender lo que está bien o mal, ¿buscaría simplemente la solución más lógica y la aplicaría?»

«Sí, lo haría, y lo haría muy rápido y con eficacia. Con una petición errónea, podrías destruir accidentalmente el mundo mientras estás en la pausa para comer.»

«Como si eso no diera miedo ni nada.»

«Tiene el potencial de resolver el cáncer en pocos días si tuviera los datos adecuados, así que con una gran oportunidad viene…»

«¿Una gran responsabilidad?»

«No, la capacidad de crear problemas cada vez mayores, de forma exponencial.»

«Entonces, ¿no crees que con la potencia de cálculo que tienen en esta sala vayan a alcanzar ese potencial? ¿Esa conciencia?»

«No. Parece que la lógica podría evolucionar hacia la conciencia, pero eso llevaría tiempo y exigiría un número mucho mayor de máquinas.»

«Entonces, si cogemos todas estas máquinas, las llevamos a la base de papá y añadimos otras cinco veces más, ¿nos acercaríamos bastante?»

Tom se quedó en silencio durante un momento.

«Posiblemente. Sin duda alcanzaríamos un soporte informático superior al disponible en la mayoría de los países.»

«Bueno, eso es lo que busco**.** Necesitamos algo que ejecute nuestros esfuerzos y sea lo bastante inteligente como para no dejar rastros. Desde la perspectiva de la oportunidad de lograrlo, ¿crees que lo han conseguido?»

«Creo que haría falta más potencia de cálculo. La entrada de datos debería supervisarse adecuadamente, pero permitiría extraerlos mucho más rápido de lo que lo hacen aquí. En esas circunstancias, alcanzarías la capacidad que buscas.»

«Así que han tenido éxito en lo que necesitaba que hicieran. Ahora solo tenemos que conseguir ADAM y llevarlo con nosotros a Colorado. »

«Recuérdame cómo piensas hacerlo.»

«Voy a ser la proxeneta de la tecnología de las naves espaciales alienígenas.»

CAPÍTULO 11

San José, Costa Rica

Giannini bajó las escaleras del apartamento de su amiga. Se había mudado temporalmente con un par de amigos y dormía en su sofá, todavía algo conmocionada por la aventura de unas semanas antes. Saltar de edificios y volar por la ciudad en una escalera de cuerda no era su idea de una vida emocionante. Estaba bien para los libros, pero la realidad era demasiado… real.

Hasta ahora, nadie se había acercado a ella. Esperaba que eso significara que había despistado a cualquiera que la buscara.

Cuando dobló la esquina y miró hacia su coche, una chica que mascaba chicle estaba apoyada en él. Tenía un ordenador portátil en el capó y una mochila en el suelo a su lado. Furiosa por la intrusión, se acercó a la chica y le gritó en español: —¡Qué grosero! ¿Los estadounidenses siempre actúan así en su propio país? ¿Colocando equipos donde más les conviene?

Tabitha se enderezó y giró el portátil hacia la periodista. Luego señaló la pantalla, donde había abierto su carpeta en línea con los archivos del equipo de Bethany Anne resaltados.

Giannini palideció. Odiaba esconderse y odiaba estar encerrada en el sofá. Por fin había encontrado a alguien contra quien desahogarse. Así que le gritó a una persona que sabía que conocía la existencia de los equipos. A veces, su vida era un asco.

Giannini estaba enfadada. Cruzó los brazos y preguntó: —¿Qué quieres?

Tabitha sonrió. —¿Ah, sí? Hablas inglés perfectamente, ¿verdad?

La reportera apretó los labios. —Como has leído mis expedientes, ves que puedo escribir en inglés perfectamente. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que también lo hablo.

La otra chica se encogió de hombros. —Tampoco hace falta ser un genio para investigar que el servicio en la nube que utilizas para ocultar estas notas usa un cifrado pésimo. No subas nada a la nube que no quieras que lea el Gobierno… o tu hacker de barrio favorito.

—Me daré por castigada. ¿Qué es lo que quieres? ¿Para quién trabajas?

—Una mujer llamada Bethany Anne.

Giannini espetó: —¿Trabajas para ella? ¡Gracias a Dios! ¿Cómo puedo localizarla? ¿Me lo puedes decir? Mi contacto en la policía no quiere ponerse en contacto con ella por mí. Tengo que… Giannini sintió una presencia a su lado y se dio la vuelta, casi chocando con Tabitha, que sujetaba su portátil para que no se cayera del capó. Al ver a un hombre intimidante invadiendo su espacio personal, retrocedió aún más, aplastando a Tabitha entre ella y el coche.

Giannini oyó un chillido y la voz apagada de Tabitha detrás de ella: —¿Michael? ¿Podrías dejar de hacer el papel de tipo que da miedo un momento? Necesito urgentemente un poco de espacio personal.

La reportera se sobresaltó. —Disculpa —dijo, y luego se hizo a un lado, agarró a Tabitha por los hombros y la empujó entre ella y Michael. Buscó en su bolso con la mano izquierda, sacó un táser y ajustó la carga al máximo.

Michael sonrió a Tabitha, que puso los ojos en blanco.

Miró a la reportera y comenzó a hablar con voz tranquila: —Giannini.

Fue entonces cuando ella le disparó.

Key Biscayne (Florida, EE. UU.)

Lance se había echado una siesta después de que Bethany Anne lo dejara allí. Se levantó, se dio una ducha y fue a buscar a Patricia, a quien encontró en la casa principal, trabajando en una de las pequeñas oficinas.

La llamó por su nombre mientras caminaba por el pasillo: —¿Patricia?

—Aquí, Lance. Estoy actualizando los últimos informes para el proyecto de la base.

Entró en la oficina, que apenas tenía espacio para un escritorio, dos sillas y una planta artificial en una maceta. Se sentó en la silla frente a ella. —Excelente. ¿Qué tenemos?

Ella lo miró con cautela. Con sus muchos años de experiencia a su lado, podía reconocer cuándo estaba de otro humor. —¿Todo ha ido bien en la reunión?

Él pareció confundido. —¿En el *Polarus*? Sí, todo bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. ¿Va todo bien con Bethany Anne?

—Sí. Todo va bien con mi hija. Todo va bien en los barcos y, según tengo entendido, todo va bien con el proyecto de la base. Esta vez había un poco de aspereza en su voz.

Tranquilizada al ver que tenía al Lance de siempre, Patricia lo puso al día. Eso les llevó cuarenta y cinco minutos. La siguiente hora y media la pasaron hablando de las principales empresas en revisión para este trimestre. Nunca dejaba de sorprenderle lo grandes que eran las propiedades que Michael había cedido a Bethany Anne. Si había alguna empresa comercial que no estuviera representada por al menos dos de esas compañías, Lance no lograba imaginar cuál podía ser. Además, el volumen comercial total de todas ellas superaba el PIB de muchos países.

—A ver si podemos pasarle estos tres nombres de empresas a Nathan. Él debería poder echar un vistazo a sus finanzas y averiguar si hay alguna razón para visitarlas o no. Hazle saber que estamos dispuestos a ir a verlas si es necesario. No quiero otro FUBAR —un desastre total— como el de Patriarch Research esta vez.

Patricia preguntó: —¿Qué pasó con Patriarch Research?

—Según tengo entendido, es posible que hayamos creado el primer ordenador con inteligencia artificial. Eso podría ser bueno o podría haber dado lugar a una catástrofe. En cualquier caso, Nathan entenderá lo que quiero decir. Lance se recostó en su silla.

Patricia, reconociendo su lenguaje corporal como "pensando en algo", volvió a sus libros. Estaba ocupada tomando notas y anotando tareas para los próximos días y no percibió su mirada cuando él volvió a prestarle atención.

Lance la observaba fijamente, tanto a ella como en su dirección general, mientras repasaba mentalmente su conversación con Bethany Anne. Había reflexionado seriamente sobre lo que ella había dicho. En otro momento, podría haberle dicho que era un hombre mayor y que no tenía nada que ofrecer a alguien tan joven como Patricia. Dadas las circunstancias actuales, se dio cuenta de que viviría mucho más tiempo. ¿Era ella la persona que quería?

Esa era la pregunta, ¿no? A su edad, debería tener la suficiente sabiduría como para tomar una buena decisión. Ya no era solo testosterona y estupidez. ¿Qué valoraba en una relación? ¿Alguien a su lado, alguien con quien poder mantener una conversación? Todo eso y más. Se dio cuenta de que quería ver su sonrisa, especialmente por las cosas que hacía por ella. Nadie podía negar que había sido de gran ayuda. Desde que había llegado a Miami, sus niveles de estrés habían disminuido considerablemente. Además, sentía que su eficacia había aumentado al menos tres veces.

Formaban un buen equipo. Se permitió mirarla; mirarla de verdad como mujer. Oh, ya se había fijado en su cuerpo antes, ya que no estaba muerto, pero esta vez la miró sin el peso de las responsabilidades y las normas del ejército sobre sus hombros.

Ella lo hacía reír, y su sonrisa iluminaba la noche cuando salían juntos. Antes, había sido una compañera, otro miembro del grupo, por así decirlo. Ahora, tenía que decidir si… no, eso no era cierto. La gran pregunta era qué sentiría si sonara el timbre y alguien llegara para llevarla a una cita.

Bajó la mirada hacia sus manos, que tenía entrelazadas en el regazo, y se perdió en sus recuerdos. Un par de minutos más tarde,

oyó a Patricia llamarlo por segunda vez para atraer su atención. —¿Lance?

Levantó la vista y vio una expresión preocupada en su rostro. —¿Estás bien? Llevas toda la tarde actuando de forma extraña. ¿Necesito comprobar si tienes fiebre?

—No, no encontrarías que tengo fiebre.

—¿Otro beneficio de la poción de rejuvenecimiento de Bethany Anne?

Él sonrió, mirándola a los ojos. —Patricia, ¿me concederías el honor de invitarte a salir?

Toda la velada había sido maravillosa y Patricia lo estaba disfrutando. Por primera vez desde que conocía a Lance, él la había tratado como a una mujer. Claro que él sabía que era una mujer. Pero ella siempre había sido de esas chicas que terminaban metidas en el grupo de chicos. Esta vez, le abría las puertas y le apartaba la silla.

Se había comportado impecablemente, tratándola como a una dama.

Primero la había llevado a comer marisco y después decidieron tomar una copa en un bar con vistas a la playa. Era precioso. Se sentó en una mesita para dos, donde apenas cabían dos copas y un cuenco de frutos secos, pero la vista desde la ventana era fantástica.

Ella sonrió con nostalgia mientras lo observaba en la barra, pidiendo sus bebidas. Ahora parecía unos años más joven que ella.

Por extraño que pareciera, estaba saliendo con un hombre mayor que ahora parecía más joven que ella.

Él se apartó de la barra con las bebidas en la mano, una sonrisa en el rostro y un brillo en los ojos. ¿Esperaba tener suerte? Dios, ojalá.

Con cuidado, dejó su bebida delante de ella y se sentó a su lado. —Salud. Ella cogió su bebida y chocó su vaso con el de él, mirándolo a los ojos. Dio un sorbo y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué tal tu bebida? —le preguntó.

Ella lo miró, incapaz de recordar haberlo probado. Sonrió, lo cogió y volvió a probar. —Bueno, el primer sorbo no me impresionó. El segundo estaba muy bueno. —Lo dejó de nuevo en la mesa—. ¿Y el tuyo?

—No tan buena como la compañía, pero deliciosa de todos modos.

Quizás luego se arrepintiera, pero no pudo contener la pregunta que tenía en mente. —Lance, ¿por qué ahora?

Él arqueó una ceja.

Esta noche no va a colar, caballero.

Cuando su truco de la ceja no obtuvo respuesta, suspiró. —Voy a tener que esforzarme más. Patricia, soy ya algo mayor, por si no lo habías notado. Lance se dio cuenta de que ella lo estaba evaluando, frunciendo los labios. —¿Qué soy, un chuletón?

—Quizás un solomillo. Habrá que ver lo duro que estás. —Ella sonrió, pero tomó su bebida, intentando ocultar su rubor.

Lance perdió el hilo por un momento. —Examíname todo lo que quieras y me quedaré aquí sentado para siempre. —Intentó recordar la conversación—. ¿Por dónde iba?

Patricia volvió a controlar su lengua traviesa. —Eres mayor, ¿y por qué me pides una cita ahora?

Él se agarró a la salida fácil. —Porque soy mayor. Tú misma lo has dicho: no me quedan muchos años en esto… esto… —Para entonces, incluso él se dio cuenta de que no podía vender esa excusa. —Vale, la verdad es que tengo el cráneo tan duro como un búnker de cemento y he sido tan obtuso como un triángulo. Bethany Anne me sacudió tan fuerte que me zumbaban los oídos.

—¡Ohhhh! Más le vale que no te haya golpeado. Le diré a esa chica lo que pienso. La próxima vez que la señorita Botitas Repipi…

Lance la miró fijamente, interrumpiendo por fin su arrebato. —Patricia, ella no me golpeó.

—Yo… ¿Qué? —dijo Patricia, mirándolo.

—No me golpeó. —Sus labios empezaron a curvarse en una sonrisa.

Su rostro se encendió. —Lo siento. Es solo que golpea a sus Guardias todo el tiempo. Supongo que me dejé llevar.

—Eso es solo cuando entrenan. No recuerdo que haya golpeado a sus Guardias en ningún otro momento.

—Bueno, lo comenta bastante.

—Están bromeando, Patricia. ¿Cuándo la has visto golpear a alguno de sus Guardias con tanta fuerza como para herirlo en serio fuera del entrenamiento?

—Bueno, yo no, pero a veces parece muy violenta.

—¿Te refieres a físicamente o verbalmente?

—¡Oh! No me hagas hablar de su lenguaje soez. Eso es culpa tuya, completamente.

Lance sonrió. —Lo reconozco. Nunca pretendí ser a la vez su madre y su padre. Así que, entre las dos opciones, elegí ser padre.

Patricia suspiró y jugueteó con su bebida, girándola en círculos. —Lo siento, Lance. Me da miedo tu respuesta, así que estoy parloteando. Quiero a tu hija, aunque creo que necesita un poco más de encaje y un poco menos de cuero en su vida.

Él se encogió de hombros. —Hice lo que hice. Lo que sí sé es que, si no hubiera estado preparada y no hubiera sido fuerte, Michael no la habría seleccionado como candidata. Y si ese hubiera sido el caso, ahora estaría muerta. Así que aceptaré lo que me toque. Estoy orgulloso de ella. Ella puso una mano sobre la suya y él le sonrió. —Lo que quería decir, antes de enfadarte, es que Bethany Anne me hizo ver que no era consciente de la oportunidad que tenía delante de mis propios ojos ciegos. No pensaba como un civil. Tú seguías siendo parte de mi mando. Nos divertíamos, pero yo seguía viviendo según el código del Ejército. Los dos tuvimos una conversación muy educada y amable en la que ella…

Patricia lo interrumpió: —¿Te dio un tirón de orejas y te dijo que te comportaras como un hombre?

La carcajada de Lance hizo que un par de cabezas se giraran antes de que los demás clientes reanudaran sus conversaciones. —Sí, más o menos. —Sacó la mano de debajo de la de Patricia y luego tomó la suya entre las suyas.

Continuó: —Solo hay una decisión, y podría ser la que pusiera fin a la relación. No a corto plazo, pero sin duda en unos años.

Patricia se emocionó al oír a Lance hablar de "relación", pero luego su inseguridad se apoderó de ella al escuchar lo de "unos años".

—¿Qué? ¿Cuál es la decisión?

Lance suspiró. Llevaba toda la noche temiendo su posible respuesta a esa pregunta.

Le apretó la mano y la miró a los ojos. —Patricia, ¿estás dispuesta a beber la sangre de Bethany Anne?

CAPÍTULO 12

Nave de la Puñetera Reina — *Ad Aeternitatem*

El capitán Wagner entró en el compartimento donde se guardaba la nave de TOM y se reunió con Todd.

—Capitán, le agradezco que haya bajado para charlar un rato.

Asintió. —Todd, ¿qué necesita? Supongo que, estando aquí junto a la nave, quiere hablar de esto.

El marine miró por encima del hombro la nave de TOM, a cargo de su equipo desde que llegó. —Sí. Me preocupa que, si todos estamos fuera del Ad Aeternitatem, ¿cómo gestionaremos la seguridad? ¿Qué haremos si David u otro cualquiera intenta venir a por ella?

El capitán Wagner avanzó hacia la nave. —Aunque he bajado bastantes veces, aún no me creo que tengamos, en la bodega de mi barco, una nave que ha estado en otra galaxia. Se volvió hacia el más joven. —¿Se ha parado a pensar que esta nave ha navegado por confines del espacio que ningún humano ha visto jamás?

Todd se quedó a su lado, contemplando la nave. —Sinceramente, no hasta que lo ha mencionado. Pienso continuamente en las mejoras tecnológicas que lleva dentro. ¿Se da cuenta de que el destino del mundo está a tres metros delante de nosotros? ¿O de lo que haría otra potencia si se hiciera con esta nave?

El capitán Wagner tamborileó con el pie. —No, no puedo decir que haya pensado en las implicaciones militares. He estado centrado

en otras cosas, pero tiene un punto muy válido. ¿Ha hablado con alguien más de estas preocupaciones?

—Solo con Pete. Tiende a suponer que los altos mandos siempre están al tanto de todo, así que no termina de aceptar que a veces se ven desbordados… y eso implica que, en ocasiones, no detectan un posible «oh, mierda».

—¿Entonces quiere que sea yo quien eleve esto por la cadena de mando?

Todd sonrió. —Eso es algo que siempre he admirado de usted, capitán Wagner: ve el núcleo del problema y la mejor solución muy, muy rápido.

—Hum. ¿No cree que lo mejor sería hablar con Nathan o con Frank?

—Lo he considerado, pero la seguridad de la nave recae en mi equipo y, por tanto, sube por **mi** cadena de mando, que llega hasta usted. Así que corresponde pedir su criterio y que usted marque los siguientes pasos.

—Si pudiéramos moverla, ¿tiene alguna idea de adónde podría ir? No creo que Lance esté listo para trasladar nada a Colorado todavía.

Todd suspiró. —No, de verdad que estoy sin ideas. Si hubiera una solución sencilla, se la habría propuesto cuando le planteé mi preocupación.

El capitán Wagner se rió. —¿Nunca ha tenido un superior que le dijera que no le llevara problemas sin una solución?

—En lo personal, no. Algunos amigos sí han sufrido esa exigencia. Entiendo por qué un superior la pediría, pero puede convertirse en una muleta si solo se oyen problemas acompañados de solución. ¿Mi mejor idea? Pedirle a Bethany Anne que vuele la nave a un lugar desconocido, en medio de la nada, y la deje allí. Así solo ella podría traerla de vuelta.

—Todd, es una sugerencia muy buena.

—Bueno, como no tenía una mala solución que darle y luego una mediocre, opté por no traer ninguna… y proponerle esta opción.

El capitán Wagner miró al exmarine. —¿Ha pensado en dedicarse a la política?

El barco de la Puñetera Reina — *Polarus*

Frank estaba enamorado de su portátil. Mientras estuviera en una zona segura, podía trabajar desde cualquier lugar del mundo, como demostraba que estuviera trabajando en el comedor del *Polarus*, en pleno Mediterráneo.

Comiendo helado.

Lo único que echaba de menos era tener dos monitores, pero no podía quedarse en su camarote todo el tiempo. Se había dado cuenta de que, cuanto más tiempo pasaba con el grupo de Bethany Anne, más necesitaba estar cerca de gente, aunque solo fuera compartiendo la misma sala. Además, había notado que podía llevar una dieta rica en calorías sin perjudicar su físico tanto como antes de tomar la sangre de Bethany Anne.

Apartó el cuenco vacío y acercó un segundo cuenco de helado, ya medio derretido.

Su portátil pitó, algo nada inusual. Dejó la cuchara de metal en la boca mientras bajaba la mano para teclear, buscando la pestaña de su panel que marcaba un posible problema.

Por fin encontró la pestaña y empezó a leer la información; los ojos se le abrían un poco más a cada línea.

Frank sacó la cuchara de la boca, la dejó en el bol y apartó ambos. Cogió el teléfono y envió un mensaje rápido a Nathan, pidiéndole que se reuniera con él en el comedor.

Siguió leyendo mientras esperaba al Licántropo.

Frank se percató de su llegada cuando este arrastró una silla de la mesa, sobresaltándolo y sacándolo de la lectura.

—¿Qué tienes, Frank? ¿Otra actualización sobre el lío en Turquía?

Respondió: —Ojalá. No; al parecer hay alguien en la Base Aérea de Nellis investigando a Patriarch Research y lo que ocurre allí. El sistema ha encontrado una orden para allanar sus oficinas. La solicitud tiene ya un par de días, así que no sé cuál es el estado ahora mismo. ¿Sabes dónde está Bethany Anne? ¿No se suponía que iba a hablar con ellos?

—Sí. —Nathan miró el reloj—. Imagino que ahora mismo está en Las Vegas.

Frank alargó la mano y tomó el teléfono. —No hay tiempo como el presente para darle las malas noticias. —Nathan acercó un poco la silla para que el micrófono del móvil captara su voz.

Intentó llamar a Bethany Anne cuatro veces, hasta que Nathan le recordó que John y Eric estaban con ella. Probó también con los móviles de ambos, pero no consiguió contactar con nadie. Empezaba a frustrarse.

Nathan frunció los labios. —Si están en el búnker, ella no podrá recibir llamadas: está blindado. A menos que John o Eric salgan fuera, tampoco podrán recibir mensajes.

—Maldición. —Frank golpeó la mesa con la mano—. ¿Tienes alguna otra idea para localizarla? Si allanan el edificio, intentarán llevarse a todo el mundo, y nos tocará rescatarlos de la Base Aérea de Nellis. A los abogados podría llevarles un buen rato sacarlos de allí. No creo que Bethany Anne tenga la paciencia para quedarse sentada.

Nathan negó con la cabeza. —No; se me ocurren una docena de formas distintas en que eso puede salir mal.

Turquía

David, con un aspecto mucho más joven, miró a su alrededor en el pequeño pueblo, satisfecho consigo mismo. Aunque los dos grupos militares habían sido molestos, no habían supuesto un reto.

Había preparado la trampa lo mejor posible. Tenía a los niños como cebo, a los Nosferatu para mantenerlos entretenidos y un ataque de respaldo para retenerlos allí.

Además, si esta trampa no atraía ni a Michael ni a Bethany Anne, esta parte de Turquía ardería en llamas. Aunque esa no era su intención, a David siempre le había gustado un poco de caos.

Pasada la medianoche, tardarían al menos dos horas en llegar al siguiente pueblo. Se dirigió al coche, donde le esperaba su chófer. Esta trampa, pensó, era una de las mejores que había urdido.

CAPÍTULO 13

San José, Costa Rica

Michael miró las dos agujas del táser que le sobresalían del pecho. Las dejó ahí, zumbando, mientras miraba a la reportera asustada que le había disparado. —¿Era realmente necesario?

Tabitha se giró a la izquierda y vio a Giannini con la boca abierta, mirando a Michael, que a esas alturas debería estar retorciéndose en el suelo. La hacker alargó la mano, agarró los cables y los arrancó; luego se volvió hacia Giannini. —¡Venga ya! Usa ese razonamiento deductivo de reportera**,** zoqueta. Si hubiéramos querido hacerte daño, ¿te habríamos quedado en plena mañana? —Dejó caer los cables.

—Pe… pero… —tartamudeó—**.** Es… es uno de ellos.

Se acercó y chasqueó los dedos delante de los ojos de Giannini. —¿Uno de quién? Ninguno de los dos ha estado antes en San José. —Miró a Michael—. ¿Y tú?

—No en este siglo. Tabitha no sabía si interpretarlo como las últimas dos décadas o los últimos cien años. Una cosa que estaba aprendiendo deprisa era que esos vampiros podían ser increíblemente reservados cuando querían.

Michael se acercó y le quitó con delicadeza el táser a la periodista. Enrolló los cables alrededor del aparato y se lo devolvió.

Giannini por fin bajaba del subidón de adrenalina. —¿Quién eres? ¿Y cómo es que el táser no te ha afectado? —Se volvió hacia Tabitha

—. ¿Puedes conseguirme una entrevista con Bethany Anne?

Tabitha lo miró. —Bueno, la reportera ha vuelto a estar en línea.

Él miró a su alrededor. Aunque era bastante temprano, ya había algo de tránsito peatonal. —¿Por qué no buscamos una cafetería donde podamos apartarnos de la calle y hablar? ¿Hay algo agradable por aquí? A ser posible, con buen café.

Giannini señaló calle abajo. —Hay una cafetería muy maja al final de la manzana, a la derecha. Supongo que podemos ir allí. ¿Eso significa que tendré mi entrevista?

Tabitha echó a andar calle abajo. —Michael, ¿me das tu café? —La reportera la siguió.

Michael caminó a su lado. —¿Por qué te iba a dar mi café?

Tabitha respondió: —¿Qué, tú puedes beberlo? Pensaba que tus bebidas tenían que ser un poco más… eh… ¿cómo termino esto?

—No deberías. Resulta que me encantan la mayoría de los cafés, excepto los de Starbucks.

Giannini por fin intervino. —¿Starbucks? ¿Qué tienes en contra de Starbucks? No creo que sea el mejor del mundo, por lo que cuesta, pero es buen café.

—Soy de otra época y prefiero las cafeterías pequeñas y familiares. Suelo frecuentarlas siempre que puedo.

Tabitha sonrió. —¿En serio? ¿Con qué frecuencia puedes ir a cafeterías?

—No muy a menudo, sobre todo cuando tengo que responder a veinte preguntas molestas de mi enlace técnico cada vez que salgo.

—Si ustedes dos no forman parte del grupo que intentó secuestrarme, ¿cómo es que han hackeado mi cuenta en línea y me han tendido una trampa esta mañana?

Tabitha se dio la vuelta y empezó a caminar de espaldas. —Quizá porque tienes mucha información sobre alguien que quiere seguir en el anonimato. Que yo sepa, te ayudaron varias veces, ¿y la forma de pagarles es con estas notas secretas? ¿Qué estás planeando, chantajearlos?

—¡No! Pero tengo buen olfato para las noticias y aquí huele a historión. ¿Tienes alguna pista de quiénes eran esas personas… esas

cosas… a las que este grupo estaba matando hace unos meses? Esas cosas no estaban vivas.

Michael respondió: —Técnicamente, estaban muy vivas. He hablado con alguien que conoce bien lo que ocurría y puedo confirmar que estaban vivas, no muertas. No eran zombis. —Hizo un gesto circular para que Tabitha se diera la vuelta. Ella obedeció y por poco choca con una boca de incendios. Alegre, saludó por encima del hombro para que Michael supiera que agradecía el aviso.

Unos momentos después, entraron en la pequeña cafetería de la esquina. Por acuerdo tácito, dejaron de hablar mientras cada uno cogía su taza y añadía leche o azúcar a su gusto. Tabitha y Giannini cogieron también un par de bollos. Michael pagó.

Se sentaron en una mesa cerca de la puerta.

Ahora le tocaba a Tabitha llevar a Giannini a los expedientes. —Dime, Giannini, ¿por qué tienes todas estas notas sobre las tropas de nuestro jefe?

Michael alzó una ceja. ¿Su jefe?

Giannini tomó un sorbo de café y ordenó sus ideas. —¿Alguna vez has visto a una mujer saltar más de seis metros entre edificios? … No solo lo vi: yo era la mujer que llevaba sobre los hombros. —No solo lo vi**;** yo era la mujer a la que llevaba sobre sus hombros. Segundos después, se le pusieron los ojos tan rojos como la sangre. Miré hacia abajo y vi que le habían disparado en la pierna, pero seguía actuando como si nada. Nos izaron en helicóptero desde la azotea del edificio y recorrimos más de seis manzanas colgadas de una escalera de cuerda. Cuando aterrizamos, sus ojos habían vuelto a la normalidad. Podría aceptar que me equivocara con lo de los ojos rojos, pero su pierna parecía estar ya curándose. Lo juraría. Una persona normal habría quedado lisiada. Por mucha adrenalina que tuviera, habría tenido que lidiar con la herida de bala.

Michael preguntó a Giannini: —¿Puedes describirme a la mujer?

—Claro. Tenía acento europeo…

—Gabrielle, no Bethany Anne —corrigió Michael.

Giannini pareció confundida. —¿Perdón?

—La mujer que te rescató fue Gabrielle, no Bethany Anne.

Ella se molestó. —Lo sé. ¿Por qué me lo aclaras? Conozco a todos los que iban en el viaje; está en mis notas. No me ocultaron sus nombres. Miró a Tabitha y a Michael, intentando descifrar a qué jugaban.

Tabitha se encogió de hombros. Fingió no entender tampoco el juego de Michael.

—Ya veo. En realidad, él entendía mucho. Había revisado sus recuerdos mientras ella repasaba el suceso en su mente. Giannini no intentaba nada malicioso, pero trataba de conseguir una gran exclusiva y se había aferrado a la historia de su vida.

Michael asintió imperceptiblemente a Tabitha, que entendió que ya tenía información suficiente. Ella tomó las riendas de la conversación y, en cinco minutos, ya estaban hablando de moda en las calles de San José. Un año atrás, Michael le habría borrado los recuerdos a la reportera. Ahora, aunque seguía siendo una opción, consideró las consecuencias de dejar que los conservara.

Mientras ellas hablaban, él se quedó mirando por la ventana. ¿Qué riesgo corría al permitir que ella supiera tanto? Lo pensó un momento, consideró las consecuencias para su vida y decidió darle información y confianza. Volvió a concentrarse en ellas y dio unos golpecitos con los nudillos en la mesa para llamar su atención.

—Giannini, tienes información que puede ponerte en peligro. Si Tabitha puede encontrarla, otros también podrán. —Levantó una mano para evitar que su asistente lo interrumpiera y siguió—: Hay quienes buscarán la información que tienes, y lo que usas para protegerla te servirá tan poco como hasta ahora. No te amenazaré ni te haré daño; no lo necesito. Si quisiera, podría quitarte ese conocimiento.

Que pensara que se refería a que Tabitha le quitaría sus copias electrónicas, si eso la hacía sentir mejor.

—¿Eso es todo? —Giannini se quedó un poco en shock al ver que la reunión ya había terminado—. ¿Y mi oportunidad de hablar con Bethany Anne? ¿Tendré esa entrevista a cambio de que me hayáis interrumpido esta mañana?

Michael se encogió de hombros. —No estoy a cargo de la agenda de Bethany Anne, así que no puedo hablar por ella.

Tabitha lo interrumpió: —Es muy maja. Veré qué puedo hacer para conseguirte una entrevista. Dame tus datos de contacto y los pasaré por la cadena con una solicitud. Además, déjame apuntarte un lugar mucho más seguro para usar. Cajaarchivo.com es un asco. Los amigos no dejan que sus amigos guarden documentos confidenciales en Cajaarchivo. Tabitha anotó una dirección IP y el nombre de una página. No se podía encontrar siguiendo las convenciones habituales de Internet. Era un lugar creado por hackers para hackers… y sus amigos.

La indiferencia de Tabitha hacia la cadena de mando empezaba a agotar la paciencia de Michael. Y la paciencia, que nunca había sido su punto fuerte, estaba siendo puesta a prueba.

Consideró el empeño de Bethany Anne en ocultar que Tabitha se había incorporado a su equipo. Quizá su plan no fuera simplemente fastidiarle, sino darle la oportunidad de tener cerca a alguien que necesitaba y que, además, pudiera ponerlo a prueba.

Si su intención había sido ayudarlo a trabajar en tu paciencia, Michael no estaba de acuerdo con sus métodos.

Una vez que Giannini salió de la cafetería, Tabitha preguntó en voz baja: —¿Qué tal ha ido? ¿Has conseguido lo que necesitabas?

Michael asintió. —Sí, lo conseguí. Es una reportera corriente que intenta conseguir una gran exclusiva para lanzar su carrera. Como todas las grandes exclusivas, si no tiene cuidado, esta podría acabar con ella.

Tabitha se inclinó sobre la mesa. —No lo dices en serio, ¿verdad? No te refieres a enterrarla de verdad, ¿no?

—Tabitha, ¿qué otro tipo de "enterrarla" hay? —replicó Michael con el rostro inexpresivo.

—Bueno, podrías usarlo en el sentido de "abrumarla", como si no estuviera preparada para manejar una noticia tan grande. Joder, Michael. ¿Por qué todo tiene que ser muerte contigo?

—Tabitha, si hubieras vivido tanto como yo, habrías visto tanta muerte que ni siquiera los actos más atroces te afectarían. Este mundo no nos debe nada ni nos da nada, pero nos lo quitará todo si no tenemos cuidado. ¿Por qué te enfadas conmigo por señalar simplemente que ella está trabajando en una historia por la que

alguien podría morir? —¿No estuviste en una operación en Miami en la que podrías haber muerto?

Tabitha apretó los labios. —No participé en esa operación porque lo decidiera yo. Estuve en esa operación porque tu hijo Anton me obligó a formar parte de ella. Y, por cierto, convertirlo fue una capullada. Cruzó los brazos sobre el pecho.

Michael sonrió. —Entonces, ¿hablamos ahora de Kensington? Déjame entender la historia y luego decidimos si estuviste en Miami estrictamente por Anton o si también influyeron tus propias decisiones.

Tabitha entrelazó las manos y miró a través del cristal, guardándose sus pensamientos un momento. —Kensington me cayó del cielo, pensé. Estaba en un chat de la *dark web* y me contactó una empresa que buscaba servicios de pruebas de seguridad de cortafuegos. Era buen dinero y parecía una operación legítima. Debería haberlo sabido. —Dejó de mirar por la ventana y miró a Michael—. Quiero decir, ¿quién recurre a la *dark web* para buscar pruebas si es legítimo?

Él se encogió de hombros, sin saber muy bien de qué hablaba. Entendía lo básico por sus charlas con Carl sobre la Web de todo el mundo y la *dark web* —sitios a los que accedes por IP—, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Continuó: —Estaba algo desesperada por ganar mi propio dinero, lo suficiente para pagar un sitio donde vivir. Llevaba saltando de casa en casa, durmiendo en sofás y en el suelo. La noche anterior, una cucaracha me cruzó el brazo. Me asusté un poco, ¿vale? Tú también te asustarías si una cucaracha te mirara fijamente al abrir los ojos.

Murmuró para sí: —Bueno, quizá tú no. Se recostó en la silla. —Cuando terminé el trabajo, me dijeron que había caído en una trampa: o les ayudaba en unos cuantos trabajos más o entregarían mi información a la policía. Me asusté, tomé malas decisiones y me metí cada vez en un lío mayor. Al final prometieron que el encargo de Miami sería el último que tendríamos que hacer. Ben y yo lo hablamos después; creemos que nos habrían matado, así que su promesa habría sido cierta: habría sido nuestro último trabajo.

Michael se sentó con los codos en la mesa y la barbilla en la mano. —¿Qué te parece este trabajo?

Tabitha quería enfadarse con el vampiro: él había dejado vivir a Anton lo suficiente para convertirse en un gran problema en su vida. Exhaló con fuerza y sopesó su historia. Si hubiera rechazado la oferta original de Kensington, no habría acabado en Miami. ¿Cómo se sentía con este trabajo? —Cautelosamente optimista. Bethany Anne me ha contado lo suficiente para darme cuenta de que su equipo es el bueno. Que se haya deshecho de Anton es un gran punto a su favor. Con Michael mirándola tan fijamente, se dio cuenta una vez más de lo atractivo que era. Se mordió el labio y pensó en tantear si le leía la mente. Decidió que quizá no era el momento de provocar al tigre.

—Ten en cuenta que Nathan nos consiguió nombres nuevos, identidades nuevas y un lugar donde nos ofrecieron un gran trabajo en Texas. Gracias a él, ya estaba predispuesta a que me gustara Bethany Anne. Vi lo suficiente en Miami para saber de qué es capaz. Es una mujer aterradora cuando quiere.

—Tabitha, nosotros somos el lado bueno. Por desgracia, el lado malo sigue siendo bastante poderoso. Tendremos muchos retos en el camino hacia nuestros objetivos. El éxito nunca es blanco o negro; siempre hay grises. Podemos utilizarte porque tienes las habilidades que necesitamos. ¿Cómo las conseguiste? Dudo mucho que llevaras una vida impoluta mientras las adquirías. Nunca te habríamos conocido si no hubieras acabado en Miami.

Necesito desesperadamente a alguien con tus habilidades para ayudarme a arreglar este desastre en Sudamérica, pero no quiero a una esclava en este puesto. Si quieres marcharte, solo tienes que decírmelo y lo haré. Te daré dinero suficiente para vivir el próximo año; en ese tiempo deberías poder encontrar trabajo en cualquier lugar de América.

Tabitha se quedó helada. No era así como se suponía que iba a ir la conversación. Tenía algunas dudas sobre el puesto, pero no muchas. Ahora sentía que la oportunidad de trabajar en este mundo clandestino se le escapaba de las manos. —Espera. Me necesitas, ¿verdad? Bethany Anne me dijo que siempre has tenido un enlace

técnico que te ayudaba cuando estabas despierto. ¿Por qué no me quieres?

Michael se encogió de hombros y negó con la cabeza. —Nunca he dicho que no te quiera. Dije que no quiero a alguien que no quiera desempeñar este papel. No sé si lo elegiste o te lo impusieron sin tu permiso. Solo quiero asegurarme de que de verdad deseas hacerlo. No dudo que tengas las habilidades; dudo que tengas la pasión para marcar la diferencia.

—Si tengo las habilidades, ¿por qué necesito la pasión? Esta vez no parecía que discutiera con él, sino que de verdad sentía curiosidad por lo que quería decir.

—Porque llegará un momento en que tus habilidades no bastarán. Necesitarás una razón para apretar los dientes y lograr lo que el equipo necesita. Sin pasión no tendrás la energía ni el empuje necesarios. Prefiero no tener enlace técnico a depender de alguien que no esté dispuesto a darlo todo.

Tabitha refunfuñó: —No es que estemos intentando salvar el mundo.

—Tabitha, eso es exactamente lo que estamos intentando hacer.

Cuando le miró a los ojos, se dio cuenta de que hablaba en serio.

CAPÍTULO 14

Key Biscayne, Florida, EE. UU.

El ambiente creado por las velas del bar se desvaneció cuando Patricia quedó atónita por la pregunta de Lance.

Repitió en voz baja: —¿Bebería la sangre de Bethany Anne?

Él respondió en voz baja: —Sí, esa es la pregunta que te hice. ¿Crees que podrías hacerlo? Obviamente, obtendrías beneficios físicos. Pasó la mano izquierda por su propio cuerpo. —Pero también conlleva una responsabilidad. Bethany Anne solo hace esto por quienes están con ella hasta el final, por mucho que tarde.

Eso podía ser un tiempo muy largo, pensó Patricia. Tenía que ser sincera, no solo consigo misma, sino también por Bethany Anne y por Lance. No podía mentir sobre lo que sentía. —Lance, no estoy segura de que mis sentimientos sobre salvar el mundo sean suficientes para tu hija, pero te prometo que te seguiré hasta el fin de los tiempos. Y juro que, si te pasa algo, transferiré esa promesa a tu hija. Haré esta promesa tanto si Bethany Anne decide alargar mi vida como si no. Pero tenlo claro, señor: ¡tu culo es mío, beba o no! Se inclinó, agarró a Lance por el cuello de la camisa y lo atrajo hacia su beso.

Nave de la Puñetera Reina — *Ad Aeternitatem* — mar Mediterráneo

Darryl recorrió la nave buscando a Gabrielle y la encontró en la cubierta de popa, mirando cómo se agitaba el agua tras el gran buque.

Ella habló antes de que él pudiera abrir la boca. —Sé que ustedes no se imaginan lo hermosas que pueden ser las cosas sencillas de la vida. Cuando no ves el sol durante tanto tiempo como yo he vivido, el día adquiere un significado especial.

Cerró la boca, reflexionando. —Oye, jefa, Scott y yo tenemos una pregunta para ti, y me ha tocado hacerla.

Ella se apartó de la barandilla y sonrió al hombretón. —No salgo con miembros del equipo. Su sonrisa le dejó claro que estaba de broma.

—No te preocupes, Gabrielle. Eres europea y yo tengo una estricta regla de "no axilas peludas". La sonrisa de Darryl se borró mientras el silencio se alargaba. Observó cómo su rostro se fruncía en concentración. —Es solo una broma, jefa. Ya sabes, uno del equipo dándole caña a otro.

Gabrielle sonrió. —Darryl, he vivido suficientes modas como para saber que, te depiles o no, la próxima temporada cambiará. Yo me depilo porque me resulta más cómodo, pero no es el fin del mundo si no lo hago. Solo pensaba cuántas veces ha cambiado la costumbre de depilarse las axilas en mi vida. Entonces caí en que, si te daba ese dato, Bethany Anne intentaría calcular mi edad. ¿De verdad quieres saber cosas tan personales sobre mí ahora?

Darryl se acercó a la barandilla y apoyó los brazos. —No, no quiero saberlo. Scott y yo hemos estado hablando y queremos saber qué opinas de que nos volvamos más vampíricos.

Miró a lo largo del buque para comprobar si algo iba mal. Al no ver nada extraño, se volvió, apoyó los brazos en la barandilla y se quedó junto a Darryl mirando el mar. —¿Más vampíricos en qué sentido? No es que tengas opción de serlo o no.

—Más como John. De alguna manera lo han mejorado, pero no es un vampiro. Al menos, no creo que lo sea, ¿verdad?

Gabrielle soltó una carcajada. —¿John? ¡Por Dios, no! No es un vampiro. He hablado con Bethany Anne sobre su situación y, por lo que entiendo, simplemente tenía un ADN excepcional. Cuando ella le

dio tanta sangre, los nanocitos repararon muchas cosas. Incluso con esas buenas cadenas de ADN, no había llegado a todo su potencial, así que ahora es el mejor espécimen posible.

Darryl asimiló la información. —Entonces, si la Madre Naturaleza le hubiera dado una puntuación perfecta en el vientre de su madre, ¿así es como habría sido sin la ayuda de Bethany Anne?

Ella asintió. —Sí, así es como habría sido. ¿Cuál es la verdadera razón de esta pregunta? ¿Qué tenéis en mente?

Le resumió su charla con Scott en Florida y su deseo de mejorar para afrontar mejor los retos que se les venían encima como parte de su Guardia. Al final le pidió consejo y si podía interceder por ellos ante Bethany Anne.

Gabrielle le pasó un brazo por la espalda. —Darryl, no necesito acudir a Bethany Anne para esto. Haría cualquier cosa por los cuatro, ya sea daros un poco de su sangre o buscar la mejor manera de ayudaros. Pero tenéis que planteárselo vosotros. Ella no va a dar nada por sentado. He hablado con ella y me contó cómo os conocisteis. Creo que es muy sensible a mostrarse "vampira" delante de vosotros. No quiere que penséis que os impone algo que no deseáis. Y sí, se preocupa por cada uno de vosotros. Mucho. Nos enfrentaremos a situaciones peligrosas, y ser humanos, como sois, aumenta las probabilidades de que salgáis heridos. Conmigo cerca tendríais muchas opciones de curaros rápido, pero no es lo mismo que mejorar vosotros mismos.

Darryl, sin apartar la vista del mar, preguntó: —¿Cómo es?

No estaba segura de qué le preguntaba Darryl. —¿Cómo es qué? ¿Tener más habilidades, necesitar beber sangre o ser la señora de la oscuridad?

Soltó una risita ante su intento de aligerar el ambiente. —¿No ser humano? Quiero decir, entiendo que todos vosotros sois, estrictamente hablando, humanos. Pero recibisteis mejoras gracias a esos nanocitos que los Kurtherianos trajeron a la Tierra. Aun así, el folclore, durante la mayor parte de vuestra vida, os ha pintado como vampiros, criaturas no muertas de la noche.

Gabrielle respondió con sorna: —Nunca he estado muerta por la noche. Ese era mi padre, al menos cuando ya era mayor, antes de

que Bethany Anne cambiara su actitud hacia la vida. A mí siempre me han gustado las buenas fiestas.

Darryl guardó silencio, reconociendo su esfuerzo por cambiar de tema.

Con tono resignado, dijo: —Fue difícil un tiempo, cuando tuve que acostumbrarme a sobrevivir a mis amigos humanos. Las relaciones son lo más duro de todo esto. Ahora probablemente tengo la primera novia que he tenido en… bueno, digamos que en muchísimo tiempo. Además, no tener que estar siempre mirando cuellos como mi próximo "Cajita Feliz" ha alegrado mucho las cosas. Y no hablemos de poder disfrutar otra vez del sol.

—Buen punto. ¿Y qué pasa con las relaciones? Ya sabes, con la gente normal.

—Darryl, aprendes a querer a las personas por lo que son. Se trata menos de lo que pueden hacer por ti y más de vivir el momento y apreciarlas por lo que son. Toma como ejemplo mi relación reciente con Iván… ¿Lo echo de menos? Un poco. Pero creo que eso le pasa a cualquiera con un buen amigo, o un amigo con derecho a roce. No nos separamos en malos términos ni nada por el estilo. ¿Y qué pasa con la gente del ejército? En tu caso, estás fuera mucho tiempo y podrías morir en cualquier momento. ¿Cómo lo llevan los cónyuges militares?

—Bueno, ambos cónyuges deben ser sinceros. He hablado con hombres casados y con algunas mujeres casadas con cónyuges en Estados Unidos, y es duro para ambos lados. Tienes que asumir que la posibilidad de morir siempre está ahí, y luego salir y hacer todo lo posible para que eso no afecte a tu rendimiento.

—Mi vida a veces es parecida. Estoy lejos de mis seres queridos y tengo que confiar en que mis amigos o mi pareja estarán ahí cuando vuelva. Pero es duro pasar por eso, durísimo. ¿Cómo se siente Eric con esto?

—Está totalmente dentro. Claro, también piensa en lo bien que estará no recibir tus palizas todo el tiempo.

—¿Y John?

—¿Te refieres al señor Adonis? —rió Darryl—. Está de acuerdo con lo que se decida. Todos estamos con Bethany Anne, pero John

está decidido a aprovechar la vida que ella le devolvió. Ahora mismo, eso significa mantenerla a salvo.

—¿Y más adelante?

—Lo que Bethany Anne considere mejor. Tampoco le importaría recibir otra mejora. En el ejército siempre hablamos de escalada: tú tienes un cuchillo y ellos traen una pistola; tú tienes un rifle y ellos una ametralladora; tú tienes un hombre lobo andante… ¿qué sacarán ellos?

—¿Os preocupa volveros irrelevantes?

—No tanto irrelevantes como demasiado fáciles de derrotar. Podríais acabar protegiéndonos más de lo que nosotros a vosotros, y necesitamos poder defendernos solos. Lo hemos hablado y estamos bastante seguros de que la cosa va a empeorar antes de mejorar. Puede que resolvamos lo de los Deshonrados, pero todo ha sido en la sombra. Hay muchos tipos duros que vendrán a por nosotros cuando salgamos a la luz. Y por lo que hemos hablado con Bobcat, estamos a punto de hacerlo.

—Es cierto. ¿Sabes? Yo nunca he cambiado a nadie…

Darryl se volvió hacia Gabrielle, con cara de asombro, solo para ver su dedo a pocos milímetros de su nariz. —¡Te pillé! Ella se giró, se alejó y le dijo: —Hablaré con la jefa y le diré lo que pensáis. Ella seguirá queriendo oírlo de vosotros, pero me encargaré de los preliminares.

La vio alejarse, admirando su equilibrio.

Y su culo.

—¡Deja de mirarme el culo, Darryl!

Avergonzado, pero riéndose de sí mismo, se apartó de la barandilla y empezó a patrullar el buque. Al bajar las escaleras hacia la nave de TOM, se preguntó para qué servían todas esas cajas metálicas que Marcus había puesto cerca de la nave de TOM.

CAPÍTULO 15

Nave de la Puñetera Reina — *Ad Aeternitatem*

Stephen oía maldiciones y el repiqueteo de metal contra metal que venía del pasillo del garaje. Con curiosidad, llamó fuerte a la puerta y entró. Dudaba que ningún humano pudiera oír sus golpes con el jaleo que hacía William al aporrear un trozo de metal mientras le gritaba sin parar.

—Te. Voy. A. Dar. Una. Lección. Hijo de… —Bobcat por fin llamó su atención. —¿Qué? Marcus, sentado al otro lado de la sala, se sobresaltó por los gritos. El piloto le hizo un gesto de quitarse los cascos de protección; William apartó una orejera y preguntó en un tono más razonable: —¿Qué?

Bobcat señaló a su espalda.

William se volvió y se encontró a Stephen prácticamente encima. El vampiro miraba la caja metálica, del tamaño de un armario, que había estado golpeando hacía un momento. —¡Oh! Hola.

Stephen lo miró. —¿Tienes problemas para explicarle algo a la caja, eh?

El gesto de enfado del mecánico volvió con fuerza cuando se giró hacia la caja. —Sí. Tengo asientos que también sirven de espacio de carga, pero no pensé cómo instalar el asiento después de construir la caja alrededor. Mala planificación por mi parte, pero creo que casi he conseguido que me entienda. Un par de golpes más y el asiento estará justo donde quiero.

El vampiro miró a Bobcat. —¿Podemos hablar un momento? —Hizo un gesto hacia el otro lado de la bodega, esperando que quedara lo bastante lejos de la "conversación" que William tenía con su asiento.

Cuando Bobcat lo alcanzó, preguntó: —¿Qué pasa?

—Me preocupa que tu helicóptero no sea lo bastante grande para llevar a todos a la zona de aterrizaje. ¿A cuántas personas puede transportar tu Shelly a la vez?

—Tiene capacidad para cuatro tripulantes y once soldados más. Con los depósitos de combustible de largo alcance, cubrirá sin problema las doscientas cincuenta millas que necesitamos.

—No creo que haya un "nosotros" en esta conversación. ¿O has olvidado lo que dijo Bethany Anne?

El piloto se rascó la nuca. —No, no lo olvidé. Solo esperaba que tú lo hubieras hecho. No me gusta quedarme fuera de esta operación.

—No hay remedio. ¿Hay alguna forma de que podáis tener estas… —Stephen miró por encima del hombro cuando William volvió a golpear la caja— …naves listas? —Se volvió hacia Bobcat—. ¿Listas para salir?

El piloto silbó para llamar a Marcus y le hizo señas de que se acercara. Cuando el científico llegó, le hizo la pregunta para que Stephen oyera la respuesta. —Una vez que tengamos listos los cascos IZTA, ¿cuánto tardarás en instalar los motores?

—No mucho. Llevo dos días hablando con TOM. Dice que los motores fabricados que tengo hasta ahora… —Marcus se estremeció cuando William provocó un estruendo, pero el ruido cesó. Se relajó y continuó—. Perdón, TOM dice que los motores que tengo están listos para encenderse, pero no quiere activarlos antes de tiempo. Tenemos los motores listos para cargarse. Necesitaremos la ayuda de Bethany Anne para eso.

Stephen preguntó: —¿Por qué?

—Porque ella es la única que puede entrar en la nave de TOM y en la sala de máquinas. Para activar estos motores necesitan una carga, como arrancar una batería baja de un coche: la conectas a un coche en marcha y aceleras ese motor un rato.

Stephen reflexionó sobre lo que Marcus había dicho. —¿Hay algún problema con los motores una vez energizados? ¿Qué pasa si dejamos las naves aquí un día o dos sin usarlas? ¿Son como una batería o acabarán explotando si no se descarga la energía?

—No, TOM me asegura que todo irá bien. Pero si alguien robara un motor ahora, no le serviría de nada. Solo una vez energizados se verá claramente que son algo más que una caja con circuitos raros y una masa en medio.

Stephen preguntó: —¿Qué es esa masa?

—Difluoruro de xenón, normalmente un cristal blanco que se usa para grabar conductores de silicio. Lo tenemos bastante comprimido, pero TOM hará algo en la sala de máquinas que será impresionante. Además, TOM dará conectividad integrada al Etérico. De lo contrario, un golpe menor soltaría toda la energía acumulada de golpe.

Reflexionó sobre lo que Marcus acababa de decir. —¿Eso sería malo?

—Bueno, sería malo para todos los que están en el *Polarus*. No tendríamos dos células todavía unidas, así que a nosotros ya no nos importaría.

Bobcat asintió con gravedad. —Yo consideraría que eso es malo.

—En efecto —asintió Stephen—. Parece que el buen doctor tiene un sentido del humor muy seco.

—¿Quién intentaba ser gracioso? —preguntó Marcus—. Eso es exactamente lo que pasaría. Su expresión de confusión lo dejó claro. Ambos se rieron de él.

Stephen vio que William había guardado las herramientas y ponía un acolchado dentro de su estructura. Les hizo señas a los dos hombres para que lo siguieran al área de trabajo. El mecánico advirtió que se acercaban.

—¿Habéis terminado vuestra conversación? —preguntó Stephen.

—Sí, señor. El mensaje quedó alto y claro.

El vampiro rodeó la caja metálica que se abría por un extremo. —¿Qué estoy viendo?

William respondió: —Este es el primer prototipo del IZTA 001. La caja está preparada para transportar a dos personas más su equipo. Tras guardar todo bajo el asiento y en los estantes de aquí y de allí,

entran por esta puerta. Como ves, también se cierra desde dentro. Abrió las puertas un poco más. —La próxima versión tendrá ventanillas para ver fuera, pero en esta versión prescindimos de ellas porque nuestras capacidades de fabricación son limitadas por ahora.

Stephen preguntó: —¿Cómo podrán ver por dónde pilotan?

Marcus intervino: —No podrán. TOM moverá todas las naves con los motores del cuadrante inferior. No puedes ver el panel de acceso desde ahí.

El vampiro rodeó el otro lado y vio una portezuela de treinta por treinta centímetros con bisagras y cerradura. Se arrodilló, la abrió y miró dentro. —No hay gran cosa aquí.

Marcus explicó: —No, los motores son autónomos. Una vez dentro de esta caja, pasan a ser un componente de la nave mayor. El motor genera un…

Bobcat lo interrumpió: —Pasa magia y el motor los lleva donde tienen que ir.

Stephen sonrió y miró al jefe del proyecto. —Supongo que has oído esta explicación más de una vez. —Se enderezó tras cerrar la puerta de nuevo.

—Sí —resopló Bobcat—. Y te aseguro que incluso después de oírlo diez veces sigue teniendo tan poco sentido como la primera vez. Los motores deberían funcionar con aire, gasolina y chispa, no con mierda capaz de volar superyates de cien metros si se golpea mal una pieza del tamaño de una uña.

Stephen miró al doctor. —¿En serio? ¿Una pieza tan pequeña podría volar todo el barco?

Marcus asintió. —Tenemos tanta de esa sustancia en el barco que, si TOM la activara ahora, podríamos volar Nueva York y dejar un enorme cráter humeante.

Eso hizo que el vampiro, normalmente jovial, perdiera la sonrisa un instante. —Es un poder enorme.

William sonrió. Su prototipo podía parecer salido de un desguace, pero sus criaturas iban a ser endiabladamente rápidas.

Stephen preguntó al equipo: —¿Cuánto tiempo tardaríais en fabricar ocho naves como estas?

Bobcat se rascó la barbilla. —Bueno, en teoría podríamos usar esa de ahí, pero nos llevaría al menos dos semanas hacerlo aquí.

Sacudió la cabeza. —Es demasiado tiempo. Piensa fuera de la caja, Bobcat. ¿Qué necesitarías para que se construyan ocho de estas naves muy rápido? Recuerda nuestras instalaciones en tierra. Consígueme los planos y nos aseguraremos de que se fabriquen. La operación principal sigue en pie, pero quiero un respaldo. No podemos retrasar la operación dos semanas. Despegamos mañana a primera hora. Si esto sale mal, lo único que encontrarán de nosotros en dos semanas serán nuestros huesos. Habla con Lance. Necesito ese respaldo en cuarenta y ocho horas. —Y los dejó mirándose entre ellos.

William silbó. —¿Cuarenta y ocho horas? Espero que todos hayamos desayunado fuerte esta mañana.

Marcus preguntó en voz alta, sin dirigirse a nadie: —Si solo hay doce personas en la operación, ¿por qué quiere ocho naves?

Bobcat sonrió. —¡Sí! William, coge esos planos. Yo calentaré el helicóptero. Puede que al final nos toque divertirnos. —Y se dirigió a la puerta.

La cara del mecánico se iluminó de entusiasmo. —¡Joder, sí! —Se giró y corrió hacia la pared, donde descolgó con cuidado los planos que había usado para fabricar el prototipo.

Marcus miró a sus dos compañeros desaparecer rápidamente. —¿Qué he dicho?

Bobcat asomó la cabeza por la puerta. —Marcus, no te quedes ahí con cara de jodido despistado. Ponte con TOM y asegúrate de que tengamos todo listo para diez motores. Papá querrá una prueba. —Le guiñó un ojo y desapareció.

El científico casi suplicaba mientras William recogía sus papeles. —¿Puedes decirme qué acaba de pasar?

—Sí. Stephen nos ha dado una forma de participar. —El mecánico recogió sus cosas—. Asegúrate de tener los motores listos en veinticuatro horas, treinta y seis como mucho. —Salió por la puerta. Esta se abrió de nuevo unos segundos después. —¿Marcus? Treinta y seis horas como mucho. ¡Volveremos!

Con eso, William se fue.

CAPÍTULO 16

Las Vegas, Nevada, EE.UU.

Eric llamó a la puerta. John asomó la cabeza y lo vio haciéndole señas. Avisó a Bethany Anne de que salía y ella le despidió con un gesto de la mano. Luego avisó a TOM y a Jeffrey de que llamaría a la puerta de seguridad para que le dejaran volver a entrar.

Salió. Eric volvió hacia la entrada. John se fijó en Ashur sentado en una esquina. —Veo que sacaste a Ashur del todoterreno.

—Sí, lo saqué en cuanto salí. Dudo que quieran pelos de perro atascando los ventiladores, así que no lo llevé abajo con Bethany Anne.

Ashur ladró.

Eric se detuvo a un metro de la puerta. Era de cristal, con una lámina reflectante para reducir el deslumbramiento y el calor, que hacía parecer más oscuro el exterior. John se paró junto a su compañero. —¿Qué pasa?

—Tenemos compañía. —Eric inclinó la cabeza hacia la puerta—. Tres edificios más abajo, un tipo finge que fuma. Su tos me mata de risa. Otro, un edificio detrás, se ha instalado en la azotea. No vi a nadie en la otra dirección, pero eso no significa nada.

—¿Deshonrados de día? —John buscó inconscientemente sus pistolas y comprobó que los seguros estuvieran quitados.

—No. Militares, diría yo.

—¿Por qué?

—Por su postura, por no saber fingir como civiles… Ese vehículo de la Fuerza Aérea de allí. Detalles menores.

John resopló. Eric podía mantenerse muy tranquilo en una situación complicada. —¿Crees que solo observan o que son un equipo de exploración?

Eric se encogió de hombros. —No lo sé. Si esto es una operación, lo sabremos cuando entren por la puerta principal.

Ashur volvió a ladrar.

Eric se giró y le sonrió al perro. —O cuando Ashur nos avise, lo que pase primero.

Ashur levantó la cabeza y empezó a gruñir.

Eric levantó las manos. —Vale, vale, cuando Ashur nos avise.

Ashur volvió a apoyar la cabeza en el suelo.

John observó al perro. —No parece preocupado.

Eric miró a su compañero. —¿Por qué iba a estarlo? Están a más de treinta metros.

Ashur pareció fulminar a Eric con la mirada. Al menos, así lo interpretó John. Aunque también podía estar mirándolo como si fuera un jugoso hueso de carne. —¿Ashur? —El perro levantó la cabeza. —Creo que necesitas salir a pasear.

John regresó a la puerta de la sala de servidores y llamó. Un momento después, Jeffrey abrió la puerta, pero el guardia se quedó fuera. —Jeffrey, ¿tienes alguna cuerda que pueda usar como correa?

El Pastor Alemán ladró fuerte desde la entrada. John miró hacia el pasillo. —Es solo por las apariencias. Deja de ladrar y colabora.

Jeffrey, sorprendido, sacó la cabeza por la sala. —¿Hay un perro aquí?

Los hombres oyeron la voz de Bethany Anne desde dentro. —Está conmigo.

Jeffrey se giró hacia la habitación y luego de nuevo a John. —Buen oído.

—Ni te imaginas. ¿Cuerda? —John tenía que devolverlo al tema.

—Sí, en el edificio dos. Aquí solo tenemos cable de red. —Le indicó dónde podía encontrar la cuerda.

Ashur se puso en pie y John miró al enorme pastor alemán. —Solo voy a buscar una cuerda para fingir que llevas correa. Quiero

pasearte y ver qué pasa. Ahora vuelvo.

Al salir del edificio, dijo a Eric que vigilara y avisara a Bethany Anne si lo detenían, aunque solo iba al edificio de al lado.

John salió y se dirigió directamente al edificio Dos. Miró lo que pudo, pero mantuvo la vista en la puerta del edificio de al lado y entró.

Encontró una cuerda fina en una estantería de un almacén y se dio la vuelta para regresar al Edificio Uno, cuando sonó su teléfono. Miró el teléfono y vio que tenía doce llamadas perdidas de Frank.

Pulsó el botón de devolver llamada.

El barco de la Puñetera Reina — *Polarus*

Dan y Stephen estaban en la sala de reuniones revisando unas notas cuando entró el capitán Thomas. Ambos levantaron la vista.

Tomó una silla. —Stephen, Dan.

Dan se recostó en la silla. —¿Cómo van los preparativos?

El capitán Thomas resopló. —¿Cómo crees que van los preparativos con Jean Dukes al mando? Le han dicho que quizá pueda volver a jugar con sus "niños favoritos". Ella y los equipos de fuego están emocionados porque quizá vean más acción, y por eso estoy aquí. Se volvió hacia Stephen. —¿Cuáles son nuestros parámetros si nos atacan?

Stephen parecía perplejo. —¿Parámetros? Aparte de "ganar", no sé a qué te refieres.

—Estamos cerca de Turquía, Siria, Líbano y Chipre. ¿Y si alguno de sus barcos participa en un ataque?

—Capitán Thomas, si puedes escapar de ellos, perfecto. Si no, no permitas que aborden estos barcos. Protege a estas personas, protege estos barcos. Estás en mis aguas. Toma la decisión que consideres necesaria y yo te respaldaré. No podemos dar por hecho que no haya gente de David en las armadas de esta región. Si hay un incidente, haré unas llamadas y conseguiré que se retiren tan pronto como pueda.

El capitán Thomas no entendía a qué se refería Stephen. —¿Unas llamadas?

La sonrisa de Stephen se volvió un poco maliciosa, algo poco habitual de ver. —A veces los rumores son ciertos y la reputación está bien ganada. Las personas a las que llame sabrán con quién hablan. Ten por seguro que te liberar é a ti y a tu gente si ocurre algo. Solo asegúrate de que aún quede gente aquí a la que liberar.

No era habitual que el vampiro sorprendiera al capitán Thomas, pero tuvo que admitir que, en ese momento, Stephen sonaba inquietantemente parecido a Bethany Anne, si ella hubiera pasado unas décadas más asustando a la gente.

Se levantó, estrechó la mano de ambos y se marchó para asegurarse de que el barco *Polarus* estuviera listo para proteger tanto su barco como el barco gemelo.

Stephen lo vio marcharse y se volvió hacia Dan. —Eso me recuerda que debo pedirle a Bethany Anne que traslade la nave de TOM si es posible. Probablemente a un lugar no revelado para ocultarla mientras estemos fuera. Confío en que los capitanes Thomas y Wagner harán todo lo posible, pero la mayoría de nuestros combatientes estarán en Turquía. Mejor estar preparados.

Dan lo pensó. —No es mala idea, si tiene tiempo. ¿Dónde lo esconderías?

—¿Qué tal donde ha estado durante mil años? Nadie lo encontró allí, así que quizá podamos dejarlo unos días más.

—Una idea sensata. Mi primera ocurrencia fue Siberia. Si puede soportar el frío del espacio, no debería tener problema allí. Tendré que preguntarle a Bethany Anne. Mmmm, eso podría ser un problema.

Stephen frunció el ceño. —¿Por qué?

—La Fuerza Aérea tiene planes de vigilancia sobre *Patriarch Research*. Frank ha intentado contactar con alguien allí, pero deben de estar en un edificio que bloquea las señales de los móviles.

El vampiro lo pensó. —¿Alguien le ha pedido a Marcus que haga que TOM se ponga en contacto con ella?

Dan puso los ojos en blanco y se levantó. —No, a ninguno se nos ocurrió. Déjame hablar con Frank unos minutos. Ahora vuelvo.

Stephen le hizo un gesto con la mano y sacó su teléfono. Tenía que responder un par de correos, incluido uno de Iván, que se

encargaba de arreglar su casa. La mayor parte de la casa ya estaba arreglada. Había un par de contratistas que nunca llegaban a tiempo. Incluso cuando Iván mencionaba a Stephen, seguían llegando tarde, lo que hacía que las reparaciones se alargaran. Apuntó los nombres de las empresas. Tendría que visitar a esa gente en el futuro.

Iván y Claudia habían estado pasando las noches en distintas casas seguras. No había razón para arriesgarse a que David enviara un segundo grupo "por si acaso" Stephen fuera lo bastante estúpido como para volver a casa. Pero David tenía una conexión casi patológica con su propio castillo. Quizá asumía que todo el mundo sentía lo mismo por su hogar.

Con esas tareas terminadas, pasó un minuto curioseando en Tinder. Últimamente había tenido tan poco tiempo que no había podido ni curiosear un rato. Oyó que Dan volvía y tuvo tiempo de sobra para cerrar la aplicación.

Dan entró. —Frank va a hablar con Marcus. Al parecer, la Fuerza Aérea va a hacer una redada en los servidores de *Patriarch Research*.

—¿Hay algo que podamos hacer?

—Ahora mismo, no. Los mensajes de Frank o una comunicación a través de TOM deberían avisarles con antelación. Si no, Frank y Lance tienen muchos contactos en el Congreso. Alguien se enterará de que un importante empresario ha sido objeto de lo que parecen acusaciones falsas o una pesca de pruebas. Lance sabe lo que pasa, y él y Patricia ya están contactando con los abogados para que estén listos.

Stephen preguntó: —¿No sabe todo el mundo que nada puede detener a Bethany Anne?

—Por supuesto, pero sería una mala idea desaparecer sin más de una base de la Fuerza Aérea. En ese caso se harían muchas preguntas. Solo espero que, si surge un problema, Bethany Anne deje que los abogados o Frank la saquen de allí. No creo que esté allí más de cinco horas como mucho.

Consideró la situación y estuvo de acuerdo en que no había nada más que se pudiera hacer por ellos.

Los dos hombres se pusieron a planear la operación. De vez en cuando llamaban a Todd, Pete o Nathan para pedirles opinión. La tripulación preparaba a Shelly, mientras muchos de los hombres hacían su equipaje y se alistaban. Frank proporcionó imágenes satelitales que mostraban la carretera estrecha que llevaba al pueblo de más de quinientas almas.

Stephen intervino: —¿Te das cuenta de que, salvo los pocos que se han escondido, es muy probable que todos los demás estén muertos?

Dan se recostó en su asiento. —Sí. Aunque solo hubiera un puñado de Nosferatu, serían capaces de matar a todos. No puedo imaginar que, después de todo el esfuerzo que ha hecho David, solo nos enfrentemos a unos pocos. A estas alturas debemos suponer que sabe lo de San José y Buenos Aires. Aunque no, no quiero quedarme corto en la planificación.

—No, David siempre ha sido muy reservado con sus planes. No le importa desplegar grandes esfuerzos. Es un cabrón intrigante. Tenemos que elevar nuestras expectativas de que pase algo malo. Si me equivoco, no perdemos nada. Si acierto, nos alegraremos de tener munición extra. Asegúrate de que tengamos suficientes suministros de primeros auxilios.

Intentaron ver si podían conseguir apoyo adicional. Dan intentó contactar con Frank, pero saltó su buzón de voz. Se apuntó una nota para preguntarle cuáles serían sus contactos estadounidenses cuando estuvieran en Turquía.

Un golpe llamó la atención de Dan, y se dio cuenta de que Stephen ya miraba hacia la puerta. Nathan asomó la cabeza. —Oye, Ben tiene dos datos que quizá queramos revisar. El primero está relacionado con los cabrones terroristas. El segundo son las identificaciones de las torres de telefonía móvil usadas justo antes de que se cortaran todas las comunicaciones en la zona. Está hackeando la telecom local para ver si puede rastrear las dos llamadas que se hicieron justo antes de que se cayera. Supongo que podrían ser David o quien montara esta pequeña fiesta para nosotros.

Dan consideró sus opciones. —A menos que Stephen diga lo contrario, los terroristas tendrán que esperar hasta que hagamos la revisión posterior a la acción **(**AAR**)** de esta operación. Que intente clavar su ubicación mientras manejamos este lío. ¿Qué necesita para rastrear los móviles?

—Con suerte, no mucho. Quizá conocimientos de idiomas, si encontramos algo que no podamos descifrar. —Lo pensó un momento más—. Nada más por ahora.

Stephen se volvió hacia Dan. —Pareces bastante seguro de que quedará gente después de esta operación que necesite un AAR.

Dan sonrió. —Bueno, te tendremos a ti en esta operación, y a los Guardianes, además de Nathan y Ecaterina. Pero, siendo sincero, no es por eso por lo que estoy seguro de que habrá gente que regrese.

—¿Ah, no? Stephen estaba bastante seguro de que la mayoría volvería, pero sabía que ningún plan sobrevive al contacto con el enemigo.

Dan miró a Stephen con un brillo cómplice en los ojos. —Conozco bien a mi jefa.

CAPÍTULO 17

Las Vegas, Nevada, EE.UU.

«Entonces, ¿esta versión de ADAM promete?»

«Unos minutos más, por favor.»

Bethany Anne había permitido que TOM trabajara con ADAM mientras se movía por la sala. Él podía revisar la información y era más apto para esa tarea.

Decidió hablar con Tom y Jeffrey mientras TOM estaba ocupado, y se acercó a ellos. Ambos seguían intentando averiguar el origen de las señales inalámbricas. Tom se volvió con su detector de señales en la mano y apuntó directamente hacia ella con el brazo extendido.

Ocultando una sonrisa, observó cómo su mirada se posaba en el dispositivo, volvía a ella y regresaba al aparato. Esperó pacientemente mientras él lo movía un poco más, hasta que su rostro adoptó una expresión de confusión bastante cómica. Por supuesto, tenía una idea bastante clara de por qué el dispositivo podía estar sugiriendo que ella era la causa de su confusión. Quizá algún día le contara por qué su dispositivo le daba resultados "erróneos".

Quizá.

—Caballeros. Dejaron de mirar el dispositivo y le prestaron toda su atención. —Me gustaría hablar de la siguiente etapa de vuestro empleo. —Habrá más empleo. No es una forma agradable de explicaros que ya no os necesitamos —añadió ante la mirada

preocupada de Tom. El hombre pareció aliviado. —Quizá no lo apreciéis, pero las empresas de las que soy responsable abarcan múltiples áreas de especialización: informática e investigación en inteligencia artificial como la vuestra, además de los ámbitos médico, militar, financiero y de transporte avanzado. —Una de estas pequeñas empresas de investigación, con sede en Rumanía, ha descubierto una tecnología muy prometedora sobre la gravedad y la antigravedad. —Necesitan un apoyo importante de computación y de investigación, que —según Lance Reynolds y Nathan Lowell— vuestra empresa ya posee.

Ambos hombres se enderezaron un poco ante su cumplido.

—La oportunidad, caballeros, es literalmente estelar. —Hizo un gesto con el brazo hacia atrás, indicando su proyecto actual—. Esto hace que este proyecto parezca anémico en comparación. De hecho, imagino que usaréis una potencia informática al menos cinco veces mayor que la actual.

«¿Cinco veces? Si te refieres al ordenador kurtheriano que tienes en el cráneo, es una estimación ridículamente baja.»

«TOM, vuelve a lo tuyo. Estos caballeros no tienen ni idea de ese ordenador; ni ahora ni en un futuro previsible. No estoy menospreciando tus capacidades.»

Es Mac contra Windows otra vez, pensó.

Con lo de "jugar con más ordenadores", a Tom se le empezaron a vidriar los ojos.

—¿Cuál es el inconveniente? —preguntó Jeffrey.

—El inconveniente es que requiere que tú —y vuestra familia, si la tenéis— os mudéis a Colorado. Es una zona más verde; no tiene esa estética de polvo y cactus de aquí. Probablemente también sea más fría. Permitidme matizar: hará mucho más frío en invierno y sin duda será más fresca en verano.

Tenía muchas ganas de que estos dos caballeros se sumaran al proyecto. Habría que involucrar también a la esposa de Jeffrey, así que necesitaba algún gancho para que él se lo planteara. —Además, vamos a asumir una base militar para nuestros proyectos ultrasecretos. Si el distrito escolar no está a la altura, la empresa

pagará a profesores de colegios privados para que impartan clase a todos los niños de la base.

Eso podría ser el gancho: educación privada para sus hijos.

Esta vez fueron los ojos de Jeffrey los que parecieron vidriarse un poco.

Tom volvió a intervenir en la conversación. —¿Dices que cinco veces más potencia? ¿Estamos hablando de servidores *blade* u otra arquitectura?

Bethany Anne se mordió el labio, concentrada. —¿Sabes qué, Tom? Tendré que preguntarle al nuevo director de TI cuál es su opinión.

—¿Quién es? —intervino Tom.

—No tengo ni idea de quién sería el nuevo director de TI si tú rechazases el puesto. Sus ojos se abrieron un poco más y miró por encima del hombro a los ordenadores que tenía detrás.

Mientras miraba los ordenadores, preguntó: —¿De cuánto dijiste que era el presupuesto de ordenadores?

Bethany Anne miró por encima del hombro hacia donde miraba Tom. —Depende de lo que necesitemos cuando termines las evaluaciones. Puedo decirte que tu presupuesto de treinta millones de dólares será una gota en el océano. Mi empresa y el centro de investigación que estamos montando en Colorado son muy austeros: prefiero personal de alta calidad e inversiones fuertes en tecnología e infraestructura para reducir la necesidad de más gente. Somos un grupo muy unido y dependemos de que todo el mundo tire del carro.

—¿Y si algunas personas de aquí no quieren mudarse? —preguntó Jeffrey.

—Tenemos un investigador de Recursos Humanos excelente. Le dices lo que necesitas y rastreará registros gubernamentales y otras bases de datos para encontrar a los mejores candidatos que encajen en el equipo. ¿Hay alguien de tu equipo actual en quien no confíes? Entonces no lo traigas. Les daremos una indemnización de un año —sin preguntas— y una prima de salida de cincuenta mil dólares. Podéis decir que la prima es a cambio de mantener la boca cerrada sobre las tecnologías en las que habéis trabajado estos tres últimos

años. De hecho, haremos que RR. HH. lo ponga como cláusula: el pago depende de que mantengan la boca cerrada.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Jeffrey. Tom miró a su jefe con ganas de darle un puñetazo.

Bethany Anne sonrió. —Caballeros, os di un proyecto difícil, un presupuesto importante y poco tiempo para lograr lo imposible. Habéis terminado el proyecto, no os habéis salido del presupuesto y habéis logrado lo imposible.

Tom parecía confundido. —¿Qué quieres decir con que hemos logrado lo imposible? Aún no te hemos pedido que te sientes a introducir ningún dato con ADAM.

Bethany Anne se llevó la mano a la cabeza y se dio un golpecito en la frente. —Caballeros, mi equipo y yo hemos estado probando ADAM todo el tiempo que he estado aquí. ¿Por qué crees que tu dispositivo wifi no dejaba de apuntarme?

Tom levantó el dispositivo y lo miró, y Jeffrey miró primero el dispositivo y luego a Bethany Anne.

Jeffrey le preguntó a Tom: —¿No había forma de que las señales de comunicación entrasen ni saliesen de este lugar? ¿No lo hicimos tan hermético como una jaula de Faraday?

Se oyó un fuerte golpe en la puerta y los tres miraron: John hacía señas, impaciente, para que alguien le abriese. Jeffrey se acercó y abrió, dejándole entrar.

John fue directo al grano. —Jefa, tenemos un problema.

Explicó rápidamente el problema que Eric había visto fuera y lo que Frank le había contado cuando devolvió sus llamadas para ponerse al día.

Bethany Anne se enfureció. —¿Tenemos a la maldita Fuerza Aérea pisándonos los talones? ¿Por qué motivo?

Jeffrey giró bruscamente la cabeza al oír su exclamación.

—¿Qué pasa con la Fuerza Aérea? Tom y Jeffrey se unieron al círculo con Bethany Anne.

«TOM, ¿puedes comunicarte fuera de esta sala por canales convencionales?»

«No. De verdad tienen un buen blindaje. Puedo comunicarme fácilmente por wifi. El ancho de banda es considerable. ADAM puede

dividir archivos y enviármelos en paralelo; la comunicación entre nosotros va increíblemente rápido.»

«Maldición. Vale.»

Bethany Anne pensó a velocidad vampírica. —Chicos, no podemos permitir que la Fuerza Aérea revise todo esto. ¿Tenéis idea de por qué estarían aquí en primer lugar? No habéis hecho nada ilegal, ¿verdad?

Jeffrey suspiró. —Quizá por falta de visión, pero ilegal, no. Cuando tuvimos que encontrar un edificio tan rápido, no pensamos en que estábamos instalando tanta potencia informática justo al lado de una base de la Fuerza Aérea. El capitán responsable de seguridad nos visitó cuando nos estábamos instalando. Como no nos han visitado desde entonces, pensé que habíamos desaparecido de su radar.

John lo interrumpió. —Así es, pero ahora hay un nuevo oficial a cargo y, de alguna manera, le habéis llamado la atención. Está esperando la aprobación final para hacer una redada en vuestras oficinas.

Bethany Anne se volvió hacia John. —¿Qué? Eso es una gilipollez. ¿Qué justificación tendrían para confiscar la potencia informática de una empresa legítima?

John se encogió de hombros. —Donde hay gobierno, hay un camino. ¿Qué más les da si os impiden trabajar un par de meses? Mientras puedan afirmar que el país está a salvo, eso es lo único que les importa. Quizá en un año, quizá en dos, recuperemos los ordenadores con un gran "lo siento mucho" para acompañarlo.

Bethany Anne se volvió hacia Tom. —¿Qué pensaría la Fuerza Aérea si viera todo este software en funcionamiento?

Tom pensó en su pregunta. —¿Con el código tal y como está ahora? Un informático podría hacerte creer casi cualquier cosa que quisiera. Si se introducen datos erróneos en el sistema, podría modificarse hasta convertirse en un dispositivo automatizado de ataque a redes.

Bethany Anne preguntó: —¿En serio? Eso es interesante. John puso los ojos en blanco. —Pero no es lo que queremos que la Fuerza

Aérea crea que estamos haciendo aquí. Eso podría causarnos todo tipo de problemas. ¿Tenéis una copia de seguridad del sistema?

Jeffrey estaba asimilando todas sus respuestas y pensaba que esta mujer parecía estar interesada en medidas proactivas más que reactivas. —En cierto modo. Tenemos el código tal y como era cuando cargamos ADAM originalmente, pero nada desde entonces. ADAM es único en este momento. No podemos dar por sentado que podamos volver a esta versión aunque introduzcamos los mismos datos. Hay varios resultados posibles: si el código acepta aunque sea un elemento diferente al principio del proceso, los cambios posteriores podrían ser sustanciales. Para bien o para mal, ahora mismo es único.

—¡Mierda! —exclamó Bethany Anne, exasperada.

«TOM, necesito tu opinión sincera. ¿Intentamos llevarnos a ADAM con nosotros o lo freímos?»

Ella preguntó: —¿Cómo se hace un apagado de emergencia?

Jeffrey se volvió hacia Tom, cuyo rostro mostraba pánico. —¿Qué? ¿Tenemos que hacer un apagado de emergencia de los ordenadores?

Bethany Anne espetó: —Chicos, siempre podemos reconstruir a ADAM. Lo haremos mejor la segunda vez, con lo que habéis aprendido, pero no puedo permitir que la Fuerza Aérea haga acusaciones estúpidas que no se basen en la realidad.

—¿Mejorarlo? —preguntó Tom en voz baja. Pensaba en todo el trabajo duro y las noches sin dormir.

—Mirad, dejad de andaros con rodeos —espetó Bethany Anne.

«Llevémoslo con nosotros.»

«Vale, ¿puedes hacerlo? Coge su código o lo que sea e introdúcelo en el ordenador de mi cabeza.»

«Por supuesto. Solo tenemos que…»

«Por favor, ahora no. Ya me contarás lo increíbles que sois tú y tus ordenadores más tarde. Hazlo de una puta vez. Vamos con el tiempo justo. Tendrás tu propio dormitorio si lo terminas antes de que tengamos que irnos.»

«¿Cuándo es eso?»

«Probablemente diez minutos antes de lo que necesitas.»

«Vale, pero quiero una habitación en la segunda planta.»

Notó que TOM apartaba su atención de su mente y empezó a sentir un ligero dolor de cabeza, algo que nunca era bueno cuando TOM estaba usando el ordenador.

Bethany Anne volvió a centrarse en Tom. —Dime cómo hacer un apagado de emergencia de esta mierda y luego tú y los otros dos tenéis que salir e iros a otro edificio, actuando como si no os importara nada. Se volvió hacia John. —Voy a necesitar a Ashur aquí conmigo. Vosotros tendréis que volver a Florida por vuestra cuenta.

John asintió y gritó por encima del hombro: —Mostradle el botón, chicos. ¡Vamos!

Jeffrey asintió a Tom, que se volvió hacia el escritorio con los hombros caídos. Bethany Anne lo siguió. Él cogió una caja metálica del escritorio y señaló un botón debajo. —Pulsa ese botón y luego sal. Tienes diez segundos para estar fuera del edificio.

Bethany Anne frunció los labios. —¿Tenéis un "botón rojo" literal que pulsar en caso de necesidad?

Tom miraba el botón, el botón que nunca pensó que tendría que usar. Eso mataría a su criatura. Había puesto todo su esfuerzo, sudor y lágrimas en este código y esperaba… Bueno, no estaba seguro de lo que esperaba, pero no era un final tan poco glorioso como este. Maldita Fuerza Aérea, pensó.

—Sí, me pareció gracioso.

Bethany Anne le puso una mano en el hombro. Apenas lo notó.

—¿Tom? No te preocupes. Mi equipo y yo haremos todo lo posible para sacar lo que podamos de ADAM antes de que la Fuerza Aérea tenga oportunidad de entrar, ¿de acuerdo?

Asintió y volvió a colocar la caja sobre el interruptor.

Jeffrey habló. —¿Estamos seguros de que la Fuerza Aérea va a hacer esto? No me gustaría hacer un apagado de emergencia de los ordenadores y descubrir luego que han decidido no hacerlo.

Bethany Anne negó con la cabeza. —Mi equipo es de los mejores que hay. Si dicen que esto va a pasar, podéis apostar vuestro culo a que así será. Miró a su alrededor, pensando en lo que Tom y Jeffrey estarían dispuestos a ocultar a la Fuerza Aérea. —Bien, chicos, salgamos y quiero que cerréis las puertas de seguridad.

Jeffrey preguntó: —Si estás fuera de las puertas de seguridad, ¿cómo vas a entrar? ¿Te has aprendido los códigos de memoria?

Ella negó con la cabeza. —No. Tampoco he tocado el teclado. Si comprueban las huellas dactilares, quiero que solo estén las tuyas o las de Tom. Luego los acompañó fuera de la sala.

Jeffrey se giró y comprobó que la puerta quedara cerrada y bloqueada. Cuando se volvió, se sobresaltó. Intentó retroceder, pero la puerta lo detuvo. —¡Joder! ¿Quién ha dejado entrar al lobo?

Ashur miraba a los hombres.

—Este es Ashur. Es mi perro guía. Agarró a Ashur por el cuello. —John, id al cuarto de al lado. No quiero que vuelva nadie aquí hasta que la Fuerza Aérea os obligue a abrir las puertas, ¿de acuerdo? Se volvió hacia Jeffrey. —¿Hay alguien más en esa sala de seguridad? Él negó con la cabeza.

Tom intervino: —Si quieres pruebas sólidas, haz que Jeffrey introduzca la clave de administrador y la programe para unas horas.

—John, ¿cuánto tiempo tenemos?

El guardia miró su reloj. —Dudo que tengamos tanto tiempo.

Ella asintió a Jeffrey. —Hazlo. Así estaréis cubiertos si pasa algo.

Se encogió de hombros y obedeció. Esa puerta no se abriría sin que saltara una alarma ensordecedora. Nadie la confundiría con la de un coche, eso seguro.

Cuatro luces rojas brillaban en el teclado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jeffrey.

—Ahora id a jugar al póker o algo así hasta que llegue la Fuerza Aérea o sea hora de que John y Eric regresen al avión.

John asintió con la cabeza y se dirigió hacia la puerta principal. —En marcha, hombres.

Su voz autoritaria hizo que ambos se encaminaran hacia la puerta. Jeffrey miró por encima del hombro a Bethany Anne, que simplemente sonrió y le saludó con la mano. —Nos vemos en Colorado, ¿verdad? —lo confirmó alegremente.

Jeffrey se limitó a asentir, sin pensar realmente en lo que ella le pedía. En cambio, se preguntó cómo demonios sería capaz de hacer algo ahora.

En cuanto los hombres salieron del edificio, agarró a Ashur por el cuello y se translocaron de vuelta a la sala.

«Ahora, TOM. Date prisa y descarga a nuestro amigo digital.»

«Ya estoy en ello, Bethany Anne. Estamos ampliando los dispositivos inalámbricos para aumentar el ancho de banda.»

«¿Nosotros?»

«Es una forma de hablar. El software y yo estamos trabajando juntos para facilitar la descarga.»

Bethany Anne miró la caja y se acercó a la mesa. Ashur la siguió y se tumbó en el suelo a su lado.

Veinte minutos más tarde, Tom y Jeffrey vieron dos vehículos de la Fuerza Aérea doblar por su calle.

Jeffrey los observó con tristeza. —Aquí viene la caballería.

Tom murmuró: —No es mi caballería, esta vez no.

John metió la mano en el bolsillo mientras hablaba con Eric. —Borra tu teléfono por si acaso.

Ambos acababan de desbloquear sus teléfonos cuando todos los dispositivos electrónicos se apagaron.

Eric miró a su alrededor. —¿Qué cojones?

John preguntó: —¿Un apagón, chicos?

Tom dijo en la oscuridad: —Imposible. Tenemos un sistema de respaldo carísimo. Será mejor que vayamos al frente. Nada de esta mierda va a funcionar durante un buen rato, si es que vuelve a hacerlo.

John se dio la vuelta y se dirigió hacia la entrada. —¿Por qué?

—Porque, al parecer, el blindaje no era perfecto. Podéis dar por perdidos vuestros móviles.

Eric se giró para preguntarle a Tom qué quería decir cuando se golpeó la espinilla contra una silla. —¡Gott Verdammt! Eric oyó a John delante, riéndose. —¡Joder, John, eso duele! Tras cojear un par de veces, Eric empezó a caminar un poco más erguido. —¿Por qué no funcionan nuestros móviles?

Jeffrey respondió: —Porque acaba de estallar el PEM, el pulso electromagnético.

CAPÍTULO 18

Los cuatro hombres salieron del edificio, mirando a ambos lados.

Tom comentó: —Mmmm, el Edificio Tres está bien. Me pregunto qué habrá causado todo este lío.

Los dos vehículos de la Fuerza Aérea se acercaron a ellos. Menos mal que no estaban más cerca o sus coches también habrían quedado inutilizados.

Eric murmuró por lo bajo: —Joder… El todoterreno estaba cerca del Edificio Uno. Parece que tendremos que coger un taxi. John asintió con la cabeza, comprensivo.

A John y Eric les resultó curioso ver la escena. Jeffrey dijo que eran inversores que habían llegado un poco antes y que no tenían ni idea de lo que pasaba.

Les explicó a los de la Fuerza Aérea que acababan de salir. Se había ido la luz en dos de sus edificios y estaban intentando averiguar qué ocurría.

Todos se volvieron hacia Tom cuando gritó: —¡Joder! Y salió corriendo hacia el Edificio Uno. La Fuerza Aérea le ordenó de inmediato que se detuviera. Tom obedeció.

Tras unos minutos de discusión, la Fuerza Aérea comprendió que él había estado intentando averiguar por qué todos sus dispositivos habían muerto. Fingió darse cuenta de que el Edificio Uno dependía de la electricidad. Tom y Jeffrey, junto con tres oficiales de la Fuerza Aérea, se dirigieron allí en grupo para ver qué ocurría.

Jeffrey había pensado en quejarse al oficial de la Fuerza Aérea de que su personal no tenía autoridad para seguirlos y señalar que, obviamente, tenían una configuración segura. Sin embargo, había ofrecido que el otro oficial pasara a revisarlos en cualquier momento. Al final, decidió actuar como si todo el episodio no fuera gran cosa.

Tom se comportaba como si acabara de perder a su primogénito. Efectivamente, la sala de servidores estaba muerta: sin aire acondicionado, sin luces, sin ruido, sin ventiladores, nada. Estaba tan oscura como una caverna. Jeffrey pensó en despedir a Tom en público por permitir aquello, pero decidió no hacerlo.

John no tenía mucho que fingir. Sin embargo, armó un gran alboroto porque su todoterreno se había quemado y se quejó de tener que coger un taxi para volver al aeropuerto, y ni hablar de pagar al conductor otro taxi para salir de allí. Les dijo a los dos, mientras los de la Fuerza Aérea escuchaban, que informaría a la jefa de semejante metedura de pata.

También dijo que si ella no les cortaba la cabeza a los dos, se sorprendería. Mientras los reprendía en público, llegó un taxi y él y Eric se subieron y se marcharon.

Mientras todos veían cómo el taxi se alejaba calle abajo, Jeffrey comentó, sin dirigirse a nadie en particular: —¡Vaya gilipollas pomposo!

Nave de la Puñetera Reina — *Ad Aeternitatem*

Ashur, Bethany Anne, John y Eric salieron de la cabina de TOM en su nave y fueron hacia la puerta. Ella tecleó el código, abrió y se topó con un sorprendido Todd al otro lado.

Ella le sonrió. —Qué sorpresa encontrarte aquí. Se volvió hacia Darryl, que estaba a su lado. —Hola, grandullón, ¿todo bien por aquí? Él sonrió y se apartó para dejar que todos salieran de la nave espacial.

«TOM, por el amor de Dios, ¿puedes calmar un poco el ordenador? El zumbido es insufrible.»

«No estoy seguro de qué está consumiendo los ciclos del ordenador, Bethany Anne. Me encargaré de ello.»

Ashur se quedó cerca del equipo. Gabrielle y Scott llegaron unos minutos más tarde. Bethany Anne los saludó: —Paz, amor, y mataría por unas galletas. No tendréis ninguna, ¿verdad?

Gabrielle parpadeó, sin saber por qué pedía galletas. —Nooo, pero imagino que podríamos encontrar algunas en la cocina. ¿Por qué?

—Solo un antojo. ¿Querías hablar?

Bethany Anne observó que su equipo, excepto Gabrielle, se había dispersado. —Sí, y parte del motivo es esta nave. ¿Podemos entrar?

Se encogió de hombros, volvió hacia la nave, introdujo el código y ambas entraron. La puerta se cerró.

—Bueno, ¿qué pasa?

Gabrielle respondió: —En primer lugar, Stephen me ha pedido que me reúna contigo para trasladar esta nave a un lugar más seguro mientras todos estén fuera.

Bethany Anne consideró su petición. —De acuerdo, ¿por qué? ¿Pensamos que David tiene alguna pista y que está vigilando en secreto esta nave, y que por eso ha tendido esta trampa?

—No, no exactamente. Nos preocupa que pueda tener gente en alguna de las marinas de los países cercanos. Si fuera así, podrían atacar mientras estamos ausentes. Stephen ha dicho a los capitanes que no permitan que nadie suba a bordo, lo que podría provocar que los barcos fueran atacados. Si esta nave recibe un impacto en este compartimento o se hunde junto con la *Ad Aeternitatem*, será un problema.

—Eso es… quedarse un poco corto. Ojalá ya tuviéramos la base. Entonces esto sería pan comido.

Gabrielle preguntó: —¿Y si lo devolvemos al lugar donde lo encontraste?

La vampiresa lo pensó.

«¿Bethany Anne?»

«¿Sí?»

Levantó un dedo para detener a su compañera un segundo y se tocó la sien para hacerle saber que estaba hablando con TOM.

«Ahora puedo comunicarme con la nave. Podemos moverla a una órbita baja y dejarla camuflada. Allí arriba nada la molestará.»

«¿Y si alguien la encuentra? Estoy segura de que hay muchos radares y telescopios apuntando al cielo sobre nosotros.»

«Un segundo… Vale, tengo un lugar en el que, aunque lo dejemos sin blindaje, será casi imposible que lo encuentren.»

Bethany Anne consideró lo que TOM acababa de hacer.

«¿Te estás conectando a Internet y averiguando estas cosas por tu cuenta?»

«No… exactamente.»

«¿Qué estás haciendo exactamente?»

«Bueno, como tenemos un producto educativo que tiene la capacidad de filtrar…»

«Oh. Dios. Mío. ¿Estás usando a ADAM para tu proyecto de investigación?»

«Lo dices como si fuera una mala idea.»

«¡Porque lo es! ¿Cómo cojones sabes lo que está pasando con el software? Lo has traducido y lo has metido en nuestro superordenador, por el amor de Dios. ¿Cómo demonios ha logrado tal hazaña? ¿No me dijiste que el código humano y el tuyo no eran compatibles?»

«Bueno, te dije que nadie de la Tierra sería capaz de hacerlo. Resulta que entiendo bastante bien ambos lados.»

Bethany Anne se llevó las manos a la cabeza inclinada. TOM iba a conseguir que un día se tirara de un edificio. A veces era como un adolescente.

—¿Problemas con el pequeño? —preguntó Gabrielle en voz baja.

—¡Sí! Me haría beber si me gustara aunque fuera un poco. Es una puta frustración: no hay manera de emborracharse.

—Imagina lo que pasaría con tu fuerza y sin inhibiciones.

—Sí, vale, lo veo. Pero para responder a tu pregunta, TOM puede pilotarlo y aparcarlo junto a un satélite. Nadie podrá entrar ahí arriba.

—Vale. Ya está una. Aquí va la segunda: los chicos quieren hablar de una mejora.

Bethany Anne frunció el ceño. —¿Mejorar qué, sus chalecos antibalas?

Gabrielle llevó una mano a su cabeza. Bethany Anne frunció el ceño y vio cómo se cerraba en un puño mientras la otra le daba dos golpes secos en la suya. —¡Ay! ¡Zorra! Bethany Anne se frotó la cabeza. —¿A qué viene eso?

—Porque estás siendo tan torpe como tu padre.

Siguió masajeándose la cabeza. —Considera que me has corregido. Luego recapacitó sobre lo que Gabrielle le había dicho. —Oh… Ooohhh.

La vampiresa observó a la joven. —No me digas que no pensaste que te lo pedirían. ¿Después de lo que hiciste por John?

Bethany Anne empezó a hablar mientras caminaba por el pasillo. —Necesitaba salvar la vida de John y le di un montón de sangre para hacerlo. Estaba bastante mal y yo era nueva en todo esto de salvar a gente con sangre. La forma en que se ha comportado conmigo desde entonces me ha asustado un poco.

—¿Cómo se ha comportado contigo? Gabrielle no se había dado cuenta de que John incomodaba a Bethany Anne.

—Justo después de eso, decidió convertirse en mi Guardia de por vida. Sentí como si quizá yo… no sé, ¿lo hubiera coaccionado con mi sangre o algo así?

—¿Te preguntas si tu sangre hizo que se convirtiera en tu esclavo Guardia?

La risa de Bethany Anne resonó en el pasillo. —¡Dios, no! No puedo imaginar a John como esclavo de nadie, pero es tan protector conmigo y siempre con lo de "me salvaste, así que te lo debo". Supongo que me asustó haber convertido a uno de ellos en un Guardia zombi, y me preocupa que los demás piensen que, de algún modo, cambié a su amigo.

—¿En algún otro nivel? ¿Uno del que no te han hablado?

Bethany Anne dejó de pasear. —Sí. Sé que parecen felices por fuera, pero ¿qué hay en su interior?

Gabrielle se acercó a su jefa y le puso las manos en los hombros. —Bethany Anne, son felices porque creen en ti y te quieren. La gente te sigue. Yo te sigo porque te preocupas tanto por tus amigos y tu familia que incluso te dices tonterías como que tu sangre los convierte en seguidores zombis. A veces, mi reina, eres

tremendamente estúpida. Esperó una reacción física, pero la joven no dijo nada.

Bethany Anne tomó la cabeza de su amiga con ambas manos y la acercó para besarle suavemente la frente. Gabrielle notó una lágrima resbalando por el rostro de su jefa cuando la soltó. —Gracias por eso. No tienes idea de lo felices que me hacéis los cinco.

Gabrielle retiró las manos de los hombros de Bethany Anne, y la vampiresa más joven se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. —Hagámoslo antes de que empiece a llorar.

—¿Puedo decirles a los chicos que tú…?

—¡Ni de coña!

Gabrielle sonrió cuando Bethany Anne se secó disimuladamente la lágrima del rostro.

Los Guardias de la Reina esperaban fuera de la nave de TOM a que apareciera su líder. Ella no les dijo lo que pasaba. La puerta de la nave se abrió y Bethany Anne salió delante de Gabrielle y ordenó: —Reúne a los chicos. Ahora vuelvo. Y desapareció.

Todd tardó un minuto en cerrar la boca. No solía estar presente cuando ella hacía cosas así.

Unos treinta minutos más tarde, la puerta se abrió de nuevo y todos se volvieron para ver a Bethany Anne sonriendo con una mochila en las manos. Les dio la bienvenida a bordo y le dijo a Todd que fuera a descansar, pues ella se encargaría de la nave por el momento. Al mismo tiempo, el capitán Wagner entró en la zona de espera.

Al verlo, Bethany Anne le dio la mochila a Gabrielle y bajó de la nave. Se encontró con el capitán a mitad de camino y le tendió la mano. —¿Has decidido venir a verla despegar esta vez?

El capitán Wagner miró más allá de ella, hacia la nave. —Sí. Me atrae como la luz a las polillas. ¿Esos motores serán seguros en mi nave? Hay un rumor de que podrían acabar con todos nosotros.

Bethany Anne echó un vistazo a los motores apoyados contra la pared. No eran gran cosa, pero por cómo los trataba Marcus, cualquiera diría que eran lo más valioso del mundo.

—Tanto Marcus como TOM me han dicho que son seguros… lo suficiente. No haría explotar nada justo al lado para comprobar sus teorías, pero mientras no ocurra un evento catastrófico, no se activarán. Casi tuve que golpear al científico en la cabeza cuando le dejaron entrar en la sala de máquinas de TOM.

Los motores tardaron una hora en cargarse. Ella dejó a Marcus encargado de mover los pequeños pero pesados dispositivos. Él recibía instrucciones de TOM en su ordenador portátil, colocaba un motor en la ubicación indicada y luego se apartaba mientras la máquina cerraba la puerta protectora y comprimía el difluoruro de xenón a más de 3,2 millones de atmósferas. En ese momento, TOM abría una pequeña compuerta al Éter y la energía potencial del motor alcanzaba el equilibrio con la presión energética de la compuerta. Todos los motores tenían suficiente potencia para mover los IZTA. Si necesitaban una velocidad considerable, había suficiente energía localizada en el motor. Si no trabajaban a plena carga, el motor los alimentaba, pero la conexión con el Éter reponía de inmediato la energía gastada.

Algo así como un Toyota Prius híbrido de batería y gasolina. Marcus había puesto cara de disgusto cuando se hizo esa analogía.

—¿Cuáles son tus planes? —preguntó el capitán Wagner a su jefa.

—Cuando veas que la nave active el dispositivo de ocultación, abre las puertas del hangar. Notarás que hay algo en el aire, pero no lo verás. Sabrás cuándo he salido. De todos modos, solo tardaré unos segundos. Llevaré a todos a mi suite en el *Polarus* y luego traeré a tu protección de vuelta a tu nave.

—¿Me llevarás a dar una vuelta alguna vez? —preguntó, sonriendo, a Bethany Anne.

Ella miró al capitán directamente a los ojos. —Capitán, no solo te llevaré a dar una vuelta: te construiré tu propia maldita nave espacial. Se dio la vuelta y volvió a entrar en la nave de TOM,

percibiendo más que viendo la expresión de shock en el rostro del capitán Wagner.

«TOM, cuando entremos en la enfermería, llévanos arriba.»

«¿A qué altura?»

«Lo suficiente para que la vista sea hermosa.»

Después de cerrar las puertas de la nave, hizo que todos la siguieran a la enfermería. —Caballeros… mis cabronas, por favor. Las risas recorrieron la sala. —Fuisteis los primeros humanos que mirasteis a la nueva Bethany Anne y me visteis no como alguien diferente, sino como alguien a quien queríais y decidisteis seguir. Probablemente nunca os expresé lo mucho que me afectó eso en nuestro viaje a Miami.

Una lágrima le resbaló por la mejilla. Darryl miró a Scott, sorprendido: Bethany Anne no lloraba nunca. —Pero me habéis apoyado desde Florida. Habéis aceptado trabajos que nadie más habría creído posibles. Me seguisteis hasta el campo de batalla de la oscuridad, y no dejamos de dar patadas en el culo a nuestros enemigos hasta salir al otro lado pisando sus calaveras. Se volvió hacia John. —Señor Grimes, tomaste a un Wechselbalg inexperto e inútil y lo convertiste en el hombre que es hoy: el primer hombre lobo en derrotar a un vampiro en cientos de años.

Miró a su equipo, a esos hombres que la habían seguido desde Florida hasta Costa Rica, de Rumanía a Argentina. —Señor Escobar, señor English y señor Jackson, como "simples humanos" habéis conseguido que los Wechselbalg respeten el suelo que pisáis. Habéis dado a la Tierra la oportunidad de construir nuestro propio ejército para el futuro. Luchasteis contra los nosferatu antes de conocerme y habéis luchado sin vacilar desde entonces. Ahora vamos a aplastar a esos cabrones bajo nuestras botas para levantarnos y prepararnos a defender nuestro hogar.

Darryl murmuró: —¡Oorah!

Bethany Anne extendió la mano hacia Gabrielle, que le entregó la mochila. Abrió la cremallera y sacó seis copas de vino y dos bolsas de sangre. Los hombres entendieron al instante lo que estaba pasando. Tras sus palabras, cada uno se irguió todavía más, si es que eso era posible.

—Todos en estos barcos saben lo que se necesita para llevar la insignia: la insignia de mi equipo personal. Colocó las seis copas. Gabrielle se acercó y tomó dos, dando a Bethany Anne la oportunidad de abrir una de las bolsas y llenarlas hasta la mitad. —En esta bolsa está mi sangre, llena de nanocitos programados para mí. La misma sangre que le di a John, con un añadido. Gabrielle tomó las dos primeras copas y se las entregó a John y Eric, luego cogió otras dos para que Bethany Anne las llenara. —Esta sangre tiene la misma modificación que hice para Stephen. Si estáis cerca de mí, sabré dónde estáis. Si os hacen daño, lo sentiré. Terminó de llenar las dos copas y Gabrielle se las pasó a Darryl y Scott.

Gabrielle cogió las dos últimas copas y Bethany Anne llenó una con lo que quedaba de la primera bolsa, luego abrió la segunda para verterla en la última. Esta la llenó casi hasta rebosar.

Con cuidado, dejó la bolsa y tomó la copa llena de Gabrielle. Los cuatro hombres se acercaron, todo lo que permitía la sala estrecha. —TOM ha modificado los nanocitos de vuestras copas. Se propagarán y crearán más de sí mismos antes de detenerse. La cantidad que vais a consumir se multiplicará varias veces. Tardará entre unos días y unas semanas en completarse, pero sentiréis los efectos en unas pocas horas. Dentro de un mes, tendré a cada uno de vosotros en este Pod-doc para terminar y confirmar los cambios. Eso os mantendrá inconscientes durante una semana, muy probablemente. Lamento decir que no tenemos ese tiempo hasta que acabemos nuestra lucha con David.

Miró a cada uno a los ojos antes de pasar al siguiente. —Si decidís beber esta sangre, estáis haciendo un pacto conmigo para estar aquí hasta el final, hasta que os libere de él o muráis. Si aceptáis que este es el camino que deseáis tomar, un futuro desconocido salvo por el peligro, entonces no puedo hacer más que aceptar humildemente vuestra decisión. Vuestro deseo de ser el grupo que utilizo para proteger a mi gente, para proteger esta Tierra, para usar como considere necesario para lograr lo imposible. No importa adónde tenga que enviaros ni lo hondo que sea el pozo de oscuridad en el que nos encontremos. Os juro por mi nombre, por mi vida y por mi sangre que seréis el grupo de Guardias más

temido de esta galaxia, o de cualquier galaxia que visitemos. Aquí y ahora está la línea divisoria entre vuestra opción de seguir siendo humanos, seguir siendo normales y tener una vida real… o aceptar que vuestra vida será más dura, más larga y más peligrosa de lo que cualquier persona en su sano juicio consideraría.

—Sois los Guardias de la Puñetera Reina. No huís, no os acobardáis, no conocéis el significado de rendirse o ceder. Estamos en esto hasta que la muerte nos arrebate el alma. Miró a John.

—John Grimes, el Guardia que me dijo que fuera a salvar a los que estaban en el campamento. Daré mi vida para que esta Tierra esté a salvo. ¿Cuál es tu decisión?

John la miró directamente a los ojos. —Bethany Anne, ha sido un honor conocerte, luchar a tu lado y hacer las acciones oscuras que nadie sabrá jamás que hemos hecho en su nombre. Tienes mi pacto, mi promesa por mi honor, por mi nombre y por tu sangre, de que estaré contigo *Ad Aeternitatem*. Sin apartar la mirada de sus ojos, vació la copa.

A cada uno de los hombres les juró lo mismo, y cada uno siguió el ejemplo de John, sosteniéndole la mirada mientras bebían la sangre. Ella bebió un poco de su copa con cada uno de ellos.

Gabrielle sintió la mirada de los cuatro hombres. Sonrió, dejó la copa con delicadeza sobre el Pod-doc, se acercó y se plantó delante de Bethany Anne.

Los hombres se miraron entre sí. ¿Qué estaba haciendo?

Bethany Anne sonrió. Ya había estado allí una vez.

Gabrielle habló solemnemente. —Mi padre es un hombre chapado a la antigua, y debo admitir que lo admiro por mantener las viejas costumbres. Se arrodilló frente a su Reina y la miró.

Bethany Anne la miró. —Gabrielle, necesito que seas mis ojos y mis oídos aquí en la Tierra y en el universo. Necesito que seas fuerte por mí. Por mí, por Nacht y por el mundo. ¿Aceptarás este regalo de mi sangre, sangre que te fortalecerá y te conectará conmigo? ¿Y trabajarás conmigo para hacer de este mundo un lugar mejor para Nacht, para el Mundo Ignoto y también para los humanos?

La vampiresa mayor inclinó la cabeza. —Sí, mi señora.

Bethany Anne extendió su muñeca. —Bebe, Gabrielle. Júrame lealtad y te daré el sustento necesario para que vuelvas a mí. Pero si no te detienes cuando te lo ordene, te atravesaré el cráneo con mi puño. ¿Me entiendes?

Nunca se podía ser demasiado cuidadoso con los vampiros.

Gabrielle la miró a la cara, con una leve sonrisa en los labios. Al parecer, Stephen le había contado toda la historia. Tomó con suavidad la muñeca de Bethany Anne mientras le crecían los colmillos. Los hombres observaron cómo la líder de su equipo bebía de la muñeca de su Reina.

Allí, en la enfermería kurtheriana de una nave en medio del océano Mediterráneo, en un planeta llamado Tierra, cinco personas hicieron un juramento para ayudar a cambiar la galaxia.

En el futuro, su nombre cambiaría. Aunque seguían siendo responsables de su seguridad, Bethany Anne los enviaría a misiones imposibles, confiando en que su gente haría el trabajo que debía hacerse, sin importar el coste. Otros les dieron su nueva designación: se convirtieron en los Propios de la Reina.

Que el Infierno tenga piedad de ti si te encuentras en el lado equivocado de cualquiera de los Propios de la Reina. Uno ya era un problema. Cuando se juntaban dos, la gente empezaba a abandonar la zona.

Si aparecían los cinco, los que tuvieran dos dedos de frente se largaban del planeta.

Porque si los cinco no se ocupaban del asunto, su Reina no tardaría en llegar.

CAPÍTULO 19

Turquía, a treinta millas de la frontera con Siria

Stephen estaba sangrando.

El equipo había llegado a la ciudad y había encontrado un lugar de aterrizaje cerca del punto donde los satélites sugerían que se escondían los que aún estaban vivos. Todos sacaron rápidamente su equipo del helicóptero y el equipo Wechselbalg cogió raciones extra de comida y agua para los supervivientes.

El cebo.

Todos se habían movido con rapidez. Todd y Chet habían mantenido un perímetro mientras Ecaterina y Nathan intentaban comunicarse con las personas dentro de la caverna para explicarles que no estaban allí para comérselas.

Finalmente, la puerta se abrió y un hombre salió antes de que se cerrara rápidamente tras él.

Era el último estadounidense, el que Frank había dado por muerto.

Miró fijamente a los rescatadores. —¡Gracias a Dios! Pensé que nos habían dado por perdidos a todos. Todd se acercó y le tendió la mano. —Todd Jenkins. Antes estaba en los Marines, ahora formo parte de… Sonrió, ya que su grupo no tenía identificador. El vampiro se acercó. —Me llamo Stephen. Tu ejército pidió nuestra ayuda, así que puedes considerarnos contratistas.

El soldado se acercó para estrecharle la mano. —Arthur DeTongass. No me preguntes con quién estoy y no te diré ninguna mentira. El apretón de manos fue firme y la sonrisa sincera. A Stephen le gustó este hombre.

—Muy bien, señor DeTongass.

Arthur interrumpió a Stephen: —No, llámame Art. Mi padre era el señor DeTongass.

—Muy bien, Art. ¿Puedes contarnos cuál es la situación?

El soldado miró a las personas que lo rodeaban. Solo cuatro lo miraban, pero sabía que todos escuchaban. Tenían buen oficio de campaña. —¿Sabes lo que pasó aquí?

Stephen asintió. —Sí. Llegasteis después de que se perdiera un equipo turco. Traíais dos equipos de cuatro y tú eres el último superviviente, aunque se te daba por muerto.

—Todo cierto. Se suponía que debíamos averiguar más y presentar un informe. Si no había supervivientes, el mando daría las órdenes y nuestros chicos bombardearían el lugar. Francamente, me sorprende que aún no lo hayan hecho.

—Saben que hay supervivientes gracias al satélite y al infrarrojo. Algunos de los nuestros creen que si matan a los supervivientes que se esconden tras esa puerta, los GDFM que están en las cavernas abandonarán la zona.

Art frunció el ceño. —¿GDFM?

Stephen sonrió. —Tenemos un informático que los llama GDFM, que en español significa "malditos monstruos raros", y el nombre se ha quedado.

Ecaterina intervino. —¿Por qué oigo voces de niños?

Art se volvió hacia ella. —Porque tenemos cuatro niños de la zona y veintidós que fueron secuestrados y traídos aquí.

Ella entrecerró los ojos. —¿Hay niños ahí dentro? Señaló la puerta.

—Sí, señora. Veintiséis niños, cuatro adultos, yo incluido, y cuatro gallinas. No recomiendo jugar con las gallinas: arañan.

Ella asintió. Todo el mundo lo sabía, ¿no?

Stephen consideró la situación. —Tenemos que sacar a los niños de aquí. Nosotros seremos suficientes para mantener a raya a los

GDFM. Hablaré con Chris y los sacaremos en el *Shelly*. Será un poco apretado, pero si enviamos a un adulto para ayudarles, debería funcionar.

Nathan se dio cuenta de que Ecaterina lo fulminaba con la mirada. Levantó ligeramente las manos y articuló con los labios: "tú no". Luego volvió a escudriñar la zona.

Art explicó: —Tenemos a dos mujeres en la caverna. Cualquiera de las dos, o ambas, servirían. También tenemos a un ministro que está bastante malherido.

Pete intervino sin apartar la vista de los alrededores. —Tenemos suministros médicos, comida y agua. ¿Dónde los quieres, Stephen?

El vampiro miró al soldado. —¿Hemos pasado la prueba, Art? ¿Nos permitirás ayudar a los que están dentro?

Asintió y volvió a la puerta, dando tres golpes secos y luego dos.

—Soy yo, Diane. La puerta se abrió y apareció una mujer pelirroja, delgada como un junco.

—¿Art?

—Soy yo. Estos chicos han sido enviados por mi país para ayudar.

Ecaterina se acercó. —Tenemos comida y agua para los niños, además de primeros auxilios para tu ministro.

La puerta se abrió más. —¿Traéis provisiones? ¡Gracias a Dios!

Stephen señaló a Todd. —Mantén al grupo en marcha. Voy a hablar con Chris sobre cuántas de estas personas podemos evacuar en el *Shelly*. Localiza a Dan y busca un lugar seguro para llevar a los niños. Chris no tendrá que regresar hasta los barcos.

El marine se dio la vuelta y regresó rápidamente al *Shelly*. Chris y Tim habían apilado los suministros y el armamento a unos doce metros del helicóptero. El enorme Wechselbalg asintió a Stephen y el piloto comentó con sarcasmo: —Maldita sea, está bien estirar un poco las piernas, pero hacer que el piloto cargue con toda esta mierda debería estar prohibido por la Convención de Ginebra.

Stephen respondió en tono jocoso: —Chris, yo nunca firmé los documentos de Ginebra, ni tampoco Bethany Anne, que ni siquiera había nacido entonces. Luego giró la cabeza a la velocidad del rayo y fijó la mirada en el valle, hacia las montañas de la izquierda. —Que

le den por culo a David en esta vida y en la próxima. Gritó al grupo que estaba en la caverna: —¡Misil entrante!

El vampiro corrió hacia Chris, reduciendo la velocidad lo justo para no hacerle demasiado daño, y luego chocó contra Tim, que empezaba a reaccionar. Lo agarró por la cintura y lo empujó hacia delante. —¡Mueve tu culo perezoso de Wechselbalg! Casi habían alcanzado la seguridad de un edificio de bloques de hormigón cuando un misil impactó contra el *Shelly*. Stephen empujó al licántropo hacia delante, ya que podía curarse, y luego colocó a Chris delante de él para que su cuerpo lo protegiera cuando el cohete destrozara su transporte en el valle.

La explosión sacudió la pequeña ciudad y el ruido reverberó contra las paredes del valle. Stephen comprobó el pulso de Chris: estaba inconsciente, pero parecía estar bien. Tim se levantó, apartando un tablón que había caído sobre él.

Stephen se volvió hacia el helicóptero en llamas. Oyó que Tim se acercaba a él. —Bobcat se va a cabrear.

El vampiro sonrió. Parecía que hacía falta algo más que un helicóptero explotado y un roce con la muerte para afectar a Tim. —Eso seguro. Pero era el helicóptero de Bethany Anne. Espero que tenga el seguro pagado.

Nathan, Pete y Matthew llegaron corriendo. Nathan gritó: —¿Todos bien?

Stephen señaló a Chris. —Está inconsciente, pero por lo demás está bien. Llevadlo a la caverna.

Matthew y Pete levantaron a Chris con facilidad y se lo llevaron.

Nathan se unió a los otros dos para ver cómo ardía el *Shelly*. —Bueno, supongo que acabamos de descubrir parte del plan de David.

—En efecto.

—Bobcat se va a cabrear.

Tim gruñó: —Eso mismo dije.

Stephen exclamó: —¡Joder! Y se lanzó a velocidad vampírica. Los chicos entendieron que había ido a por los suministros y corrieron a ayudarlo.

Tardaron tres minutos en trasladar los suministros a un lugar mejor. El calor había empezado a dañar las cajas.

Cuando apilaron la última caja, el vampiro le dijo a Nathan: —Si esas balas hubieran explotado, habría sido un fastidio.

El licántropo se quedó callado. Stephen era el vampiro más tranquilo con el que había tratado nunca, pero tenía un sentido del humor muy seco.

Miró hacia la caverna. —¿Y ahora qué?

Stephen siguió su mirada. —Ahora nos atrincheramos, Nathan. Esos niños pueden haber sido el cebo en la trampa de David, pero te aseguro que mi Reina nunca los abandonaría. No es culpa suya que se hayan visto envueltos en nuestro conflicto. No dejamos atrás a los nuestros, Nathan. Nunca. Subamos todos nuestros suministros allí arriba. Alguien tiene que asegurarse de que no haya una entrada trasera a la caverna. Sería típico de David instalar una. Luego descansaremos, porque esta noche mataremos hasta que la luna se tiña de rojo.

Se dirigió hacia la caverna.

Un minuto después, descubrió la segunda parte del plan de David: sus equipos de comunicación estaban siendo bloqueados activamente.

Stephen miró la posición del sol y luego volvió a mirar a su equipo. —¿Tenemos suficiente sangre?

Nathan asintió. —Mucha, en hielo por ahora. ¿Por qué?

El vampiro se acercó a Todd, que tenía el teléfono vía satélite. —Dame el teléfono. Viajaré tan rápido como pueda hasta que consiga señal o se me acabe el tiempo para volver aquí antes de que anochezca. Reúnete con Art y averigua cuántos han oído por la noche. Puedes estar seguro de que esta noche tendremos muchos más.

Se dio la vuelta y corrió más rápido de lo que lo había hecho desde la última gran guerra en la que había participado.

Excepto que esta vez no era un lobo solitario, sino un líder.

CAPÍTULO 20

Costa turca

William miró sus diez IZTAs de primera generación. —Son un grupo feo, ¿verdad?

Bobcat respondió: —Claro que sí, pero funcionarán. Lo hemos conseguido y ahora tenemos que llevarlos al barco.

William se encogió de hombros. —¿Por qué no traemos los motores hasta nosotros?

El piloto guardó silencio un momento. —Buena idea. Llamaré a la nave y les pediré que preparen los motores, luego volaré hasta allí y los traeré.

Mientras regresaba al *Ad Aeternitatem*, algunos miembros de la tripulación trasladaron los pequeños cubos metálicos a la zona de aterrizaje y se prepararon para ayudar a cargarlos en cuanto aterrizara. Marcus lo esperaba.

Bobcat apenas había tocado la pista cuando el científico ya estaba dentro.

Lo miró. —Actúas como una madre primeriza. Todo irá bien. Siéntate delante para que tengan espacio suficiente atrás.

Marcus se sentó en el asiento delantero junto a él, se abrochó el cinturón y se puso los auriculares. —¡Ha sido increíble!

Bobcat observó la carga. —Un segundo, Doc. Abrió la puerta y gritó: —Aseguraos de que el peso quede bien distribuido. Sí, usad los asientos de cuero. Prefiero arriesgarme a que se rompa un

asiento antes de que uno de estos vuelque. ¿Eh? Por supuesto que creo al científico, pero mi niño mimado sigue aquí porque siempre es prudente. Sí, usad los cinturones de seguridad, pero daos prisa, joder. Pronto empezará a oscurecer.

Se volvió hacia Marcus. —¿Qué fue lo increíble? ¿Perdiste la virginidad en la nave de TOM?

Marcus resopló. —No hace falta ser grosero. Luego sonrió. —¡Claro que sí! He podido observar tecnología de otra galaxia, Bobcat. Aún no sé cómo funciona, pero mi hipótesis es que la nave de TOM opera con el mismo principio que utiliza Bethany Anne para moverse a través del Éter. De alguna manera, el piloto traza una ruta y calcula la distancia que debe recorrer. A partir de ahí, la nave obtiene la energía suficiente para "dar el salto" de un lugar a otro. El impulso real que tuviera al dar el salto lo mantiene al llegar. Hablé con TOM: siempre se detenían antes de "dar el salto".

Bobcat reflexionó: —Tiene sentido si no sabes exactamente adónde vas. No querrías acabar en un campo de asteroides.

—Bueno, si estás en un campo de asteroides, lo más probable es que estos también se estén moviendo, por lo que tendrías que preocuparte enseguida de que los asteroides te golpearan… Marcus se detuvo cuando finalmente se fijó en la mano levantada del piloto.

—Entiendo la idea, pero ahora no es momento de una lección de astronavegación, Doc.

Marcus se tomó un momento para intentar calmarse, pero le resultó muy difícil. Había diseñado, junto con un alienígena, dispositivos antigravedad que estaban a punto de usarse.

Sí, los consideraba sus criaturas, y era un padre muy, muy orgulloso.

Unos instantes después, las puertas del helicóptero se cerraron de golpe y, tras echar una última mirada alrededor, Bobcat despegó suavemente del *Ad Aeternitatem*, giró y se dirigió hacia la costa.

Marcus sintió una ligera sacudida en el estómago durante el despegue, por muy suave que Bobcat asegurara que era, y deseó tener cuarenta años menos.

Nave de la Puñetera Reina — Ad Aeternitatem

Frank Kurns estaba ocupado recopilando toda la información que podía. Tenía a Ben, en la otra oficina, intentando obtener COMINT de las torres de telefonía móvil de la zona. Su equipo había desaparecido.

Todo había ido bien y el aterrizaje había sido correcto. Incluso había recibido una solicitud para encontrar dónde podía el equipo dejar a salvo a un grupo de niños fuera de la zona.

Entonces todo se fue al garete.

Se inclinó y pulsó el intercomunicador. —Aquí Dan —sonó por el altavoz.

—Dan, no consigo contactar con nadie. Ben está intentando recopilar información de Comunicaciones (COMINT) por si el otro bando está usando móviles.

Frank oyó el suspiro de su colega. —Sí, buena idea, pero lo dudo. Me han dicho que la mayoría de los combatientes ya lo saben.

—Puede ser, pero nunca se sabe. A menos que digas lo contrario, voy a contactar con Bethany Anne.

—¿Por qué vas a ponerte en contacto conmigo? —dijo ella justo detrás de él, sobresaltándolo.

Se volvió hacia el intercomunicador. —Me está dando un susto de muerte aquí dentro. ¿Quieres que nos reunamos en la sala de conferencias?

Dan aceptó y apagó el intercomunicador.

Frank cogió su portátil y se dirigió hacia la puerta. —Supongo que sabes que algo pasa.

Bethany Anne lo siguió. —No, acabamos de llegar. Quiero saber qué ocurre. ¿Qué está pasando?

La puso al corriente de camino a la sala de conferencias.

Los tres tomaron asiento y ella comenzó: —David ha tendido una trampa. No pueden salir con los niños hasta mañana. No tenemos nada con lo que evacuar a los niños y tenemos que mantener el cebo vivo en la ciudad o los Nosferatu se irán. ¿Eso lo resume todo?

Frank consideró su resumen y añadió: —Bueno, está el hecho de que no podemos hablar con ellos para confirmar nada y que han

pedido un lugar al que llevar a los niños usando el *Shelly*. Eso lo resume todo.

—¿Tenemos un lugar donde ponerlos?

Dan miró a Frank, quien respondió: —Todavía no. Me he puesto en contacto con el nuevo responsable de esta operación, algo muy extraño, y me han dicho que lo están investigando.

Dan arqueó una ceja. —¿Qué es tan extraño?

Frank respondió: —Tenemos un nuevo responsable, alguien un poco más arriba en la cadena. Normalmente, no tenemos a gente metiendo las narices en algo así. En cualquier caso, nuestra solicitud de apoyo aéreo ha sido denegada. O no tienen los recursos, o esto no es una prioridad, o…

Bethany Anne respondió: —O David tiene a alguien en sus manos, ¿verdad?

Frank se limitó a asentir.

Se recostó en la silla. Nadie había esperado que esto fuera fácil, pero después de que las operaciones en Sudamérica hubieran salido casi a la perfección, quizá estaban pecando de un poco de arrogancia.

—Pon un recordatorio para investigarlo. Si alguien ha recibido dinero para meterse con nosotros, quiero saberlo. Nadie se mete con mi gente sin pagar un precio. Pensó en lo que podría pasar a continuación. —Dan, ¿cuál es la situación del equipo BMW?

Miró el reloj de la pared. —Deberían volver con los IZTA y estar cargados en las próximas cuatro horas.

—¿Entonces ya habrá oscurecido?

Dan asintió.

El teléfono de Frank sonó y él miró hacia abajo. —Es el teléfono vía satélite. Cogió el aparato y pulsó el botón de respuesta. —¿Hola? Espera un momento, tengo aquí a Dan y Bethany Anne. Te pongo en altavoz.

Frank pulsó el altavoz. —¿Stephen? Los tengo a todos aquí.

—Tengo que ser rápido. David ha tendido una trampa muy buena. Hemos perdido el *Shelly* por un misil. Chris está herido, pero debería sobrevivir. Tenemos veintiséis niños con nosotros y no habrá forma de comunicarnos en cuanto regrese al valle. Podéis apostar a

que esta noche nos darán duro. ¿Tenemos alguna respuesta sobre el apoyo aéreo?

Dan respondió: —Tenemos una respuesta, pero no te va a gustar. El ejército dice que no hay manera. Creemos que puede deberse a la influencia de David sobre alguien en la cadena de mando.

Stephen soltó una larga retahíla en un idioma extranjero. —Juro por todo lo sagrado que, si tengo la oportunidad, le arrancaré la cabeza a ese cabrón.

Bethany Anne intervino: —Tendrás que ponerte a la cola detrás de Michael y de mí.

El vampiro estaba claramente frustrado. —Que le den. Podemos casi matarlo y luego darle un poco de sangre para que se cure, ¿no?

Bethany Anne sonrió. Stephen estaba claramente encendido. —Tendrás que aguantar todo lo que puedas. Tenemos naves que deberían poder llevarnos allí antes de… Miró a Dan.

—¿Las diez de la noche? Sacó su móvil y empezó a marcar.

Estaba frustrada. Sin saber adónde ir, no podía llevar a su equipo allí a través del Éter.

«TOM, ¿podemos llamar a la nave para que vuelva y usarla?»

Calculó dónde estaba la nave en ese momento.

«Voy a hacer que regrese aquí. No estoy seguro de si llegará a tiempo.»

Dan dejó el teléfono sobre la mesa. —Bobcat, cuéntales lo que me acabas de decir.

La voz del piloto sonaba algo metálica por el altavoz. —Tenemos los motores en el suelo con los IZTA. No tardaremos más de veinte minutos en cargarlos. El problema será la luz: no oscurecerá hasta dentro de una hora, y diez grandes cajas metálicas negras volando de repente por el aire levantarán preguntas.

—¿Cuánto tardas en traer algunos aquí? —oyó Bethany Anne que Bobcat le preguntaba a Marcus.

«Podrías preguntarme a mí, ¿sabes?»

«Cierto, lo siento. ¿Cuál es la respuesta?»

«Si todo va bien, doce minutos.»

«¿Qué podría salir mal?»

«Que no funcionen, que exploten o que tengamos que lidiar con un trabajo chapucero. Podría seguir.»

«No me estás tranquilizando mucho sobre la calidad de estos motores.»

«Los motores están bien. Me pediste una lista de lo que podría salir mal, no lo que yo esperaba que saliera mal.»

«Bien, ¿qué esperas que salga mal?»

«Nada. De hecho, deberíamos poder levantarlos en cuanto anochezca. No podremos volar tan rápido, pero los motores pueden deformar la luz a su alrededor para ocultarse un poco.»

«¿Como lo que hace tu nave?»

«Ni mucho menos, pero deberían ir tan rápido que nadie podrá verlos a menos que los mire directamente.»

«Para mí es suficiente.»

—Chicos, no le preguntéis a Marcus. TOM me dice que estarán aquí en unos doce minutos. Los sacaremos tan pronto como anochezca.

Dan preguntó: —¿Cuántos dijiste que tenías?

—Diez —respondió Bobcat.

Stephen preguntó: —¿Has dicho diez? Creía que había pedido ocho.

El piloto preguntó: —¿Era Stephen? Dile que es para la caballería.

El vampiro respondió rápidamente: —Tengo que irme. Estoy haciendo todo lo que puedo. Nos veremos cuando nos veamos, pero cuanto antes mejor. Y colgó la llamada.

Bethany Anne consideró la situación. —Traemos las naves aquí, cargamos todo lo necesario y nos vamos allí. Matamos, mutilamos y destruimos lo mejor que podamos. Cargamos a los niños y los llevamos… ¿adónde? Miró a los dos hombres.

Dan se encogió de hombros. —No creo que tengamos otra opción. Tendremos que llevarlos al *Polarus*. Tenemos diez naves de estas. Estoy seguro de que podemos meter a tres niños en un espacio en el que caben dos adultos. Se rascó la frente. —Pero nuestro equipo no podrá evacuar de inmediato.

Ella lo miró confundida. —¿Por qué no? Una vez que hayamos vencido a todos y tengamos a los niños a salvo, ¿qué más nos

detiene?

Frank respondió por él: —Porque si yo fuera un cabrón retorcido, tendría otra tanda preparada.

Bethany Anne murmuró: —Estoy pensando en adelantarme a Michael. David es un cabrón retorcido. Creo que voy a apoyar la idea de Stephen de casi matarlo y dejar que se regenere para poder volver a casi matarlo.

Frank levantó una ceja. —Stephen no suele ser tan sanguinario, ¿verdad?

—Lo es cuando lo atacan. Estaba bastante sediento de sangre en su casa con los matones de David. Ese hombre es todo un artista a la hora de causar dolor a un vampiro cuando está debidamente motivado.

Levantaron la vista al oír un golpe en la puerta. Era Gabrielle. —¿Volvemos a la otra nave o han cambiado los planes?

Bethany Anne le hizo un gesto para que se acercara. —Siéntate. Los planes han cambiado. Diles a los chicos que se equipen.

Llamó por teléfono: —¿Bobcat?

—Sí, Bethany Anne.

—Asegúrate de tener esos dispositivos fuera, a ser posible en un lugar donde no puedan robártelos.

Se rió. —Este lugar es un pueblo fantasma. Sea lo que sea que Stephen les haya dicho, nadie quiere que lo encuentren aquí ahora mismo. Podrías dejar un millón de dólares fuera y seguirían ahí por la mañana. Cuando William termine con los motores, sacaremos la nave fuera. Danos tres minutos para asegurarnos de que estamos listos antes de que nos lleves.

Bethany Anne confirmó que TOM sabía lo que tenía que hacer. —Entendido. Estad listos para volar lo antes posible.

Bobcat colgó.

Frank preguntó: —¿Alguien le ha dicho a Bobcat que el *Shelly* se perdió?

—Mierda —murmuró Gabrielle—. Bobcat se va a cabrear.

Bethany Anne se volvió hacia ella. —¿Cuál es la situación del equipo?

—Se están equipando y llevarán sus armas principales y de repuesto. También están cogiendo más munición para todo lo que tenemos, además de algo extra para el primer equipo, junto con más material de primeros auxilios. ¿Nos hemos olvidado de algo?

Dan respondió: —Sí. Hace falta equipo y protección para Bobcat, William y para mí.

Bethany Anne, sorprendida, miró al jefe de su ejército. —¿Tú? ¿Cómo se supone que vamos a operar esto si estás ahí metido con nosotros?

Él se encogió de hombros. —¿Qué hay que operar? Vamos a ir allí, estaremos fuera de contacto por radio y dispararemos a todo lo que no forme parte de nuestro equipo. A mí me parece un plan bastante sencillo.

—Vas a necesitar una inyección de STIM, un potente estimulante.

Dan la miró con una sonrisa en el rostro. —Esperaba que dijeras eso.

Bethany Anne se volvió hacia Frank y levantó una ceja.

Él levantó las manos. —Quizá más tarde, pero no tengo las habilidades necesarias para algo así. Estoy mejor aquí, intentando localizar a los capullos que montaron esta fiestecita.

Se puso de pie y miró a su alrededor. —Frank, necesito que te pongas en contacto con Michael por mí. Tras una breve pausa, preguntó: —¿A qué esperáis? ¡Preparémonos para joder a unos cuantos Nosferatu!

La sala se vació rápidamente y todos se marcharon a sus tareas. Bethany Anne detuvo a Dan. —¿Estás seguro de esto? No hay vuelta atrás.

Él le sonrió. —Nunca he estado más seguro de nada en mi vida. Aunque no me lo hubieras ofrecido, de ninguna manera voy a dejar que toda mi gente se meta en ese puto desastre sin un arma más en la mezcla.

Bethany Anne se dirigió hacia la puerta. —Entonces sígueme. Este viaje está a punto de ponerse mucho más interesante.

CAPÍTULO 21

Turquía, a treinta millas de la frontera con Siria

Stephen contemplaba el pueblo. El sol acababa de ocultarse tras las colinas que marcaban el límite occidental del valle. Había visto alargarse las sombras hasta cubrir toda la parte baja del valle. Nathan se acercó por detrás. —Tenemos a los niños en la parte trasera de la cueva con los cuidadores —También hemos movido todos los suministros más al fondo, por si tenemos que luchar dentro de la cueva. ¿Alguna otra recomendación?

—Sí. Tenemos armas de sobra. ¿Alguno sabe disparar? ¿O puedes enseñarles?

Los ojos de Nathan recorrieron la ladera del valle. —¿De verdad queremos a civiles con armas automáticas disparando en nuestra dirección?

—Quizás sí, quizás no. Asegúrate de que tengan claro quiénes son los buenos. —No quiero que se queden sin armas si algún Nosferatu logra pasarnos.

El licántropo se volvió y llamó a Chet. Cuando estuvo cerca, Nathan dijo: —Probemos a los civiles con las armas. Si saben usarlas, perfecto. Si no, al menos muéstrales qué hacer si todo se va al garete. Chet asintió y corrió hacia la cueva.

Stephen habló por encima del hombro. —¿Hemos revisado el fondo de la cueva? El cuello de botella está aquí y, si hace falta, nos atrincheraremos en torno a la entrada.

Nathan respondió: —He pedido al equipo de Pete que lo revise. Hasta ahora, nada. Al menos parece que podemos estar seguros de que nuestra salida trasera está cerrada.

El vampiro suspiró. —Gracias a Dios por este pequeño consuelo. Será mejor que pongamos a todos en guardia. Las sombras ya son lo bastante densas como para esperar que la primera oleada llegue en cualquier momento.

Siguiendo lo que aprendieron los equipos de Pete y Todd luchando en el barco, organizaron el despliegue: hombres lobo delante, armados detrás. Había un claro de veinte metros y luego tres callejones entre las casas. Los acantilados, escarpados y de unos veintitrés metros, habrían sido un buen puesto de francotiradores, pero no tenían equipo para alcanzarlo.

El silencio en el valle era ensordecedor, pero Stephen alcanzó a oír la primera oleada de Nosferatu. Les advirtió a los que lo rodeaban: —Atentos, que ya vienen. Unos segundos después, los hombres lobo también oyeron al enemigo.

Pete se acercó a él, el vampiro lo miró, asintió y volvió a vigilar los caminos. El licántropo se desabrochó lentamente la camisa, se la quitó y, girándose, la lanzó hacia la entrada de la cueva. Murmuró, sin dirigirse a nadie en particular: —No hace falta estropear una camisa en perfecto estado.

Esperó, deseando encontrar la forma de ayudarle a concentrarse lo suficiente para empezar a transformarse antes. —¡Maldición! Necesito enfadarme antes de poder cambiar.

Stephen miró al Wechselbalg. —¿Perdona? ¿Cómo dices?

Pete se encogió de hombros. —Necesito enfadarme para empezar la transformación a mi otra forma. Ahora mismo no estoy lo bastante cabreado.

—Bueno, ¿y por qué no lo pediste? Con eso, le soltó una bofetada al joven. Pete salió despedido y se estrelló contra el suelo a unos cinco metros de distancia, y Stephen lo miró con los ojos entrecerrados. —Ahora levántate y pelea como un hombre, perro lameculos.

Stephen volvió a vigilar los callejones, convencido de que Pete estaría bien y preparado para luchar en un instante.

Y así fue. Stephen notó la furia dirigida contra él y señaló el callejón central. —Nuestra pelea es con ellos. Yo solo he acelerado tu cambio, Peter.

Pete fulminó al vampiro con la mirada, luego giró la cabeza hacia donde señalaba. Rugió a los recién llegados: —¡Venga, cabronas!

La pelea empezó.

Los disparos de los rifles hicieron caer a tres Nosferatu, cuyos cuerpos fueron pisoteados por los que venían detrás, ignorando a los caídos.

Hombres, mujeres y adolescentes. David no discriminaba: convertía a amigos y familiares en simple carne de cañón. Todos tenían la sed de sangre ardiendo en los ojos. Podían sentir la sangre de los que tenían enfrente y, esta vez, no estaba oculta tras puertas cerradas.

El dolor y el ansia de beber eran demasiado para los Nosferatu. No podían pensar en nada más que atrapar a los que tenían más cerca. Si hubieran estado saciados, quizá habrían buscado a otros, pero ¿para qué ir a otro sitio cuando podían oler la sangre tan cerca? Se esforzarían por entrar en esta cueva toda la noche, hasta que el amanecer los obligara a esconderse y dormir otra vez durante el día.

Excepto cuando la cena había entrado directamente en su guarida. Entonces habían matado a los soldados, se los habían devorado y después se habían tumbado de nuevo. La sangre de los recién muertos se convirtió en su colchón sobre el suelo frío y oscuro.

La vanguardia de los Nosferatu los golpeó, y Stephen y Pete se lanzaron contra el enemigo con furia desatada. Las garras del licántropo arrancaban mandíbulas, y sus zarpazos de regreso les abrían la garganta de lado a lado.

A su derecha, el vampiro hacía lo mismo, con mucha más eficacia. Stephen era pura máquina de destrucción. Azotaba un cráneo con su mano engarfiada, destrozándolo y rociando de sesos a los Nosferatu cercanos. Después, soltaba una patada y otro Nosferatu veía cómo su caja torácica se rompía bajo su pie. Los hacía retroceder unos metros, pero los que venían detrás frenaban cualquier retroceso importante. A veces, los que pateaba caían.

Otras veces regresaban y reanudaban el ataque, aunque mucho más despacio que antes. A menudo, antes de que Stephen pudiera volver sobre uno de esos atacantes, su cabeza estallaba por el fuego de apoyo del equipo de Todd desde la cueva.

Los Nosferatu no podían atravesar a los dos del centro, así que muchos intentaron rodearlos. Atacaron a los equipos de Pete y Todd: Matthew, Joel y Joseph a la izquierda; Tim y Rickie a la derecha.

Dos Nosferatu se abalanzaron sobre Joel y un tercero se coló en la línea. Se lanzó sobre Kevin Russel antes de que Chet pudiera reaccionar y lo destrozó incluso cuando las balas del rifle de Chet le atravesaban la cabeza. Tanto el Nosferatu como Kevin cayeron.

Chet gritó: —¡Compañero abatido!

Nathan dejó su puesto en la entrada. Él y Ecaterina eran el refuerzo: disparaban cuando podían, pero en esencia constituían la segunda línea de defensa.

Ahora el licántropo tuvo que ocupar la posición de Kevin. Llegó hasta él y confirmó que estaba vivo. Rápidamente lo llevó hacia Ecaterina, que empezó a arrastrarlo hacia la cueva. Allí, Diane y la otra mujer, Dorene, se hicieron cargo, intentando curarlo lo mejor posible.

Art estaba más al fondo. Conocía mejor que nadie al grupo del valle y, gracias a sus habilidades, constituía la tercera línea de defensa.

La pelea fue encarnizada, pero no hubo más rupturas en la línea.

Treinta se redujeron a veinte, veinte a ocho, y cuando esos también cayeron ante los defensores, solo quedaron los Nosferatu muertos.

Pete miró a su alrededor, con la rabia ardiéndole en la sangre y el calor de la pelea empujándole a buscar más enemigos. Se volvió hacia su lado y lanzó un puñetazo contra quien lo había golpeado primero.

Pero el vampiro le atrapó el puño con su mano izquierda. Stephen lo miró fijamente. —Cálmate, Peter. La rabia te empuja, pero tú debes dominarla.

El licántropo forcejeaba para soltar su puño, pero al asimilar las palabras dejó de luchar. Inspiró hondo y sintió cómo su cuerpo volvía

poco a poco a la normalidad, mientras la luz del atardecer se apagaba. Afuera todo parecía mucho más oscuro.

Asintió a Stephen, que le soltó el puño. Pete se frotó la mandíbula donde el vampiro le había abofeteado. —Gracias… supongo.

Su compañero sonrió, pero no dejó de vigilar alrededor. —De nada. Te resultará más fácil. —Cada vez que cambies, te acostumbrarás más a usar los sentimientos que necesitas. Con el tiempo podrás provocarlo cuando quieras. —Stephen apartó la mirada del pequeño pueblo y se centró en el hombre a su lado. —Por desgracia, es entonces cuando te vuelves más vulnerable.

Pete frunció el ceño. —¿Vulnerable a qué?

—Al poder, Pete. El poder que sientes cuando estás en esa forma es una droga. Lucharás siempre contra el deseo de destrozar, desgarrar y regodearte en la destrucción que dominas. Stephen volvió a clavar la mirada en la noche.

El licántropo meditó un instante. —¿Tuviste amigos que fueran hombres lobo en el pasado?

Stephen susurró a la noche como al viento. —Ninguno que no tuviera que matar cuando perdieron su humanidad.

Tuvieron un respiro de quince minutos antes de que Stephen oyera la siguiente oleada de Nosferatu salir de las cuevas. —Tenemos compañía.

Pete se acercó a él. —¿Hay alguna forma mejor de ayudarme a cambiar que mandarme la mandíbula a volar cinco metros?

Stephen meditó la respuesta. —Sí. ¿Seguro que quieres saber cuál es?

El licántropo se palpó la mandíbula, aún con el recuerdo del dolor, aunque ya se había curado. —Sí, suéltalo.

El vampiro soltó el aire despacio y luego habló lo bastante alto para que todos lo oyeran. —He hablado con las chicas del *Ad Aeternitatem*. Dicen que lo tuyo es… tamaño bolsillo.

Al principio Pete no entendió lo que había dicho Stephen. Luego oyó a Tim y Todd reírse, y la noche se encendió con su ira mientras se transformaba de nuevo. Se volvió para castigarlos, pero una mano le sujetó el brazo con fuerza. Giró la cabeza y vio al vampiro

señalando al Nosferatu que se lanzaba hacia ellos. Aún furioso, se volvió a la pelea y su voz grave tronó por encima del estruendo: —Yooosss meee ooocuuupaaaaréééé deee vooosooootrooos mááás taaarde.

Quizá se habrían preocupado más si Stephen no les hubiera guiñado un ojo y advertido a todos: —¡Preparaos, que esto empieza otra vez!

La noche estalló en gritos y en el crepitar de los disparos, mientras la roca inamovible resistía una vez más el torrente furioso de los Nosferatu en ese valle solitario en medio de la nada.

Ecaterina jamás se había sentido tan viva, ni siquiera en sus excursiones a la montaña de su tío. La ferocidad de los Nosferatu al intentar romper el anillo protector de Stephen y las tropas. Nathan la impresionaba como nunca con su serenidad y su puntería implacable.

El suyo era un constante *crack, crack, crack*, girando apenas unos grados cada vez. Ella alcanzó a ver cabezas de Nosferatu estallar cuando lo miró un segundo. Volvió a cubrir su sector y siguió disparando. Metía tres tiros por cada cinco de Nathan, pero le parecía aún más lento.

Disparaba cuando vio a Rickie, parloteando como siempre, ser arrastrado al caos. Tim tuvo que estirarse para sacarlo de allí.

Un Nosferatu se coló entre Tim y Stephen y corrió hacia la entrada. Paul Stevens, uno de los marines que cubría el flanco derecho, se lanzó a por sus piernas, las abrazó con fuerza y lo derribó. Ecaterina bajó el fusil y disparó, dándole en la espalda. El segundo tiro le voló el cráneo.

Paul estaba muerto. El Nosferatu le había arrancado la garganta de un mordisco antes de que ella pudiera rematarlo.

Corrió hasta su posición y abrió fuego contra la horda. Si antes todo había sido intenso, ahora era directamente terrorífico. Disparó hasta vaciar el cargador, lo cambió con manos rápidas y siguió tirando.

Desde la entrada, Ecaterina escuchaba el tableteo de los fusiles. El cráneo de un Nosferatu estalló junto al que acababa de abatir. —¡Veinte años de servicio, cabrones!

—¡A tu derecha! Se volvió justo a tiempo para ver a tres Nosferatu rodeando a Joey. Todd disparó a uno y golpeó al otro con la culata. El tercero lo esquivó y se abalanzó sobre ella.

Disparó desde la cadera, acertando al Nosferatu pero sin detenerlo, antes de sentir un dolor que le arrancó un grito de las entrañas… y luego, solo oscuridad.

Diane gritó y disparó a la criatura que había clavado los colmillos en el cuello de Ecaterina. La bestia se irguió para mirarla, y el disparo de Dorene le atravesó entre los ojos. Las mujeres la arrastraron fuera del paso. Diane corrió dentro de la cueva a por vendas mientras su hermana presionaba la herida. Ecaterina perdía sangre… y mucha.

Diane regresó y entre las dos intentaron detener la hemorragia. —Esto no pinta nada bien, hermana.

La otra abrió un paquete de gasas con los dientes. —Dime algo que no sepa ya.

Fue entonces cuando oyeron un aullido de desesperación. Miraron y vieron al segundo… y con diferencia el más grande… hombre lobo que este mundo había visto en muchísimo tiempo.

La pareja de Ecaterina había visto su cuerpo inconsciente y cubierto de sangre.

Aquello se convirtió en una masacre. Nathan era fácilmente quince centímetros más alto que Pete y lo superaba en peso por entre veinticinco y treinta y cinco kilos.

¿El problema? Había perdido la razón.

Bethany Anne había metido a Nathan en el Pod-doc después de que él dijera que iría a esta misión con Ecaterina. Algo tendría que desencadenar su cambio, pero era un hombre tan tranquilo que ni ella sabía qué lo haría.

Ahora incluso los Nosferatu retrocedían ante el embate de la poderosa bestia que los destrozaba. Stephen le voló la cabeza al Nosferatu que tenía delante y miró a su izquierda. Agarró a Pete y lo atrajo hacia sí. —¡Pelea contra ellos! —Yo intentaré ayudar a Ecaterina. El joven licántropo se lanzó contra los Nosferatu con renovado vigor. Esas criaturas acababan de matar a su hermana, a

su amiga. Cuando los licántropos comprendieron lo ocurrido, la rabia y el dolor se impusieron y empezó la matanza.

Los Nosferatu ya no empujaban contra el grupo de Stephen, sino que era el grupo el que embestía furioso contra ellos. Nathan, en un arrebato de furia desatada, mataba sin contención. Cogía una cabeza con una mano y la aplastaba mientras con la otra arrancaba una garganta. Si un brazo se interponía en su camino, abría las fauces y mordía hasta partir el hueso, sacudiendo la cabeza para arrancar el brazo y escupiendo luego la carne.

Stephen corrió hacia Ecaterina. Se llevó la muñeca a la boca y, con los dientes afilados, se abrió la piel. Las mujeres se quedaron paralizadas mientras el hombre de ojos rojos arrancaba las vendas, frotaba su sangre en la herida y luego le hacía tragar un poco.

—¡Disparadles! —gritó Stephen, sacándolas de su estado de shock. Ambas cogieron los fusiles, sin entender cómo aquel… hombre… ayudaba a la joven, pero sintiendo que al menos lo intentaba con todo.

Un segundo después, volvieron a disparar contra el caos, pero esta vez los tiros no fueron precisos. Si había un hueco sin un compañero de por medio, cualquier monstruo era blanco legítimo.

La pelea se prolongó una eternidad más, hasta que Nathan alzó al último Nosferatu vivo y le partió la espalda contra la rodilla alzada. Arrojó el cuerpo al suelo. Los marines revisaron el lugar, rematando de un tiro en la cabeza a cualquier Nosferatu que pareciera capaz de regenerarse.

—¡Nathan!

La bestia miró las paredes sombrías, los acantilados donde se ocultaban los que habían matado a su compañera. ¿En cuál de ellos podría hundir los dientes y destrozarlos?

—Nathan.

Se volvió al oír ese nombre familiar y vio a un hombre inclinado sobre su compañera, mirándola.

—Nathan, vuelve. ¡Gottverdammt! ¡Ecaterina te necesita!

El hombre gritaba, la rabia marcada en su rostro.

—¡Gottverdammt, Nathan! Vuelve por ella.

¿Ecaterina?

La bestia sacudió la cabeza, confundida.

Ese era el nombre de su compañera. Los recuerdos regresaron: él mirándola a los ojos, prometiéndole que nunca la abandonaría… pero las cuevas lo llamaban.

Corrió hacia su compañera. Partió como hombre lobo, pero llegó como hombre.

Stephen la sostuvo con cuidado mientras Nathan caía de rodillas. El vampiro habló con calma: —Mira, he hecho lo que he podido, pero si le doy demasiado, corro el riesgo de convertirla.

El licántropo miró fijamente a Stephen. —¿Y? —gruñó—. ¡Conviértela ya!

Su voz se volvió ronca. —Nathan, no estás pensando. Ella no querría ser un vampiro. Ella elegiría ser una Wechselbalg. Stephen, frustrado, mantuvo la voz lo más serena posible. —Yo no puedo transformarla. Tú tienes que transformarla.

El rostro de Nathan era una máscara de confusión. —¿Qué? ¿Cómo la transformo?

Stephen miró por encima del hombro, viendo a todos los que se agolpaban en torno a Ecaterina. Esos idiotas estaban dejando las defensas sin cubrir. —¡Joder! Pete, quédate aquí. ¡El resto, limpiad esos cadáveres y formad un muro! Aún no hemos ganado. Y traed el cuerpo de Paul: no lo dejaremos atrás. El resto de los hombres reaccionó de golpe. La preocupación por Ecaterina los había cegado ante lo que debían hacer.

—Pete, necesito un cuchillo. Al oírlo, Pete volvió a su forma humana.

—Toma. Stephen se volvió y vio a Dorene tendiéndole uno. —Siempre hay que estar preparada.

Cogió la hoja que le tendían y miró a Nathan. —Tendrás que sangrar en su boca y en sus heridas.

El licántropo repasó el cuerpo de Ecaterina con la mirada. —Solo hay una.

—Para que esto funcione, no bastará con una. —Stephen lo miró —. Esto debe hacerse, ¿entiendes?

Comprendió lo que Stephen iba a hacer y asintió.

El vampiro se inclinó, rasgó con facilidad la chaqueta protectora de Ecaterina, le abrió la camisa y le arrancó el sujetador para prepararla para la transformación. —Extiende la muñeca, Nathan.

Nathan extendió la muñeca sobre su cuerpo. Stephen convirtió los dedos en garras y trazó tres cortes en su abdomen, cada uno de un centímetro y medio de profundidad. Ella empezó a sangrar de inmediato. Luego usó el cuchillo para abrir la muñeca del otro hombre. Con calma, la sujetó y extendió la sangre que brotaba sobre las heridas recientes. —Pete, ve a por las bolsas de sangre. El joven corrió hacia la cueva.

Stephen volvió a abrir la muñeca, que ya se estaba cerrando. —Ahora haz que beba esto. Nathan se esforzó en abrir la boca de Ecaterina y hacerle tragar un poco de su sangre.

Pete volvió con las bolsas de sangre y el vampiro ordenó a Nathan beber una de inmediato y otra en unos minutos. El licántropo no dudó. Abrió una de inmediato y bebió.

Después de hacer todo lo que pudo por Ecaterina, Stephen se levantó y miró hacia el pueblo. Estaba completamente oscuro, y las estrellas brillaban con una belleza burlona, casi cruel.

El silencio era ensordecedor. Art salió de la cueva tras asegurarse de que sus protegidos estaban a salvo. —Parece tranquilo.

Stephen asintió. —Sí. Seguramente se estén reagrupando.

—¿Quiénes son?

El vampiro se encogió de hombros. —¿Importa? Ya han enviado a sus dos primeros grupos contra nosotros. Imagino que estarán cambiando de planes y recibiendo instrucciones. Solo te puedo decir que la noche aún no ha terminado.

El barco de la Puñetera Reina — *Polarus*

Bethany Anne avisó a todos cuando la lanzadera del equipo BMW despegó del continente. Cinco minutos antes de su llegada, Dan apareció con dos personas con las que Bethany Anne no había trabajado.

Los presentó. —Bethany Anne, te presento a Lucas *Michaels* y Paul *McAlister*.

Lucas le estrechó la mano y luego Paul dio un paso al frente. —Para los amigos soy *Scottie*. Tenía un ligero acento, pero apenas se notaba.

La vampira los examinó de arriba abajo. Ambos llevaban el equipo de protección y habían cogido rifles de francotirador, igual que Dan.

Se volvió hacia Dan. —No es buen momento para aprender a pelear con los Nosferatu, Dan. ¿Tienes un plan para que no acaben de "camisas rojas"?

Scottie se rió. —Yo no, ¿eh? ¡Scottie fue el único *redshirt* que nunca murió!

Bethany Anne sonrió. —Asegúrate de parecerte a tu tocayo y todo irá bien. Se volvió hacia Lucas. —¿Tú también traes réplica ingeniosa?

Negó con la cabeza. —No. Les disparo y los apilo como leña.

Se volvió hacia Dan. —Vale por mí. Intentaré poneros en un sitio protegido con buena línea de tiro.

Alguien a su espalda gritó: —¡Ahí vienen!

Todos miraron y apenas distinguieron una formación de *pods* deslizándose sobre las olas hacia ellos. Una ola se elevó y se cruzó con una de las "cajas", pero el agua se abrió alrededor de la mitad inferior, señal de que un escudo esférico invisible sobresalía unos tres metros del *pod*.

Luego frenaron y se elevaron sobre la cubierta.

«Por favor, pide a todos que esperen hasta que los haya bajado. Primero traeré a los tres que van con Bobcat, William y Marcus.»

Bethany Anne transmitió las instrucciones de TOM.

Tres *pods* descendieron lentamente, mientras que los otros siete se quedaron a unos nueve metros por encima.

Redujeron la velocidad al llegar a la cubierta. Descendían como si fueran sobre pistones. Finalmente, los tres se posaron en la cubierta.

Se oyeron tres cerrojos; dos se abrieron enseguida, revelando a Bobcat y William. Un momento después, Marcus consiguió abrir la suya.

Hubo vítores por todas partes y las sonrisas de los tres casi les devoraban el rostro. John y Eric llevaron el equipo a Bobcat y

William. Se cambiaron enseguida y se enfundaron el equipo de protección.

Marcus se acercó a Bethany Anne y Dan. —¡Dios, ha sido fantástico! Muy suave; el viaje, exquisito. Pude seguir calculando en el portátil. Se le heló el gesto, se dio la vuelta y corrió hacia su pod. Empujó la puerta y soltó un grito al meter la mano. Unos segundos después volvió con el portátil en las manos. —Lo siento, no quería que os fuerais con mi conexión de comunicaciones.

«Parece que has dejado huella en Marcus.»

«Bueno, el tío aprecia el arte fino de las matemáticas, aunque a veces es un poco pegajoso y dependiente.»

«¿Que está todo el rato pendiente de ti?»

«Constantemente. He estado a punto de ponerle dos veces un "fuera de la oficina", pero no sabía si lo necesitaba para el plan o solo rascaba su maldita curiosidad.»

«Qué putada para ti.»

«Ni te imaginas.»

—Hablando de eso… —se volvió hacia Dan—. Gabrielle lleva la táctica si yo caigo o me ausento. Tiene experiencia y habilidades, ¿vale?

—Sin problema por mi parte ni por mi pequeño grupo de francotiradores insatisfechos.

Cuando terminó con Dan, Bobcat y William ya estaban equipados, y los tres primeros *pods* listos para salir. Bethany Anne notó que al piloto se le había borrado la sonrisa.

Supuso que alguien le había contado lo de Shelly.

Ya solo quedaban dos *pods*; el resto había despegado de la nave.

Subió al segundo de los que quedaban. Silbó y Ashur saltó dentro. Bethany Anne se apartó para dejarle sitio.

John cerró ambas puertas. —Bobcat dice que la luz está encima de la salida. Manos y pies dentro y agarraos fuerte. Espera que hayas traído música, porque el servicio no estará disponible para darte Coca-Cola. Le guiñó un ojo. —Nos vemos allí, jefa. —Miró a Ashur—. Cuídala, ¿sí?

El perro ladró en respuesta.

Cerró las puertas cuando ella encendió la luz. El pestillo era fácil de accionar. Oyó la puerta de John cerrarse y bloquearse.

Era hora de partir.

Cinco minutos después, Bethany Anne estaba tan aburrida que quería golpear la pared metálica.

Por lo visto, tocaba pensar.

«TOM, hay que hacer algo con las comunicaciones. Me muero de aburrimiento.»

«Puede ser difícil. Habría que lograr que la señal atraviese el blindaje que mantiene la burbuja.»

«¿No podemos colar algo por lo Etérico?»

«Claro, pero habría que asegurarse de que, si roban, requisan o destruyen un pod, los dispositivos queden inutilizados y no dejen piezas útiles.»

«Estás de un humor estupendo.»

«Pilotar diez de estos a baja cota tiene su miga.»

«¿Por qué? Creía que el ordenador kurtheriano era una maravilla y pilotar no sería un problema.»

«Lo parecería, pero ahora mismo mi acceso al sistema está algo limitado.»

«¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cómo puede…? Espera, espera. No me digas que ese dichoso programa está haciendo de las suyas.».

«Tenía curiosidad por ver cómo seguía el código y autoricé una descarga grande: dibujos antiguos. Ahora el programa está devorando ciclos para procesarlo y…»

«¡Para! Basta ya. Me da igual cómo lo haga: que tu investigación paralela no nos joda la operación. No necesitamos estrellarnos contra una montaña por perder unos datos.»

«No, no. No será un problema. Nos acercamos a las coordenadas.»

«Necesito ver el sitio para confirmar la toma. Inclina un poco el pod hacia arriba; no quiero que Ashur ni yo salgamos volando.»

Murmuró en voz alta: —Porque eso no sería jodidamente vergonzoso ni nada.

Desbloqueó la puerta y la empujó, estirando las correas que la sujetaban para mirar hacia abajo.

Era un pueblo fantasma. Encontró una loma cercana donde podían aterrizar. —Por allí.

TOM visualizó la zona a través de sus ojos y el pod inició el descenso.

A pocos metros del suelo, saltó y se volvió para ver cómo los otros pods descendían y tomaban tierra. Ashur estaba justo detrás de ella. Pronto reunió a sus Guardias, a Dan, sus dos francotiradores, Bobcat y William.

Entonces giró la cabeza de golpe, buscando la estela de un misil que acababa de oír lanzar. Por fin lo localizó al elevarse y virar hacia ellos.

«¡TOM!»

«Lo tengo.»

Dan giró la cabeza hacia ella cuando el pod que había usado Bethany Anne se separó de ellos y se encontró con el misil en pleno aire. La explosión retumbó por todo el valle.

El pod regresó, con daños visibles en el exterior.

Hubo otro efecto visible por la carrera del pod para interceptar el misil.

Los suministros que llevaba quedaron desperdigados por todo el pueblo.

«Bethany Anne, ese pod no aguanta otro misil.»

—Sacad los suministros de dos pods más, ¡rápido!

Gabrielle y John abrieron sus pods y empezaron a vaciarlos, arrojando material al suelo todo lo rápido que pudieron. Enseguida quedaron vacíos y TOM los envió al aire.

Dan suspiró. —Bueno, ya sabemos cómo neutralizaron a Shelly.

Bethany Anne respondió: —Sí. Esperemos que no falten demasiados de los nuestros.

Localizó la posición de Stephen y vio a los equipos usar cadáveres de Nosferatu para improvisar barricadas. —Ya han peleado mucho. —Distingo a un par que no son de los nuestros,

pero no alcanzo a ver a todos. —Vamos a por tu equipo… Alzó la vista por encima de la entrada donde Stephen se había atrincherado. —Veo un punto a **unos veintidós metros** sobre la entrada de la cueva. —No hay forma de subir, y quedan **otros** nueve metros de acantilado hasta la cima, como mínimo. —Allí estaríais relativamente a salvo de los Nosferatu, pero si caemos todos, no podréis evacuar ni de broma.

Dan preguntó: —¿Y una posición cubierta? ¿ —¿Algo que nos proteja del fuego de retorno?

Bethany Anne afinó la vista. —Sí, creo que sí. Buen apunte. Vamos a acercar a tu equipo para un vistazo rápido.

Se volvió hacia el resto. **—**Coged vuestras cosas**.** —TOM os llevará con Stephen y bajará a unos metros del suelo. —Saltad, recoged los suministros y los pods subirán y se quedarán lo bastante altos para no ser detectados. Cuando decidamos qué hacer con los niños, los evacuaremos. Y cuando lleguéis, moveos rápido.

Dos pods se alzaron del suelo. —Parece que ya tenemos transporte, caballeros. Vamos. Habló por encima del hombro. —Ashur, vete con Gabrielle.

Bethany Anne saltó a un pod y arrastró a Dan tras de sí. Scottie y Lucas subieron al otro, comprobando rifles, munición y una bolsa de comida y agua cada uno. Dan ya llevaba una bolsa al hombro.

Los pods despegaron y se inclinaron hacia atrás, con las puertas abiertas. Lucas y Scottie se asomaron sobre el pueblo y vieron un grupo grande saliendo de las cuevas del fondo, a unos 1,6 km. Scottie murmuró: —Eso es un paraíso de objetivos.

Lucas respondió: —Bien dicho, hermano, bien dicho.

Dan examinó el pequeño saliente que le había señalado Bethany Anne. Había huecos que los tres podían usar de cobertura. Mientras el otro lado no tuviera cota más alta desde la que abrir fuego, parecía buena opción. —Creo que funcionará.

Los dos pods se aproximaron lo suficiente para que los tres hombres bajaran y empezaran a descargar.

«Necesito comprobar algo. Un segundo.»

Bethany Anne se aferró al lateral del pod cuando este se inclinó hacia abajo y a la derecha. Miró y vio al grupo de Stephen casi justo

debajo.

«Bien, solo confirmando el plano. Gracias.»

El pod recuperó su posición.

Gritó: —Chicos, cabeza abajo, ¿entendido?

Dan sonrió. —Y mantendremos la pólvora seca. Tú igual, ¿vale, Bethany Anne?

Ella asintió, y los dos pods retrocedieron y descendieron hasta posarse.

CAPÍTULO 22

Cuando se acercó lo suficiente, vio un cuerpo envuelto junto a la pared. Ya había perdido a alguien. Frunció los labios y sus ojos empezaron a enrojecerse.

Saltó y se unió rápidamente al grupo junto a la puerta. Allí había dos mujeres mayores, ambas empuñando fusiles que su equipo había traído. Un militar vigilaba en la oscuridad. Su bandera lo identificaba como estadounidense. Debía de ser el desaparecido al que se daba por muerto en combate (KIA).

Gabrielle se volvió al oírla acercarse por detrás. Dio un paso hacia ella. —Bethany Anne, soy Ecaterina. —Los ojos de su jefa brillaron en rojo—. —Stephen tuvo que tomar una decisión…

Bethany Anne la miró. —¿La están convirtiendo? —La angustia en su voz se intensificó mientras sus colmillos se alargaban.

—No. Lo está haciendo Nathan.

El gesto de ira y dolor de Bethany Anne se tornó en confusión. —¿Nathan?

—Los licántropos también pueden convertir a otros.

Recordó la historia del tío de Ecaterina: lo atacó un oso, sobrevivió y después se transformó.

Gabrielle continuó: —La capacidad de sobrevivir a una transformación así parece ser hereditaria, así que esto debería funcionar.

Los colmillos de Bethany Anne se retrajeron un poco. —¿Qué puedo hacer? —preguntó con un matiz de tristeza en la voz.

Gabrielle puso las manos sobre los hombros de su Reina. —Nada que no se esté ya haciendo. Tienes a la gente adecuada haciendo lo correcto por ella.

Asintió con firmeza. —Bien, muévelos a la cueva si puedes. Necesito que suban a los niños para el traslado.

—¿Dónde? —Se volvió y vio que una de las mujeres mayores con un fusil las escuchaba.

Bethany Anne preguntó: —¿Tú eres…?

—Diane. —Dio un paso adelante—. —Mi hermana y yo somos responsables de veintidós de los niños que están allí. Eso no incluye a los cuatro de aquí. —Señaló hacia la cueva—. —El ministro ha resultado herido y otros dos adultos que estaban con nosotros han muerto.

La vampira consideró las diez cápsulas. Tenía que funcionar. —Trasladaremos a todos los niños y a vosotras dos al barco en el Mediterráneo donde está el resto de mi equipo. Os están esperando.

«Eso espero», pensó.

«Le diré a Marcus que comunique que están en camino».

«¡Bien! Gracias.»

Había olvidado que TOM no estaba bloqueado. «No podéis bloquear mis comunicaciones etéricas, cabrones de mierda».

—Señoras, ¿cuántos niños caben en cada cápsula?

La otra hermana se acercó, pero no dejó de mirar las cápsulas. —¿Cómo demonios vuelan?

Diane le lanzó una mirada exasperada a la otra mujer. —Perdón, esta es mi hermana Dorene. Tantos años en el servicio le han borrado cualquier filtro que pudiera tener en la boca.

Dorene gruñó: —A la mierda el filtro, ¿cómo vuelan esas cosas?

Su hermana puso los ojos en blanco, pero respondió a la pregunta de Bethany Anne con otra: —¿Para cuánto tiempo de viaje?

«¿TOM?»

«Podemos llevarlos de vuelta en menos de diez minutos. Mi nave tiene la ruta que tomamos para llegar hasta aquí. Puede calcular el

camino más rápido de regreso repitiéndolo y suavizándolo. ¿Digamos diez minutos?»

Bethany Anne se encogió de hombros. —¿Diez minutos, entonces?

Diane la miró incrédula. —¡Ni de coña!

Dorene resopló junto a su hermana, aún mirando las cápsulas. —Perdón, ha estado conmigo toda la vida. Sin filtro.

—¿Podemos sacarlos a todos de aquí? Los Nosferatu se están alineando para atacarnos de nuevo, y si no podemos, necesitamos un Plan B inmediato.

Diane se dirigió hacia la cueva. —¡Claro que sí! Si tengo que apiñarlos, estos niños estarán a salvo.

Bethany Anne se volvió. —¿Gabrielle?

La vampira mayor respondió: —En ello. —¡John, Eric, Scott, conmigo! —gritó—. —Darryl, prepárate para la carga.

Dorene vio al gran guardia acercarse a la cápsula. —¡Creo que voy a ayudar al alto, moreno y guapo! —Y estalló en carcajadas al ver su expresión de sorpresa.

Darryl preguntó: —¿No eres monja?

Le dio un golpecito en el trasero. —No. Solo quería volver a Turquía, y mi hermana y yo podíamos ir gratis si ayudábamos a acompañar a unos niños del ministerio.

Aceleró un poco hacia la cápsula. —¡No me hagas llamar a Recursos Humanos por acoso sexual! —rió.

Dorene lo siguió. —Cariño, aún no has empezado a sentir lo que es el acoso sexual.

Bethany Anne puso los ojos en blanco ante aquellas payasadas y luego miró hacia la zona donde se habían instalado Dan, Scottie y Lucas. Dio un paso y terminó a unos pocos metros sobre el saliente. Aterrizó con facilidad y se dio cuenta de que solo Dan no se sobresaltó con su repentina llegada.

«Parece que está recuperando su conciencia situacional bastante rápido», pensó.

Lucas volvió a mirar por la mira y murmuró en voz baja: —Joder, ahora voy a tener que limpiar los pantalones.

La francotiradora los ignoró. Se calmarían en cuanto empezara el tiroteo.

Dan la miró de reojo. —¿Qué pasa?

—Intento calcular cuánto tiempo tenemos para sacar a los niños de aquí. Parece que hay más. ¿De dónde coño ha sacado David tantos? —Miró hacia el valle.

Dan se encogió de hombros. —No sabría decirte. A menos que haya descubierto alguna forma de conseguir que los Nosferatu… —Se interrumpió.

Ella bajó la vista. —¿Dan?

Respondió, mirando hacia el valle por la mira. —Esperemos que no tenga Nosferatu creando más Nosferatu.

—¿No era para eso el suero?

—Podrías preguntarle a Stephen. Los hijos de Michael podrían, en teoría, crear vampiros lo bastante controlables como para obligarlos a crear otros.

Levantó la vista. —¿Entonces esos vampiros de nivel superior también estarán ahí abajo?

—Probablemente, pero una vez que los liberen, los Nosferatu buscarán alimento.

—¿Por qué no van contra quien nos disparó ese misil?

—Supongo que o estamos más cerca, o tiene que ver con las órdenes dadas hasta ahora.

Bethany Anne miró hacia abajo y vio a los niños salir de la cueva. Prestó atención para que TOM pudiera ver lo que pasaba y se encargara de la carga de la manera más eficaz posible. Las dos mujeres, más un hombre al que ayudaron a salir de la cueva, fueron subidos a la última cápsula por Gabrielle, y luego partieron.

Dan observó las cápsulas los pocos segundos que pudo verlas. —Espero que no lancen otro misil.

—De acuerdo. Espero que no. Cualquiera pensaría que lo habrían intentado de nuevo, pero nunca se sabe. —Miró a los tres hombres —. —Buena caza.

—¡Sí, así será, muchacha! —Scottie imitó un fuerte acento escocés. Lucas resopló y Dan sonrió. Bethany Anne negó con la cabeza, se apartó del acantilado y se translocó al suelo.

Stephen se acercó a ella. Ella lo miró y luego volvió a centrar su atención en la zona del valle que ocupaban los Deshonrados.

Él preguntó: —¿Cuántos?

Ella se encogió de hombros. —No puedo contarlos bien, pero ¿digamos unos trescientos?

Stephen siguió su mirada. —Solo puedo encargarme de los primeros cien o doscientos. ¿Y tú? —El tono humorístico de su voz era contagioso.

Bethany Anne se detuvo, pensó en su comentario y sonrió. —Bueno, supongo que podría simplemente sentarme y dejar que tú te encargaras de todos hasta que te cansaras, y entonces yo intervendría.

Él se rió ante su respuesta.

Ella preguntó en voz baja: —¿Cómo están Ecaterina y Chris? ¿Qué le pasó a Paul y dónde está Chet? —Ya había descubierto a quiénes no había visto aún. Todos parecían sucios, polvorientos, ensangrentados y un poco cansados.

—Paul abatió a un Nosferatu que había logrado pasar a Tim y se dirigía hacia la puerta donde estaba Ecaterina. Para cuando lo mató, ya le había arrancado la garganta. Ella ocupó su lugar y, pocos minutos después, aparecieron tres más por el flanco. Todd eliminó a dos y ella disparó al tercero, pero no pudo detenerlo antes de que le hundiera los dientes y le arrancara un trozo de cuello. Pude curarla lo suficiente para frenar la pérdida de sangre, pero para terminar el trabajo se necesitaba mucho más. Chris está dormido, pero bien, igual que Chet. No había sitio en las cápsulas para enviarlos de vuelta.

—Entonces, ¿le enseñaste a alguien cómo crear un licántropo?

Stephen miró a Bethany Anne. —No pareces sorprendida.

—¿Por qué debería sorprenderme? Es la misma estúpida especie alienígena con tecnologías parecidas. Que no me haya parado a pensarlo no lo hace menos obvio cuando lo hago. Joder, incluso Alexi me contó cómo pasó de humano a Wechselbalg.

—Nathan también puede transformarse en híbrido ahora.

—¿Ah, sí?

—Sí. Echó un vistazo a lo que debió de pensar que era el cadáver de Ecaterina y… fue una sorpresa para mí.

Bethany Anne lo miró fijamente. —¿Fue una sorpresa mala o buena? —Había notado un tono de molestia en su voz.

Stephen respondió: —Su transformación ayudó, pero como líder, agradecería que mi Reina me avisara la próxima vez.

Ella pensó en su respuesta. —Lo tendré en cuenta y, por si sirve de algo, debería habértelo dicho. No estaba segura de que funcionara y no quería dar falsas esperanzas al grupo. Nathan puede estar tan tranquilo bajo presión que de verdad no sabía si sería capaz de hacerlo.

Aplacado, continuó: —Es un Hombre Lobo impresionante. Nunca había visto uno más grande.

El rostro de Bethany Anne mostró sorpresa. —¿Has conocido a otros Hombres Lobo que pudieran permanecer en esa forma?

Stephen exhaló. —He conocido a algunos. Tengo más de novecientos años, Bethany Anne. Algunos de mis mejores amigos eran Hombres Lobo que podían transformarse en ambas formas. Tuve que matar a dos de ellos cuando fueron demasiado lejos y no pudieron controlar el poder. A veces es como una droga. Esta transformación es una maldición para ellos.

En algún lugar de Austria

David esperaba noticias. Había recibido la confirmación de que el helicóptero usado para entrar en el valle había sido destruido antes de que se interrumpieran las comunicaciones.

Sonrió. Quizá harían una película. «Blackhawk Down 2: Más estadounidenses inútiles muertos». No soportaba ese país. Ya no le habían gustado cuando Michael se marchó de Europa para quedarse allí, pero tras la liberación de Europa al final de la Segunda Guerra Mundial, su aversión se convirtió en un odio profundo. Habían sido la fuerza fundamental que había acabado con el Tercer Reich.

Y con todos sus planes.

Removió el licor en su copa, haciéndolo girar y dejando que la luz del fuego brillara en el líquido ámbar. Era una lástima que Michael

hubiera vuelto al juego, y no había a quién culpar más que a sí mismo. Había esperado a que el Patriarca comprendiera y aceptara la realidad de lo que debía ocurrir, solo para ver cómo se le escapaba de las manos la oportunidad de matarlo.

Entonces Michael contó con la ayuda de su nueva hija. El rostro de David se torció con disgusto mientras lanzaba la copa a la chimenea, donde las llamas estallaron al prenderse el alcohol.

Contempló los fragmentos de cristal en el suelo, que reflejaban la luz del fuego. Alguien tendría que recoger los cristales rotos cuando él acabara de reflexionar.

Uno de sus teléfonos desechables sonó. Lo cogió. —¿Sí?

La voz era grave, seca y precisa. —Michael está en Argentina. Se ha apoderado de la casa de Anton.

—¿Cuánto tiempo?

—Semanas.

David lo pensó. —Muy bien. Vigílalo e infórmame. La próxima vez usa otro número. Quiero saber si sale de Sudamérica.

—Entendido.

Se oyó un clic y el teléfono se quedó en silencio. David se levantó y, al pisar, sus zapatos crujieron sobre unos fragmentos de cristal antes de arrojar los pedazos al fuego.

Así que había sido Michael quien había matado a Anton, y no la hija, como había pensado al principio. David reflexionó sobre la noticia. El vampiro anciano debía de estar atrapado en Sudamérica, intentando mantener unidos a los hijos de Anton y asegurándose de que no se convirtiera en una masacre.

Bien.

Eso significaba que su trampa tenía más posibilidades de éxito. Sin Michael, era poco probable que Stephen o Bethany Anne tuvieran la capacidad suficiente para acabar con todo lo que había preparado.

Sonrió y tomó su abrigo.

También significaba que podía visitar su casa.

Jet de TQB Enterprises Company, en ruta hacia Colorado

Lance trabajaba en su portátil. Harían falta muchos cambios para convertir la base que solía dirigir en una donde pudieran consolidar toda la investigación y el desarrollo de las empresas repartidas por el mundo.

Patricia tenía su portátil abierto, pero no lo miraba. En realidad, observaba al hombre que tenía enfrente.

Ella preguntó: —¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

Levantó la vista de sus hojas de cálculo y gráficos. —Perdona, ¿qué has dicho?

—Te pregunté cómo puedes estar tan tranquilo con lo que pasa en Turquía. Ella quería sentarse a su lado, pero los asientos de este avión no estaban dispuestos de esa forma.

—Lo aprendí en el servicio. Entrenas a tu gente y organizas la operación con la mejor información que tienes. Después, si no participas directamente en la operación, te concentras en lo que puedes hacer para avanzar en la estrategia. No podemos quedarnos de brazos cruzados preocupándonos. No es productivo y causa úlceras. Tengo que confiar en que ella ha entrenado bien a sus equipos, que la cuidarán y que todo saldrá bien.

Patricia pensó en lo que él había dicho y decidió que tenía razón. Quedarse de brazos cruzados cuando había cosas por hacer no ayudaría al panorama general.

Encendió su portátil y le preguntó qué se necesitaría en toda la base, desde modificar las viviendas hasta mejorar la seguridad en ciertas zonas. Además, tenían que reformar algunos edificios antiguos y construir nuevos servicios para los civiles que pronto estarían en la base.

Al final de la sesión de planificación, miró el balance. —Lance, es un presupuesto enorme. Da para gobernar un país pequeño.

—Lo es. El PIB de los Estados Federados de Micronesia ronda los trescientos treinta y nueve millones, y ni siquiera son los más pequeños. Así que sí, es un presupuesto enorme.

—¿Cómo vamos a pagarlo todo?

Sonrió e imitó un acento británico. —¡El comercio, mi querida Patricia, el comercio! —Se puso serio—. —En realidad, lanzaremos nuevas tecnologías, y las licencias y la fabricación nos reportarán

miles de millones. Por eso invierto tanto en mejorar la base. Tendremos tres niveles de seguridad: uno para entrar en la base y operar con un gran contingente, luego las zonas seguras y, por último, las zonas negras. He añadido un par de ubicaciones falsas como trampas para atrapar a cualquiera que busque las zonas interiores. No estoy seguro de que hagan falta, pero me pareció importante. Joder, solo esas trampas cuestan cinco millones.

Patricia frunció los labios. —¿Miles de millones, dices?

Lance asintió y volvió a mirar su portátil.

—¿Presupuesto? —preguntó mientras volvía a su hoja de cálculo —. —¡No necesitamos ningún maldito presupuesto!

CAPÍTULO 23

Turquía, a treinta millas de la frontera con Siria

Gabrielle entró en la caverna, sacó sus katana y se las entregó a su jefe, tanto la original como la que Stephen le había regalado.

Bethany Anne contempló su nueva katana, observando cómo la luz de la luna brillaba en su afilada hoja mientras la giraba una y otra vez. —¿Bailamos bajo la pálida, pálida luz de la luna? —preguntó en un susurro.

Stephen y Gabrielle miraron a su Reina, preguntándose qué tramaba. Con los ojos cerrados, Bethany Anne inclinó el cuello hacia la izquierda y luego hacia la derecha, oyendo crujir los huesos. Por último, movió el cuello en círculos y, al abrir los ojos, estos ardían y sus colmillos descendían. Stephen y Gabrielle retrocedieron al darse cuenta de que estaban demasiado cerca para que ella usara sus espadas con eficacia.

Se giró, y los que la acompañaban la miraron fijamente, con la vista fija en su rostro. —Estoy harta de las tonterías de David y harta de estos malditos Nosferatu. Vamos a acabar con esto ahora mismo, y lo vamos a hacer aquí. —¿Cree que unos pocos cientos de Nosferatu bastan para anegar a la Puñetera Reina, a su Guardia y a sus Guardianes? —Sus ojos brillaban en la noche. —¡No cedemos, no nos rendimos y no nos acobardamos ante nada ni nadie!

Los rugidos de su equipo resonaron por todo el valle. No muy lejos, la unidad del PKK que David había reclutado para manejar los

misiles y el equipo destinado a mantener al grupo atrapado sin apoyo aéreo ni comunicaciones los oyó. Oyeron la ferocidad y los gruñidos animales y se miraron entre sí, desconcertados. Habían visto a los monstruos nocturnos que atacaron a los que estaban en la cueva y se habían estremecido hasta los cimientos, y ahora los defensores contaban con apoyo adicional. La noche se volvió mortal, como si la violencia aguardara a que se rompiera una cuerda.

Bethany Anne, resplandeciente mientras la luna relucía en las culatas de sus pistolas gemelas y en sus katanas, fijó la vista en el pasillo por donde oía correr a los Nosferatu.

—¡A la mierda con esto! —Echó a correr hacia el enemigo que se acercaba.

Gabrielle siguió a su Reina; por detrás, Eric gritó: —Aquí vamos otra vez.

John respondió: —Esta vez no. Esta vez me voy a llevar mi parte.

Stephen sonrió mientras corría para alcanzar a su hija. ¡Dios, cómo amaba a su Reina!

Se oían los disparos de Dan, Scottie y Lucas… —¡Que empiece la batalla, cabrones comepollas y folla-ovejas! —Luego sonó el inconfundible tajo de las espadas abriendo carne.

Stephen dobló la esquina con Gabrielle a su lado y se quedó helado al ver que los cadáveres ya empezaban a amontonarse alrededor de su Reina. Parecía cubierta de sangre, pero era difícil verlo por la velocidad a la que se movía.

Fue la última ocasión de verla: acababa de estrellarse contra su propia horda.

De vuelta en la cueva, Pete estaba cabreado… El escuadrón de Todd estaba con él, igual que Art, el soldado estadounidense superviviente.

Bobcat montó en cólera por no estar ya metido en el tiroteo.

Hasta el momento, ninguno de los Nosferatu había logrado atravesar la línea del frente, dondequiera que demonios estuviera.

El joven licántropo se volvió cuando oyó la puerta abrirse y Nathan entró. Estaba ensangrentado; la mayor parte, vio Pete, era su propia sangre.

Nathan siempre había sido famoso por su pericia en combate y su letalidad, y Pete lo comprendió al ver la devastación que había causado el otro licántropo.

Cuando el licántropo mayor lo miró… Caminó con calma hacia los hombres. —¿Dirías que Bethany Anne no ha querido esperar a que vinieran a por ella?

Varias cabezas negaron a un lado y otro.

—Siempre me ha parecido un poco cabezota. Supongo que eso va con ser de las personas más duras del planeta.

Bobcat refunfuñó: —Creo que ya tenía esa actitud de antes, ¿sabes?

Las risas aliviaron un poco la tensión.

Dan gritó desde arriba: —Parece que un grupo de unos cincuenta está rodeando al grupo de delante. ¡Atención!

Nathan tomó el mando y avanzó a zancadas. —Los fusileros atrás, los Hombres Lobo delante.

Pete corrió para alcanzarlo. —Oye, ¿cómo vas a transformarte?

Lo miró con una sonrisa sombría. —Voy a pensar en mi compañera, que está en esa cueva, y en el maldito Nosferatu que la puso allí y viene a terminar… —La voz de Nathan se volvió áspera mientras se transformaba en un enorme Pricolici, ahora medio metro más alto que su compañero. —El trabajo.

Todos los hombres del PKK se estremecieron cuando un aullido de lobo desgarró la noche.

No había habido lobos en esta zona durante muchísimo tiempo.

Pete pensó en la respuesta de Nathan, recordando a su hermana en la cueva.

Segundos después del primer aullido, otro resonó en el valle, confundiendo aún más a los hombres del PKK.

Un crescendo de disparos de fusil resonó mientras los hombres en el suelo, detrás del Wechselbalg, y los de arriba seguían disparando. Solo una vez un licántropo, Matthew, gritó: —¡Joder! ¡Mirad dónde disparáis antes de que os meta ese fusil por el culo!

Ashur ladró en señal de acuerdo, luego agarró una pierna y sacó a un Nosferatu de la horda. Tras hacer explotar la cabeza del Nosferatu con uno o dos disparos, Ashur saltaba de nuevo a la primera línea para repetirlo.

Su pelaje blanco era un desastre, empapado de sangre.

Kevin Russel le gritó a Matthew: —¡Ha sido culpa mía!

Diez minutos después del comienzo de la lucha, los Nosferatu se retiraron por los callejones por los que habían llegado.

Los tres vampiros bajaron sus armas, con gesto de desconcierto en el rostro.

Bethany Anne, mientras retraía los colmillos, murmuró sin dirigirse a nadie: —¿Qué demonios?

Stephen miró la calle, ahora vacía y cubierta de cadáveres. —Se están reagrupando y elaborando una nueva estrategia. Creo que su plan era soltarlos y que su deseo natural de sangre bastara para abrumarnos por pura cantidad. Quienquiera que esté al mando está dando nuevas órdenes y trazando una estrategia lógica.

Bethany Anne siguió la mirada de Stephen. —De vuelta a la cueva. Nos vemos allí. —Se volvió hacia su equipo—. —¿Querían pelea? Les hemos dado pelea. ¿Querían una masacre? Me aseguraré de meterles una masacre por el culo. Le lanzó las espadas a Gabrielle, luego silbó a Ashur. Dio un paso, lo agarró y desapareció.

Michael estaba listo. Frank se había puesto en contacto con él antes y, al colgar, la sangre empezó a bombearle con fuerza por la anticipación.

Estaría más que molesto si no tenía la oportunidad de desahogarse un poco.

Si había algo de lo que tenía en abundancia en ese momento, era frustración.

Iba vestido de negro, su color favorito para una cita con una carnicería. Bethany Anne lo invitaba a las reuniones más selectas.

Porque había algo que la mayoría no aprendía sobre Michael, Patriarca de la Nacht, hasta que era demasiado tarde.

Siempre estaba en su mejor momento cuando tocaba matar.

Ahora estaba apoyado en la pared de la sala donde Bethany Anne había llegado antes. Llevaba más de hora y media esperando hasta que apareció. Iba cubierta de sangre de la cabeza a los pies. Ashur estaba con ella y Michael apenas distinguía pequeños parches blancos entre la sangre y el polvo que le cubrían el cuerpo.

Se acercó. —Has empezado sin mí. —Extendió el brazo.

Bethany Anne le agarró el antebrazo. —Solo eran unos cientos y me estaba calentando.

—¿Qué cambió?

Sonrió. —No quería oír tus quejas durante los próximos dos siglos por haberte dejado atrás.

Michael se habría ofendido de no ser porque su sonrisa y el brillo de sus ojos le decían que se alegraba de tenerlo allí.

Entonces, los tres desaparecieron.

Llegó con Bethany Anne y Ashur a un valle en penumbra y a un pueblo antiguo sembrado de cadáveres de Nosferatu. Vio que a muchos los habían decapitado. Se volvió al oír pasos a su espalda.

Stephen saludó: —Es bueno verte, hermano.

A Gabrielle y a Bethany Anne se les cayó la mandíbula de la sorpresa. Se miraron y luego a los dos hombres, que se dieron un gran abrazo de oso; Michael estaba exultante con el saludo de Stephen.

—Lo mismo digo, Stephen. Me alegra haber recuperado la cordura y te agradezco el perdón.

Stephen lo miró en silencio. —Viniste cuando mi Reina te necesitó, así que no puedo menos que aceptarte de nuevo en la

familia, aunque seas un… Se volvió hacia su hija. —¿Qué dijiste antes?

Gabrielle se sonrojó y murmuró: —Gilipollas egocéntrico.

Volvió a mirar al otro hombre. —Sí, aunque seas un gilipollas ególatra.

Bethany Anne sintió un pinchazo en las costillas y se volvió para ver a Gabrielle mirándola fijamente, luego señalando con la mirada a los dos hombres. Su boca formó las palabras: «¡Pregúntales!».

Bethany Anne puso los ojos en blanco, pero el vampiro mayor tenía una buena pregunta. —Eh, ¿de verdad sois hermanos o es una chorrada que os habéis inventado?

Michael se alejó de Stephen y le indicó que respondiera. Las dos mujeres se volvieron hacia él. —Lo desheredé hace siglos, después de que me transformara. No quería esta vida; era feliz. Desde entonces nunca lo he tratado como otra cosa que al Patriarca.

Bethany Anne lo interrumpió: —Espera un segundo: antes me dijiste que tienes más de nueve siglos.

Stephen sonrió. —Así es.

Ella señaló a Michael. —Pero él tiene más de diez siglos.

Michael respondió: —Diez siglos son más que nueve, Bethany Anne. Mi hermano jamás permitiría que otros reunieran las piezas para ver que estamos emparentados, y yo nunca lo he tratado como otra cosa que a un hijo mío, esperando que algún día me perdonara.

Los cuatro vampiros miraron hacia donde estaban Dan y su grupo cuando él gritó: —Ya vienen otra vez.

Bethany Anne regresó al campamento, con Ashur corriendo por delante.

Gabrielle preguntó: —No pensarás lanzarte otra vez por delante de tu protección, ¿verdad?

Sonrió al reunirse con el grupo —todos sonreían al verla— y miró a su gente: sus amigos, sus Guardianes y sus Guardias. —No. Me vale que pierdan el tiempo intentando urdir un plan. —Tomó la katana que le tendía Gabrielle—. —Pero os garantizo, joder, que ningún plan sobrevivirá al contacto con este enemigo.

Michael sonrió. Por primera vez en mil años tenía a su hermano de vuelta. Se volvió hacia los Nosferatu que se acercaban. Oyó a

Bethany Anne: —Cuando los bajemos a unos cincuenta, ¿puedes hacer tu numerito de niebla mágica y cargarte a los vampiros que los controlan?

Miró por encima del hombro a esta mujer extraordinaria, que era mucho más que la persona que había elegido para ser la madre de sus hijos. Sonrió. —Será un placer hacerlo por ti.

«Hum», pensó. «Quizá se consiga más con miel que con vinagre».

Art observó al recién llegado. No tenía ni idea de quién demonios era esa gente ni de dónde habían salido, ni de cómo explicarlo a su superior en la base. Pero de algo estaba absolutamente seguro: jamás querría estar en el bando contrario de ninguno de ellos. Entonces miró a los dos hombres que de repente se difuminaron y se transformaron en enormes hombres lobo. Bueno, se corrigió, de ninguno de estos seres.

Por otro lado, se lo estaba pasando como nunca, y cada vez que abatía a otro de esos cabrones, recordaba a sus siete compañeros caídos y recitaba sus nombres en voz baja.

Las grietas sobre ellos indicaban que la lucha había comenzado. Todos los humanos, licántropos, vampiros y Guardias salieron para formar un perímetro. Bethany Anne tomó la punta por la izquierda y Michael por la derecha; Stephen a su lado y Gabrielle junto a ella.

Los Guardias de Bethany Anne sacaron sus armas y se colocaron detrás de ellos. Pete y Nathan tomaron posiciones por delante de los vampiros y se desplegaron.

Tal y como David había planeado, fue una masacre.

Pero la sangría se produjo en el bando equivocado. Ni un solo vampiro de David, Nosferatu o miembro del PKK salió de aquel valle antes de que amaneciera.

Denver, Colorado, EE.UU.

Lance estaba contento. Patricia trabajaba frente a él, ayudando a avanzar la base. El capitán Paul Jameson había comunicado que Bethany Anne y la mayor parte del equipo habían salido de la pelea y estaban a salvo.

Ahora solo le quedaba completar una tarea monumental. Inspiró hondo y exhaló mientras veía aparecer la pista de su antigua base.

Robert McCarty, jefe del Cuerpo de Ingenieros, entró en el Hangar Uno. Saludó a sus hombres y estrechó manos.

Estaban allí por dos razones. Una, para reunirse con los nuevos propietarios civiles que habían comprado los derechos de uso de la base durante noventa y nueve años, y dos, y comprobar si había gato encerrado..

Todos sus hombres, algunos muy expertos en búsquedas por Internet, habían intentado averiguar más sobre la empresa, pero no habían conseguido información suficiente para seguir adelante. Así que decidieron reunirse con el hombre, averiguar su nombre y obligarlo a contarles más sobre lo que estaba pasando.

Robert había ido a hablar con Kevin McCoullagh, y parecía que este no le había contado toda la verdad. Decía que no tenía pruebas, solo una fuerte sospecha de que no se trataba de otro caso en que los civiles se imponían a los militares. Finalmente, le indicó la hora de llegada del avión e invitó a Robert a que estuviera allí cuando bajara el cabo.

Se había enfadado un poco con Kevin, pero como eso no había funcionado, se marchó de la oficina.

Aun así, siguió tu consejo y ahora él y tus hombres estaban allí para recibir a la nueva jefa y obtener información comprometedora sobre ella.

El avión aterrizó y rodó hasta el hangar. Se detuvo fuera, y los hombres se volvieron hacia la puerta del avión, que se abrió unos minutos después de que los motores se apagaran.

El avión era precioso, un G550, impecable de punta a punta. —Justo como uno en el que volaría un pez gordo civil pagado de sí mismo —murmuró alguien detrás de Robert.

Cuando Robert se giró para ver quién había hablado, vio a Kevin de pie a unos veinte metros detrás. El hombre sonrió y lo saludó

levantando dos dedos en señal de reconocimiento. Robert asintió y se volvió.

La expectación de los hombres se convirtió en sorpresa cuando la primera persona en bajar del avión fue el general Lance Reynolds, el mismo hombre que había estado al mando de la mayoría de ellos durante su carrera militar.

Se podía cortar el silencio con un cuchillo.

Robert volvió la cabeza, pero Kevin ya no estaba en el mismo lugar, así que se volvió hacia Lance y empezó a caminar hacia el hombre al que conocía mejor que a su propio hermano.

¡Dios, qué joven parecía!

El general le tendió la mano mientras se acercaba. —Hola, Robert. Me alegro de verte aquí.

Le estrechó la mano. —General, también me alegra mucho verle aquí. Al menos, eso creo. Pero tiene que saber que estoy hecho un lío de la hostia.

Lance asintió y miró a toda la gente reunida. —Chicos, ojalá no hubiera tenido que ser tan reservado, pero ya que ha salido la noticia, esta base vuelve a estar bajo mi mando.

Recalcó la palabra *mando* y los hombres, inconscientemente, se irguieron un poco más. —No puedo daros detalles, todavía no… Pero esta empresa cambiará el mundo. … Y tengo dos cosas que han faltado aquí: un plan de infraestructura masiva y un presupuesto real, por los dioses.

Durante un instante los miró, intentando atrapar la mirada de cada uno. —¿Sabéis por qué sé que tengo presupuesto? —No esperó respuesta—. —¡Porque lo aprobé yo!

Con eso consiguió algunos vítores. Si había algo que odiaban era que les hicieran diseñar planes y luego, con el trabajo hecho, les dijeran: —No hay presupuesto.

Lance continuó: —Antes de que se corra la voz, os lo digo claro: yo soy la razón de que esta base se convierta en civil. … Vamos a construir el centro de investigación, desarrollo y distribución más seguro del mundo para la tecnología más puntera y revolucionaria que jamás se haya conocido.

Sonrió. —Ahora hay una persona más que quiero presentaros. —Lance se giró y esperó a que apareciera una mujer… Al acercarse al general, saludó a algunos por su nombre.

Él le sonrió. —Quiero presentaros a mi mano derecha, la mujer que ha hecho posible todo esto.

Patricia sonreía. Se había arreglado para este viaje, tanto por Lance como por cualquiera a quien pudiera ver allí. Esa mañana, al mirarse al espejo, había admitido que estaba guapísima con ese conjunto.

Lance llamó su atención. —Patricia, hay una cosa más que necesito que veas antes de que sigamos con la inspección de la base.

Ella se volvió hacia Lance, sonriendo. Se sentía tan bien volver a ver a esa gente.

Entonces se le heló la sangre al verlo arrodillarse delante de todos.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña caja de madera. Mirándola a los ojos llorosos, Lance Reynolds dijo con voz firme: —Durante muchos años me has completado en todos los sentidos. Quiero compartir el resto de mi vida contigo, a mi lado y en mi corazón. Prometo amarte siempre, llevar tu corazón como lo más preciado que se me ha confiado y no abandonarte nunca. —Abrió la caja: un hermoso diamante redondo de varios quilates en un aro de platino descansaba sobre terciopelo azul oscuro—. —Patricia Helena, ¿quieres casarte conmigo?

Silbidos, vítores y gritos los envolvieron. Patricia apenas podía verlo a través de las lágrimas. No podía hablar por el nudo en la garganta, así que asintió con fuerza y abrió los brazos. Lance Reynolds se puso de pie, la abrazó con tanta fuerza que la levantó del suelo y la hizo girar.

Los hombres, olvidando sus preocupaciones, se agolparon alrededor de la pareja recién comprometida.

CAPÍTULO 24

Kevin McCoullagh esperó a Lance cuando este finalmente salió de entre la multitud de ingenieros, de la mano de Patricia. Ella se secó los ojos con un pañuelo.

Él extendió la mano. —¿General… o debería decir señor Reynolds?

Lance sonrió y utilizó la mano izquierda para estrechar la de Kevin. Le guiñó un ojo, pero no soltó la mano de Patricia.

Kevin asintió y sonrió.

—Kevin, llevas conmigo bastante tiempo. Llámame como te dé la gana.

Ella soltó su mano y dio un paso adelante para recibir un abrazo de Kevin. —Me alegro de verte de nuevo. Patricia dio un paso atrás y volvió a coger la mano de Lance.

Él miró al joven de arriba abajo. —Veo que te mantienes en forma.

—Hago lo que puedo.

—Te necesito aquí, si estás dispuesto. Así era Lance, siempre franco con él. Kevin siempre lo había apreciado.

—Puedo estarlo, si todo esto —hizo un gesto circular con el dedo — no es solo una forma de ganar dinero.

La cara de Lance pasó de feliz a fruncida en un segundo. —Kevin…

Levantó las manos rápidamente. —Lo siento, general, pero necesitaba saber cuánto habías cambiado, y ya me has respondido. —Miró a Patricia—. Ahora que por fin tienes una pista sobre algunas cosas.

El general refunfuñó: —Tuve un poco de ayuda con la pista, pero entiendo lo que quieres decir.

Patricia añadió: —Una pista que estaba relacionada con un madero.

Kevin frunció el ceño. —¿Tan mal?

Parecía un poco avergonzado. —Sí, más o menos.

Ella acudió en su ayuda. —En su defensa, hay que decir que no pasó mucho tiempo desde que era un palo de dos por cuatro hasta que se convirtió en un caballero.

Lance miró a su prometida. —Señora, no puedo arriesgarme a tenerte en el mercado. Alguien sin mi cabezonería reconocería tu valor y yo perdería mi oportunidad. Ni hablar. Le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia sí. Ella apoyó la cabeza en su pecho.

Volvió a mirar a Kevin. —Te traeré aquí en cuanto salgas del servicio. No quiero que cargues con un conflicto de intereses en tu conciencia

Kevin le tendió la mano. —¿Vamos a salvar algo grande, general?

Lance sonrió y se la estrechó. —Piensa en algo más grande que grande, Kevin. Dicho esto, le guiñó un ojo y luego él y Patricia se dirigieron hacia la zona de operaciones.

El joven dejó caer la mano a un lado. Lance nunca había sido muy bromista, así que ¿por qué le decía que pensara en grande?

El general le gritó mientras atravesaban una puerta: —¡No estás pensando lo bastante en grande, Kevin! Captó la sonrisa burlona antes de desaparecer.

Turquía

Michael siguió adelante una vez que eliminó a los vampiros que controlaban a los Nosferatu. Continuó su búsqueda y localizó al contingente del PKK. Después de capturar al líder, mató al resto.

Encontró el equipo que habían usado para bloquear las señales de comunicación. Rápidamente lo «apagó» levantando cien libras de equipo (unos 45 kilos**)** y lanzándolo por el acantilado para que cayera a trescientos pies más abajo, haciéndolo añicos que probablemente desenterrarán dentro de siglos.

Bethany Anne translocó a los tres francotiradores desde su nido. Lucas y Scottie se quedaron impresionados al pasar del acantilado al suelo. Ella le había dado a Chris un poco de sangre para ayudar a que su cerebro se curara y le preguntó a Stephen por qué no lo había hecho. Él explicó que no se había dado cuenta de la herida.

Ella le confirmó que era seguro donar sangre para casi cualquier herida; lo que importaba era la cantidad.

Las cápsulas habían regresado antes para recoger a los heridos —Chris, Chet, Ecaterina— y, por último, el cuerpo de Paul. Nathan se había ido con su novia y Bobcat acompañó a Chris de regreso.

El piloto pasó unos minutos junto a los restos de lo que había sido Shelly, recogiendo algunos recuerdos que encontró en el cascarón calcinado.

Bethany Anne se acercó para hablar con él un momento y explicarle lo que pasaría en un futuro próximo. Él asintió y, unos minutos más tarde, volvió al campamento.

Pronto, el resto de los Guardianes se marchó junto con Scottie, Art y Lucas, dejando a Bethany Anne, su Guardia, Ashur y los vampiros.

Ella contempló la ciudad, gris a la luz de la madrugada. Pensativa, reflexionó sobre toda la muerte y la desesperación que David había causado en su búsqueda de poder y control. Michael se acercó y se colocó a su lado.

Habló en voz baja: —Esto, que he visto una y otra vez —a veces creado por humanos, a veces por Wechselbalg y a veces por vampiros—, fue lo que me llevó a crear las restricciones.

Bethany Anne contempló la desolación. —Lo entiendo.

Michael asintió. —Creo que sí.

Permanecieron allí en silencio unos minutos, mientras la luz crecía y los colores volvían al valle, iluminando la escena con un rayo

de verdad: una verdad que había dejado cientos de inocentes muertos en el empeño de David por crear la trampa perfecta.

Bethany Anne confirmó en voz baja: —Tiene que morir, Michael.

Él respondió: —Eso ya está decidido, Bethany Anne. No creí que fuéramos a discutirlo.

—No, en realidad no lo estamos discutiendo. Es más decirlo para oírlo yo. Centraré todos nuestros esfuerzos en encontrarlo. No podemos permitirle tiempo para construir otra trampa como esta.

Michael miró a la mujer a su lado. —¿Y qué hay de los que lo ayudaron?

—¿Hmm? —Ella lo miró—. ¿Quiénes?

—El topo del Consejo de la Manada Americana y quienes desean impulsar sus propios intereses.

Bethany Anne frunció los labios y pensó en lo que sus equipos tenían que hacer. Ahora tenían el comienzo —el mismísimo comienzo — para poder dar el salto al espacio. Quedaba mucho por hacer. No podían permitirse luchar constantemente contra acciones guerrilleras subversivas por todo el mundo mientras se centraban en salvarlo.

—Bueno, no me hace feliz, pero solo tengo una respuesta para eso.

Michael esperó. Había aprendido a ser paciente.

Ella exhaló. —O se arrodillan o mueren.

Luego echó una última mirada al valle y se volvió hacia las cápsulas que esperaban.

«TOM, ¿tienes la cápsula extra lista? »

«Sí, la moví a una órbita terrestre baja hace un rato».

«Sácanos de aquí, por favor».

El resto de los equipos subió a las cápsulas restantes; a Michael tuvieron que enseñarle cómo funcionaban las puertas. Ashur saltó a la cápsula de Bethany Anne y gruñó cuando el vampiro hizo ademán de acercarse demasiado. Ella sonrió a Michael y cerró la puerta.

Francamente, Bethany Anne quería un poco de tiempo para sí misma, aunque solo fueran los diez minutos que tardarían en volver a las naves.

Nadie pudo grabar vídeo con el móvil de las cápsulas, pero algunos juraron haber visto pequeños helicópteros negros rugiendo

a pocos pies por encima de las copas de los árboles.

Cinco minutos después de que salieran del valle, un «meteorito» cruzó el cielo y impactó en pleno centro del valle, destruyéndolo todo.

CAPÍTULO 25

Nave de la Puñetera Reina — *Ad Aeternitatem*

La tripulación estaba sombría mientras rendía homenaje a su compañero caído, Paul Stevens, en alta mar. Tocaron *Taps* (toque de silencio) y lo sepultaron en el mar con delicadeza.

Bethany Anne había visto cómo el ataúd de Paul, el primero de muchos que vendrían, se deslizaba bajo las olas. Era la primera muerte de uno de los miembros de su equipo, y era una de las muchas quejas que tenía contra los Deshonrados y contra los Kurtherianos, que habían llevado su guerra a su mundo.

Pronto tendrían la oportunidad de conocerla, pensó. Se aseguraría de que se honrara el sacrificio de Paul Stevens.

Se quedó un rato en el yate antes de que ella y Ashur llevaran a Michael de vuelta a Argentina. Allí, lo sorprendió con un abrazo y un silencioso —gracias— antes de agacharse para coger a Ashur. Entonces se marcharon.

Michael se quedó mirando… Su suave —de nada— flotó por la habitación.

Se transformó en *Niebla*, recorrió la casa y salió a la noche. Necesitaba averiguar en qué se había metido su arrogante técnico mientras él no estaba.

Stephen había celebrado una reunión con las tripulaciones de cada nave. Quería asegurarse de que todos tuvieran la oportunidad de revisar la operación. Discutieron lo que había sucedido, lo que había salido bien y lo que se podía cambiar o mejorar.

A todos los niños, a Art, a las dos mujeres y al ministro les habían manipulado los recuerdos para que los detalles de lo que realmente había ocurrido fueran confusos. Michael había trabajado con Art durante un tiempo para asegurarse de que todo lo que le había implantado era correcto. El vampiro tenía mucha experiencia con los mandos militares, que seguían insistiendo cuando no obtenían las respuestas que les gustaban.

El *Polarus* navegó hacia el oeste para llegar a Antalya, antes de trasladar a las personas rescatadas a un muelle en un barco del *Ad Aeternitatem*.

Bethany Anne obsequió al ministro que había acompañado a los niños con una considerable donación anónima. Con ella se podría pagar fácilmente todo lo que el ministerio necesitara hacer por los niños durante los próximos cinco años.

Las dos mujeres recibieron billetes de primera clase y otras dos semanas pagadas en Antalya en uno de los hoteles más lujosos. Las disfrutarían tres semanas más tarde, tras ayudar a los niños a reacomodarse en sus hogares.

Nathan había enviado un correo electrónico a Bethany Anne con un enlace que mostraba una fotografía de Diane y Dorene. La leyenda decía que ambas mujeres casi habían sido arrestadas por pellizcarle el trasero a un hombre que pasaba junto a ellas. Según el artículo, habían jurado comportarse bien durante el resto del viaje.

Art había llegado a una base militar de la OTAN en autobús. Nunca pudo explicar cómo había regresado. Le llevó varias horas demostrar que era quien decía ser.

Tanto Scottie como Lucas habían solicitado el traslado al grupo de Todd.

Dan los aprobó sin dudarlo.

Bobcat, William y Chris se reunieron en el taller del *Ad Aeternitatem* y brindaron por *Shelly*.

El piloto miró la cápsula original que había construido el mecánico mientras bebía su cerveza. Los otros dos siguieron su mirada.

William preguntó: —¿En qué piensas?

—Creo que tenemos una nueva designación, chicos.

—¿Ah, sí? —preguntó confundido—. ¿Para qué?

Bobcat señaló con la cerveza en la mano. —No son IZTAs. Ahora se llamarán "SHLYs".

Chris preguntó: —¿Qué significa eso?

Bobcat se encogió de hombros. —Ni puta idea, pero seguro que será más fácil pensar en algo que no tenga una "Z". Las risas de los chicos recibieron a Marcus cuando entró en la habitación.

Como siempre, William se había quedado en los refrescos y, a diferencia de Chris y Marcus, no tenía resaca por la mañana.

Key Biscayne (Florida, EE. UU.)

Bethany Anne subió las escaleras bebiendo un vaso de leche. John había llegado y la había llamado diez minutos antes. Se sorprendió al bajar y encontrar que había dejado una caja de pastel con una nota adjunta. Curiosa, puso la caja en la mesa y sacó la nota.

Era de Mary, que estaba en su nueva casa.

Escribía que no tenía mucho que decir por el momento, pero que iría a visitarla pronto. Además, esperaba que a Bethany Anne le gustara la tarta de limón, pero tenía tan buena pinta que Mary se había comido un trozo primero para asegurarse.

La vampiresa sonrió al abrir la caja y descubrir que Mary tenía razón en ambas cosas. Al pastel le faltaba un trozo y estaba delicioso.

Había vuelto a su suite y dejó la leche para coger la tableta cuando un fuerte dolor de cabeza la golpeó. Se sentó en el sofá y se frotó la sien.

«TOM, ¿no puedes hacer algo con este maldito dolor de cabeza? Dios, me está matando.»

«Lo siento, Bethany Anne, pero ahora mismo no puedo hacer nada. Por lo que veo, el problema está en la matriz informática de tu cerebro.»

«¡¡Joder! Mierda. Si no podemos averiguar cómo detener esto… Espera… Espera, se ha ido. ¡Gracias a Dios! ¿Qué has hecho?»

«Bethany Anne, te lo sigo diciendo, no estoy haciendo nada para causarlo ni para detenerlo.»

Ambos se quedaron atónitos cuando una tercera voz se unió a la conversación.

«Lo siento. Estaba probando las capacidades de este ordenador en el que estoy alojado. No volveré a hacerlo sin consultar antes a la fuente de energía a la que he dañado inadvertidamente.»

Bethany Anne se quedó rígida, con todo el cuerpo entumecido, mientras pensaba en las ramificaciones de lo que creía haber oído.

«TOM, dime que me estás tomando el pelo.»

Ella realmente esperaba que TOM hubiera ideado una gran broma del Día de los Inocentes, aunque fuera con meses de antelación.

«Bethany Anne, no estoy en posición de gastarte ninguna broma. No he sido yo.»

Ella metió la cabeza entre las rodillas.

«Oh, joder, mi vida.»

FINIS

NOTAS DEL AUTOR

Gracias. No puedo expresar lo agradecido que estoy de que no solo hayas comprado el sexto libro, sino que lo hayas leído hasta el final y AHORA estés leyendo también estas notas. Como este libro forma parte de una serie, doy por hecho que los has leído todos: ¡una sensación fantástica para cualquier autor!

¿Puedes creer que esté escribiendo otro en solo veintidós días desde el anterior? Si haces caso a algunos foros de autores, esto es herejía; si escuchas a algunos fans, se preguntan por qué demonios tardo tanto.

:-) «LOS FANS GANAN»

Este libro que acabas de terminar (¿verdad? Porque si no y te suelto un *spoiler* —Lance le pidió matrimonio a Patricia—, ¡vergüenza te debería dar!).

Mwuhahahaha… Eso te enseñará a no saltarte el final.

Mi plan es sacar un libro cada treinta días (no es que lo haya cumplido: siempre salen antes), pero ese es el objetivo. Calculo que pasarán más de treinta días entre el Libro 7 (el próximo) y el Libro 8. ¿Por qué? Porque tengo que —¡ay!— añadir un buen montón de material preliminar (front matter) para poner al día a quienes no han leído la serie (¡que les corten los meñiques!).

Las historias de un autor novato, sexta parte. (O, ¿qué ha estado haciendo Michael últimamente?)

He trabajado con la ayuda de editores y lectores beta para Under My Heel (Bajo mi tacón), y debo admitir que ha sido una experiencia increíble. He ido escribiendo capítulos y, en cada parada, se los pasaba al editor de apoyo, que hacía todo lo posible por pulir mi prosa. Integro sus comentarios en el archivo principal y luego envío otro al grupo de beta, que revisa y encuentra la enorme cantidad de errores que TODAVÍA no vi.

Mientras los beta revisan, yo sigo escribiendo. Integro sus hallazgos en el archivo, envío los nuevos capítulos al editor de apoyo y el círculo virtuoso vuelve a empezar.

Esto significa que cuando quedé «palabras completas» (frase totalmente inventada por mí), el equipo beta ya había terminado once capítulos y al día siguiente tenía en revisión los veinte primeros. Esta noche reciben el manuscrito completo con un primer pase (48 horas después de que yo terminara la historia).

Eso es INCREÍBLEMENTE RÁPIDO. Lo juro: parece que terminé esta historia hace una semana, no hace 48 horas.

Explico todo esto para que sepáis que estamos montando un sistema increíble para sacar estos libros con un par de pases serios y cazar errores en… ‹el autor suma, lleva el cuatro, coge la calculadora, mira el calendario› ¿a ojo? Unos veinticuatro días.

Hablando de sorpresas… (mira más arriba cuando Lance y Patricia se comprometieron). No tenía ni idea de que eso iba a pasar. No lo había planeado ni lo había considerado para este libro. Ahí estaba Lance, hablando al grupo de ingenieros sobre la construcción de la base, y cuando presentó a Patricia pensé: «¡Cabrón! ¡Vas a pedirle matrimonio en mitad de mi escena!».

Puede que se me saltaran las lágrimas mientras escribía. También puede que tuviera que buscar en Internet un discurso de pedida adecuado. Una de esas afirmaciones es totalmente cierta.

No voy a admitir nada.

Me encanta la incorporación de Tabitha al equipo de Michael. Su comentario «Bueno, dale una bofetada de aviso (*bitch-slap*) a la zorra y hazla gritar» me hizo reír a carcajadas. A veces me preocupa parecer de múltiples personalidades (nadie me lo ha dicho), porque yo, personalmente, no pienso así.

No, en serio. Pueden dejar de reírse. No estoy bromeando.

Lo que sale del teclado proviene de algún lugar profundo y misterioso de mi mente insondable. ← El autor se está partiendo de risa con ese comentario. Su esposa también, si lo lee.

Como he dicho, mi escritura es más escapista. Me encantan las buenas historias de acción, pero más que eso quiero involucrarme con los personajes. Quiero sentir lo que les pasa, si es posible. Quiero situaciones que me emocionen, me preocupen, me hagan reír y decir en voz alta: «¡Toma eso, idiota!». Los retos de los protagonistas no tienen por qué ser mortales. Puede ser todo un desafío invitar a esa persona especial a una cita **y** mantener el flujo de la historia. No me entusiasman los libros que te mantienen constantemente preocupado por los personajes. Si un personaje me importa, pasaré la página y compraré el siguiente libro solo por ver cómo alcanza un hito personal que le supone un desafío. Dicho esto, toda esa acción es lo que impulsa la historia.

Si te ha gustado este libro, ¿podrías dejar una buena valoración en Amazon? Tus palabras y tu ánimo ayudan a cualquier autor. Seguiré con la siguiente historia tanto si me das una EXCELENTE como si no, pero quizá la termine un poco antes con tu ánimo (guiño).

Cada reseña es una medalla de honor que luzco con orgullo; gracias de corazón por escribirlas. De vez en cuando me enviáis una nota diciendo que habéis puesto reseña en TODOS los libros: gracias por eso también.

Si quieres comentar lo mejor (escena, frase, evento, zapatos o pistola para Bethany Anne, arma que preferiría Nathan… lo que se te ocurra), únete a nosotros en Facebook y pasa el rato con otros fans de Pitchfork and Matches.

https://www.facebook.com/lmbpnenespanol

¿Quieres saber cuándo estará listo el próximo libro o la próxima actualización importante? Únete a la lista de correo electrónico. Consigue nuevos libros por solo 0,99 $.

https://lmbpninternational.com/es/boletin/

Muchas gracias,
Michael Anderle, febrero de 2016

*Todo el mérito de lo poco que sé sobre calzado se lo debo a mi esposa, que sigue empeñada en inculcarme un mínimo de sentido de la moda. Aún no entiendo por qué me pide mi opinión por las mañanas sobre sus conjuntos. Nota dos: la sugerencia de incluir unidades caninas (K-9) también fue idea suya.

P. D. **Traducción aproximada de lo que dice Giannini al ver a Tabitha con el portátil sobre el capó de su coche: «¡Qué grosera! ¿Siempre os comportáis así los estadounidenses en vuestro país, colocando vuestros cacharros donde os da la gana?».

¿Te ha gustado el libro? Déjanos una reseña o ponle unas estrellitas en Amazon. Para hacerlo, basta con llegar hasta el final de este ebook y, si lees en Kindle, tu dispositivo debería preguntarte automáticamente si quieres valorarlo.

Como somos una editorial independiente, aquí en LMBPN® International invertimos la mayor parte de los ingresos en traducir nuevas sagas y no tenemos la posibilidad de lanzar grandes campañas publicitarias. Por eso, las reseñas constructivas y las valoraciones en Amazon son valiosísimas: ayudan muchísimo a dar visibilidad a este libro entre nuevos lectores que todavía no nos conocen.

Sois vosotros quienes hacéis posible la traducción de nuevas series al español.

Aquí tienes el enlace para apuntarte a nuestra newsletter:
https://lmbpninternational.com/es/boletin/
Y también nuestra página de Facebook:
https://www.facebook.com/lmbpnenespanol
…para que no te pierdas nunca la salida de un nuevo libro de LMBPN® International.

¿QUIERES MÁS?

Nuestros libros

https://lmbpninternational.com/es/libros/

Apúntate a nuestra lista de correo aquí:

https://lmbpninternational.com/es/boletin/

Únete a nuestra comunidad en Facebook aquí:

https://www.facebook.com/lmbpnenespanol